CLÁSICOS

LA CASA DE LILJECRONA

SELMA LAGERLÖF

Primera mujer ganadora de un Nobel

Traducido por
Amanda Eda Monjonell Mansten
Dea Marie Mansten

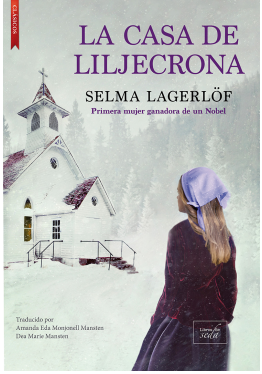
Libros de seda

©Historic Images / Alamy Stock Photo

Selma Ottilia Lovisa Lagerlöf (1858-1940), autora sueca de cuentos y novelas, fue la primera mujer en recibir el Premio Nobel de Literatura (1909) y lo hizo «en reconocimiento a su idealismo, la vívida imaginación y la percepción espiritual que caracterizan a todas sus obras». También fue más tarde la primera mujer en formar parte de la Academia Sueca.

Conocía desde niña los cuentos de hadas populares de Suecia y en ellos se inspiraría para escribir las historias de realismo mágico que componen sus escritos. También fue una ávida lectora de la Biblia, al tener que permanecer muchas horas sentada por los problemas de movilidad en las piernas que tenía.

De adulta se dedicó a la enseñanza, trabajando como profesora en el sur del país hasta que publicó su primera novela, *La saga de Gösta Berling* (1891). *La casa de Liljecrona* (1911) es la primera traducción al español de esta obra.



Una rectoría en la Suecia profunda, una madrastra, una joven y una sirvienta que es una niña viven amores y aventuras en una historia mágica y conmovedora de Selma Lagerlöf, Premio Nobel de Literatura 1909.

Suecia, 1800. Eleonora, de tan solo trece años y a la que todos conocen como «Pequeñita», entra a trabajar en la rectoría de Lövdala el día de Nochebuena. Allí viven el bondadoso pastor Lyselius, su hija de diecisiete años, Maja Lisa, huérfana de madre, y su madrastra, la señora Raklitz, hija de un trompetista alemán.

Maja Lisa, que adora a su padre, cuenta el cuento de *Blancanieves* como si fuera su propia historia y Pequeñita se va dando cuenta de que, en realidad, la señora Raklitz la maltrata y que Maja no quiere decírselo a su padre por lo delicado que está del corazón.

Así, la joven conoce un día al herrero de la finca Henriksberg. Le atrae, pero hay algo oscuro en él. Más tarde, cuando ella y Pequeñita están de visita en casa de una tía, conocen al pastor Liljecrona, quien les habla de su hermano Sven, el administrador de Henriksberg, un hombre que ama la música y, sin embargo, no ha vuelto a tocar. Cuando este llega a la casa, Maja Lisa se da cuenta de que se trata del herrero. Su melancolía sigue ahí.

¿Qué aventuras vivirá Pequeñita en la casa? ¿Qué sucederá con los jóvenes enamorados? ¿Cómo reaccionará la madrastra?

La casa de Liljecrona

Título original: *Liljecronas Hem*

Autora: Selma Lagerlöf (1858-1940). Premio Nobel de Literatura 1909.

© de la traducción: Amanda Eda Monjonell Mansten y Dea Marie Mansten

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdesedaeditorial
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Gemma Martínez Viura
Maquetación: Pedro Martínez Osés
Imagen de la cubierta: © Sandra Cunningham/ Trevillion Images
Conversión en epub: Books and Chips

Primera edición digital: marzo de 2022

ISBN: 978-84-17626-75-5

MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTE
DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO Y FOMENTO DE LA LECTURA
Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

LA CASA DE LILJECRONA

Selma Lagerlöf

LA VENTISCA

El segundo día de Navidad de 1800 se desató una ventisca sobre el distrito de Lövsjö, en la región Värmland. ¡Válgame Dios! Parecía que iba a arrasarlo todo.

Cierto es que antes había habido ventiscas y también que las habría después. Todos los ancianos de Lövsjö habían oído desde niños que una ventisca semejante no volvería a producirse.

Todavía hoy recordaban los muchos cercados que habían sido derribados, los tejados de paja que habían sido arrancados y los establos que se habían hundido atrapando a los animales bajo las cerchas durante varios días. Incluso podrían señalar todos los sitios donde habían empezado los incendios que fue imposible apagar por culpa de la ventisca. Unos incendios que acabaron con todo. En las colinas y las crestas de las montañas todavía se veían los árboles, caídos unos junto a otros, devorados por el fuego y que permanecían así desde entonces.

La gente solía decir que nunca llovía a gusto de todos, pero nadie creía que una ventisca el día de San Esteban fuera a traer nada bueno.

Quien menos podía imaginarse que el viento le traería algo bueno era, desde luego, «Pequeñita» de Koltorp. En la mañana de aquel día, se encontraba en la linde del bosque viendo con tristeza cómo una especie de humo cubría el valle que se extendía más abajo. El viento no había traído más que nieve, cenizas y basura.

Jamás había tenido que enfrentarse a tal adversidad, y eso que ya tenía trece años e iba para catorce. Siempre se mantenía de buen humor, aunque vinieran mal dadas, pero aquello era más de lo que podía soportar. Tenía los ojos grandes y brillantes, y en ellos estaban a

punto de asomar las lágrimas y caerle por la cara, pálida y delgada.

Se había situado en la linde del bosque como para comprobar la fuerza del viento, pero este casi le arranca el pañuelo de la cabeza. Las rachas le golpeaban el abrigo corto de piel de oveja blanca que llevaba y la falda, cuya tela había tejido en casa, se le retorció de tal manera alrededor de las piernas que estuvo a punto de caerse.

No estaba sola, su madre y «Pequeñito» estaban con ella. Ambos iban vestidos de la misma manera que ella, con abrigos cortos de piel de oveja blanca y faldas rígidas de lana negra cardada. No podía ser de otra manera, ya que ella heredaba toda la ropa de su madre y luego el niño la heredaba de ella. Sin embargo, había algo que los diferenciaba en aquel momento: aunque todos iban igual de abrigados, su madre y su hermano no habían salido del bosque y permanecían a cubierto.

Pequeñito y su madre tenían la cara tan delgada y demacrada como ella. También tenían los ojos claros y sabios, y ambos pensaban, al igual que ella, que el viento era una desgracia. Estaban tan asustados que no querían sino echarse a llorar.

Sin embargo, no parecían estar tan desesperados como ella.

Estaba justo en la colina, sobre la granja Bäckgården en la parroquia de Bro. Desde allí podía seguir con la vista el camino que serpenteaba haciendo largas curvas hasta llegar a la iglesia de Bro. Entonces vio que los campesinos, que habían salido para ir a misa, daban media vuelta y regresaban a sus casas. No necesitaba ver más para darse cuenta de que sería imposible para su madre y Pequeñito caminar los veinte kilómetros que les separaban de Nygård, en la parroquia de Svartsjö, donde tenían previsto asistir a una fiesta navideña. Cuando fue consciente de eso, apretó los puños de rabia dentro de las manoplas.

De no haber sido porque vivían en un lugar muy tranquilo del bosque, se hubieran dado cuenta de que la ventisca se volvía antes de alcanzar la linde. Y en ese caso, no habrían salido de casa y no habrían sufrido tanto. Por su carácter, nada le daba más rabia que tener que darse la vuelta y no llegar adonde quería.

¡Se había pasado todo el año pensando en el día de San Esteban, el día en que podía ir a Nygård! ¡En ese momento se estaba imaginando las grandes ollas hirviendo a fuego lento, las largas mesas puestas, vestidas con manteles blancos, y montones de galletas de queso, de las típicas! Ojalá Pequeñito y ella no hubieran dicho, cada vez que su madre no tenía nada que darles de comer: «¡Cuando vayamos a casa del tío en Nygård para San Esteban, comeremos hasta tener la barriga llena!».

¡Y pensar que allí abajo estaban preparando sopa dulce con pasas, que había arroz con leche y pasteles, que había mermelada, café y hojaldre de mantequilla y que ella no probaría nada de eso!

Estaba tan enfadada que deseaba tener a alguien delante con quien desahogarse. No tenía sentido que la ventisca se hubiera presentado precisamente este día, pensaba. Era un día festivo, no hacía falta que hubiera viento, pues no había que moler nada en los molinos ni pescar nada en el lago, era invierno. Podía dejar de soplar y descansar. Pero decirle tal cosa al viento no serviría de nada.

Tenían por delante el peor tramo del camino. Había que bajar por la pendiente de Helgesäter y por las colinas de Broby hacia el lago Löven y hasta la iglesia, y luego cruzar los campos de la rectoría, que era una zona abierta y sin bosques por la que discurría la carretera. Si conseguían pasar ese tramo, podrían hacer un último esfuerzo, subir las colinas de Hedeby y, una vez llegaran allí, estarían fuera de peligro, pues el camino volvía a internarse en el bosque. No parecía estar muy lejos. Pensaba que al menos deberían intentarlo, aunque seguramente no saldría bien.

No perdía la esperanza mientras su madre decidía si seguir adelante o no. Entonces vio que se daba la vuelta para regresar hacia el bosque y, por supuesto, Pequeñito hizo lo mismo.

Ella, en cambio, comenzó a caminar en dirección opuesta colina abajo. Al principio iba poco a poco, pero luego cada vez más rápido, porque el viento venía de atrás y la empujaba, así que casi tenía que correr. Se cuidó mucho de no mirar atrás, pues de hacerlo su madre o Pequeñito podrían hacerle señas para que volviera con ellos. Estaba casi segura de que la estaban llamando a gritos. Sin embargo, ahora no iba a preocuparse por eso cuando el viento la rodeaba y su tremendo rugido no le dejaba oír nada.

No había muchas probabilidades de que su madre corriese hacia ella, pues llevaba a Pequeñito de la mano para que no se lo llevara el viento y, por lo tanto, no podía ir muy rápido.

No quería darse la vuelta, desde luego que no. Sin embargo, tuvo que admitir para sí que nunca se imaginó que haría tan mal tiempo. Sobre su cabeza pasaban revoloteando unos pájaros grandes y oscuros a los que el viento desgarraba por completo, de manera que quedaban desplumados y su cuerpo desaparecía. Jamás había visto nada tan terrible, pero luego se dio cuenta de que eran grandes fardos de paja que el viento había arrancado de los tejados.

Si se ponía a caminar con el viento en contra, era como si un caballo

encabritado se alzara ante ella para tirarla. Y si daba un paso en favor del viento, este la empujaba, de manera que se veía obligada a caminar encorvada con las rodillas dobladas para resistirse a su fuerza. Estaba tan cansada de luchar contra él que tenía la sensación de estar tirando de un carro.

Además, el viento venía del norte y era tan frío que parecía que estuviera bailando con la muerte. Era tan fino y tenía tanta fuerza que incluso atravesaba la piel de oveja y la lana, con lo que el frío le llegaba hasta los huesos. Y aunque no solía quejarse, notaba cómo los dedos de los pies se le entumecían dentro de los zapatos, impermeabilizados con brea, y cómo los dedos de la mano se le quedaban tiesos dentro de los guantes de lana, y cómo las orejas le escocían por debajo del pañuelo. De todos modos, siguió adelante, hasta que hubo bajado toda la colina. Una vez en el valle, se detuvo y esperó a los demás. Cuando finalmente llegaron, fue a su encuentro. Tal vez fuera mejor que se marcharan a casa, dijo ella. Lo más probable era que no pudieran llegar a Nygård.

Sin embargo, en ese momento su madre se enfadó, y también Pequeñito, pues pensaban que aquella niña no era quien para gobernarlos y decirles cuándo avanzar y cuándo regresar.

—Pues, no —dijo su madre—. No nos vamos a volver, iremos a la fiesta de San Esteban ya que tenías tantas ganas de ir.

—Verás lo harta que acabas de fiesta con este viento —dijo Pequeñito.

Con eso, su madre y su hermano comenzaron a avanzar y ella tuvo que seguirlos como pudo. Cuando ya estaban cerca de la granja Uvgården, se encontraron con Lotta, la pordiosera, y Jon, el mendigo. Y ambos, que deambulaban por la zona tanto durante los días festivos como durante los laborables y estaban acostumbrados a hacerlo hiciera el tiempo que hiciese, se llevaron las manos a la boca y les gritaron que, por Dios, se fueran para casa, porque más abajo, cerca del lago hacía tanto frío que podían morir congelados.

Su madre y Pequeñito siguieron adelante de todos modos. Seguían enojados con ella y querían que se diera cuenta de verdad del mal tiempo que hacía.

Se encontraron con el caballo de Erik de Falla, que venía con un trineo vacío detrás de él. Al hombre se le había volado el sombrero y, mientras corría por los campos, trepaba por los cercados y se arrastraba por las cunetas para atraparlo, su caballo, que se había cansado de estarse quieto bajo la ventisca, se puso en marcha para volver a casa. Sin embargo, su madre y Pequeñito seguían caminando como si nada

extraño sucediera, y seguían adelante sin más.

Continuaron adelante, hasta que llegaron a la cima de las colinas de Broby. Allí se encontraron con una multitud de personas, caballos y trineos, que habían quedado atrapados sin poder avanzar. El gran pino de Broby, que antes fuera tan alto que se veía desde la lejanía al igual que la montaña de Gurlita, había sido derribado por el viento bloqueando el camino.

Y allí estaban Jan de Gullåsa y Britta de Kringåsa, que iban a casarse ese día en la iglesia de Bro. También estaban el viejo Jan Jansa de Gullåsa, la abuela de Kringåsa, vecinos y parientes, Jöns, el músico, el guapo Gunnar de Högsjö y muchos otros. Todos se había unido al séquito nupcial. Hablaban a gritos contando que ya habían tenido que parar antes dos veces, también por toparse con árboles derribados, pero en esos casos los habían podido mover. Sin embargo, con este no había manera. Mientras, el abuelo de Gullåsa iba ofreciendo aguardiente, pero ahí estaban y ahí se quedarían. La novia ya se había apeado del trineo y estaba llorando por lo difícil del viaje hasta la iglesia, mientras el viento le arrancaba rosas de tul rojo y hojas de seda verde del ribete del vestido. Para los que viajaran más tarde por aquella parroquia, pensarían que el viento había encontrado un rosal silvestre en un bosque mágico y que le había arrebatado las flores y las hojas para esparcirlas por campos y cunetas.

Sin embargo, su madre y Pequeñito no se detuvieron porque el pino estuviera cruzado sobre el camino. Pasaron por debajo y continuaron. Seguramente, Pequeñita no se habría cansado del mal tiempo que hacía. ¡Y hasta llegaron a la encrucijada y la posada de Broby!

En la posada vieron a la esposa del mayor Samzelius, que venía con el trineo cubierto tirado por dos caballos. Tal vez solo entonces advirtieran que no se habían dado cuenta del mal tiempo que hacía, pues la mujer del mayor permanecía a cubierto, siendo como era una mujer que no le temía a nada. Les amenazó con el puño y les gritó de tal modo que su voz les llegaba a través del rugido de la tormenta:

—¡Vete a casa, Marit de Koltorp! No deberías haber salido con tus hijos, con semejante tiempo ¿no ves que hasta yo he cubierto el trineo?

Pero la mujer y el niño pensaron que a Pequeñita le vendría bien seguir luchando contra la ventisca un poco más.

Cuando llegaron al puente que cruzaba el estrecho entre los lagos Övre Löven y Mellan Löven, tuvieron que caminar medio agachados, agarrados a la barandilla del puente. Allí hacía tal viento que se hubieran caído al agua helada de haber seguido caminando erguidos.

Tras cruzar el puente, quedaba atrás la mitad del recorrido. Pequeñita casi empezó a pensar que llegarían a la fiesta.

Pero apenas pensarlo, se produjo otro contratiempo. Tal vez fuera el tremendo frío que hacía en el puente el que acabó con las fuerzas de Pequeñito. Estaba helado, como un témpano. Se tiró al suelo y no quiso dar un paso más. Su madre lo recogió y corrió hacia la casa más cercana con él.

Ella estaba tan asustada, mientras seguía a su madre al interior de la casa, que no sabía qué hacer. Si su hermanito se moría de frío, sería culpa suya. De no haber sido por ella, los dos se habrían dado media vuelta y habrían regresado a casa.

Estaban en una casa donde vivía una gente muy amable. Enseguida les dijeron que no debían seguir su camino hasta que la ventisca amainara un poco. Y que era una suerte que hubieran llegado a aquella casa. De haber continuado por los campos de la rectoría, lo más probable es que los tres hubieran muerto de frío.

Su madre parecía contenta por estar a cubierto. Se la veía allí, tan a gusto, sin pensar que, en aquel mismo momento, estarían asando carne y espumando la grasa de las grandes ollas de caldo en Nygård.

Después de que sus anfitriones hubieran acabado de alabarse por haberles dado cobijo, les preguntaron por qué habían salido habiendo ventisca. ¿Acaso iban a la iglesia?

Entonces su madre les dijo que iban de camino a casa de Per Jansa en Nygård. Era su cuñado, un hombre tan rico como pobre había sido su marido. Per Jansa solía celebrar una fiesta el día de San Esteban, y ella, que era su cuñada, por supuesto que estaba invitada. Y, claro que había pensado que hacía mal tiempo para salir, pero aquella era la única fiesta a la que podían asistir en todo el año. Los habitantes de la casa sintieron pena de ellos al escuchar aquello. Era una lástima que no pudieran ir a la fiesta, pues probablemente era espléndida. Pero, claro, volver a salir bajo la ventisca era imposible. Suponía jugarse la vida.

La madre de Pequeñita estuvo de acuerdo en que no podían seguir. Mantenía la apariencia de que no le importaba quedarse allí, con aquella gente, también pobre, cuando había tantos manjares esperándola.

—Si hubiera venido sin los niños —dijeron los habitantes de la casa —, entonces quizá podría hacer un esfuerzo y llegar hasta allí.

Su madre también estuvo de acuerdo. Lo más probable es que pudiera haber llegado a la fiesta de no haber salido con los niños. Sin embargo, no podía sacarlos otra vez con la ventisca que hacía.

No, no había nada que hacer al respecto, estuvieron de acuerdo. Lo lamentaban por la madre. Estaba claro que la compadecían. Sin embargo, a la señora de la casa se le ocurrió de repente algo que hizo que se pusiera muy contenta.

—¡Dios bendito! —exclamó ella—. Si quiere, deje a los niños aquí con nosotros y vaya usted.

Les hizo tanto ilusión que se les hubiera ocurrido, que no caían en por qué no lo habían pensado antes.

Al principio, su madre se resistió un poco, pero pronto cedió. Acordaron que los niños se quedarían allí todo el día y que también pasarían la noche, pero que, al día siguiente, ella volvería a recogerlos. Así las cosas, la mujer se marchó y allí se quedó Pequeñita.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que no podría asistir a la fiesta. Sin embargo, no serviría de nada decir que quería irse con su madre, pues las personas que les habían dado cobijo eran tan amables que nunca dejarían que saliera. Ni tampoco su hermano.

Aunque los de la casa intentaron entablar una conversación con ella, ella fue incapaz de decir nada. Les dio la espalda y se quedó junto a la ventana mirando un par de abedules grandes, que se balanceaban de un lado a otro en la ventisca.

Ahí, en aquella casa, empezó a pensar que ojala el viento levantara la casa y le diera la vuelta para que ella pudiera salir.

Pero, pero… ¡Qué extraño!

Mientras miraba los abedules, pensó que se balanceaban cada vez con menos violencia. Y se dio cuenta de que el rugido y el ruido que habían acompañado a la tormenta también disminuía, y de que ya no volaba ni paja ni hierba por el aire. Casi no se lo podía creer, pero la calma que se había instalado era enorme, apenas se movían un poco las largas ramas colgantes de los abedules.

Sus anfitriones estaban jugando con Pequeñito y no notaron nada hasta que ella les dijo que la tormenta había amainado. Estaban tan sorprendidos que enseguida dijeron que era una pena que no lo hubiera hecho antes, para que así tanto su hermano como ella hubieran podido acudir a la fiesta. Porque pasar con ellos todo el día, no era muy divertido, eso lo entendía cualquiera.

Entonces, Pequeñita dijo que si se le permitía, podría llevarse a su hermanito consigo e ir a Nygård. No era más que un camino rural recto hasta allí, por lo que estaba segura de que lo encontraría con facilidad. Además, no podía pasarles nada malo a plena luz del día.

Aquellas personas eran de veras amables. No querían que estuvieran

tristes, así que los dejaron marchar, tanto a Pequeñito como a ella.

De nuevo, había llegado la calma. Hacía un día hermoso y tranquilo, y caminar no era un problema. Además, no había nadie que pudiera decirle que se quedara quieta o se diera la vuelta, así que podía seguir hacia adelante.

Pero aun así, había una cosa que le preocupaba. Pensó que el sol se estaba poniendo muy rápido. No sabía qué hora era, pero ¿y si era tan tarde que ya estaban todos sentados a la mesa en Nygård? Aún le quedaban diez kilómetros por recorrer. ¿Y si al llegar no se encontraba más que cazuelas vacías y los huesos rebañados de la carne que se había servido?

Su hermano solo tenía siete años. No caminaba muy rápido. Estaba cansado e incluso desanimado después de todo lo que había sufrido durante el día.

Al llegar al valle de Hedebybacken, se detuvo mirando hacia el lago Löven, que se había convertido en hielo y cuya superficie brillaba.

Se preguntó si su hermanito recordaría la noche en que su madre llegó a casa diciendo que el lago Löven estaba congelado. Le había sorprendido tanto a la mujer que el lago se hubiera congelado antes de Navidad que estuvo hablando de ello durante toda la noche.

—Sí, fue el día antes de Nochebuena —dijo Pequeñito. Estaba seguro.

—Entonces ya lleva cuatro días congelado —constató ella—. Estoy segura de que podrá soportar nuestro peso.

El niño se entusiasmó al darse cuenta de que su hermana quería cruzar por el lago.

—¡Nos deslizaremos hasta Nygård! —gritó él.

—Pues, estaría bien —dijo Pequeñita—. Podemos tomar ese camino, porque Nygård se encuentra junto al lago.

Tenía sus dudas. Sin embargo, ahora era su hermano quien apremiaba. No quería que le hablaran de ir por el camino. Quería cruzar por el lago a toda costa.

—Tendrás que decirle a nuestra madre que has sido tú el que ha querido cruzar por el lago —dijo Pequeñita—. De lo contrario, se enfadará conmigo.

Les faltaba poco para llegar y pronto estuvieron sobre el hielo. Estaba muy resbaladizo y no podía estar más brillante. Se tomaron de la mano y se deslizaron por la superficie del lago Löven.

Aquello era mejor que seguir adelante por el camino, largo y muy duro. De aquel modo, lo más probable es que llegaran antes de que

terminara la comida de aquel día de fiesta.

Pero entonces, Pequeñita oyó un rugido y un ruido detrás de ella. Sabía bien lo que era. No le hizo falta mirar atrás. Podía sentirlo en la nuca. Era otra vez la ventisca, que había vuelto. Era como si hubiera amainado solo para atraerlos hasta el hielo y ahora volvía para derribarlos y hacerse con ellos.

No podrían seguir caminando por el lago helado, la ventisca estaba ahí otra vez. No podían ponerse de pie. Lo único que podían hacer era arrastrarse hasta llegar a la orilla.

Estaba a punto de darse por vencida. Había complicado las cosas de tal manera que ahora no sabía cómo salir de aquel lío. No podían caminar por el lago y en la orilla les esperaban unas rocas escarpadas, luego el bosque y ningún camino.

Y su hermano estaba tan cansado y triste que no dejaba de llorar.

Se quedó un rato en la orilla, estaba desconcertada.

En ese momento se acordó de cómo su hermano y ella solían deslizarse por las rocas que había cerca de su casa cuando el hielo las cubría. Y de inmediato se puso a cortar unas ramas de abeto y ha apilarlas en dos montones. En uno, puso a Pequeñito, se arrodilló sobre el hielo y lo empujó hacia el otro montón.

Luego, salieron a la corriente de aire, ella se sentó sobre el otro montón de ramas de abeto y, junto a su hermano, ambos tomaron una rama cada uno y la alzaron contra el viento a modo de vela.

El viento los arrastraba de aquí para allá. Los sacudió y los deslizó a un lado, como si quisiera probar si podía con ellos. Luego tomó fuerza y se los llevó.

Y allá fueron. Iban deslizándose mientras la ventisca los empujaba. Sin embargo, no sentían el viento, casi parecía que estaban quietos, pero las orillas del lago iban desapareciendo a sus espaldas.

Pequeñito gritaba de alegría, pero ella tenía la boca apretada, pensando en qué nuevo obstáculo podría interponerse entre ella y la fiesta de San Esteban que les esperaba.

Fue el viaje más rápido que había hecho en su vida. Pocos minutos después, habían alcanzado el cabo en donde se alzaban las grandes casas de Nygård.

La gente los vio llegar, justo cuando se sentaban a la mesa. El impulso para salir corriendo y mirar qué era aquello que llegaba deslizándose por el lago fue inevitable.

Es comprensible lo sorprendidos que estaban todos: tanto Per Jansa como su esposa, el párroco y toda la gente allí reunida.

La única que no parecía tan sorprendida era su madre.

—Esta niña no se da por vencida hasta que tiene lo que quiere —dijo —. Solo le ha faltado llegar volando subida a una escoba.

Aquella noche, todos elogiaron a Pequeñita. Cuando fuera mayor, sería una gran mujer.

Su madre se sentó en el sofá junto a la esposa del párroco durante un buen rato. Ambas hablaron sobre Pequeñita.

No era muy buena hilando, siendo tan pequeña como era, pero sabía cardar la lana, había estado recogiendo bayas durante todo el verano pasado para venderlas en el pueblo de Helgesäter y la esposa del capitán le había regalado un libro para que aprendiera a leer. Además, una de las señoritas de Helgesäter la había ayudado, de modo que ahora ya sabía leer y escribir.

El párroco de Svartsjö se había quedado viudo hacía muchos años. Sin embargo, aquel verano se había vuelto a casar. Su nueva esposa era una mujer de escasa estatura, con el cabello muy blanco, pero cuyo rostro, finamente velado, carecía de arrugas. Nadie sabía decir con exactitud cuántos años contaba. Tenía fama de ser increíblemente trabajadora en su casa. La gente también decía que si veía a una persona solo una vez, inmediatamente sabía cómo era.

La nueva esposa del párroco le dijo a su madre que llevaba tiempo pensando en emplear en casa a una jovencita que se encargara de cuidar a su hijastra y así la criada tuviera más tiempo para tejer. Le preguntó si le importaría dejar que Pequeñita se mudara a la vicaría el otoño siguiente.

¿Tenía su madre algo en contra de esto? ¡Vaya pregunta! No se le ocurría pensar en nada que le diera mayor felicidad a Pequeñita que tener la oportunidad de servir en la vicaría de Lövdala.

La mujer estuvo siguiendo a la niña con la mirada toda la tarde. Era como si no pudiera pensar en nadie más. Al cabo de un rato volvió a llamar a madre.

—¿Es cierto que la niña sabe tanto leer como escribir?

Y la mujer afirmó que era verdad.

—Pues entonces, está decidido. Se viene a Lövdala ahora mismo —confirmó la esposa del párroco—. Pueden tomar el camino que pasa por Lövdala de regreso a su casa después de la fiesta y Pequeñita podrá quedarse ya con nosotros.

Así se acordó.

Y después, como ya había hecho antes, la esposa del párroco siguió mirando a Pequeñita, como si no pudiera dejar de hacerlo.

Al cabo de un rato quiso volver a hablar con Marit de Koltorp.

—¿Cuál es su nombre, el de tu hija? —preguntó ella.

—Pues, su nombre es Eleonora, pero normalmente la llamamos Nora.

—¿Y es realmente cierto y no solo fanfarroneo, que sabe leer y escribir? —preguntó la esposa del párroco.

Sí, le aseguró que era la pura verdad.

—He estado pensando que podría venir a casa con nosotros en el trineo esta noche —dijo la esposa del párroco—. Nos falta alguien como ella en Lövdala, por lo que podría comenzar con mucho gusto el servicio de inmediato.

Y por supuesto, la esposa del párroco se salió con la suya. La gente prefería no contradecirla.

LAS RUECAS

El reloj de péndulo, alto, que había en la alcoba junto a la cocina en la vicaría de Lövdala, dio las seis con un estruendo, como si las pesas se hundieran hasta el fondo del subsuelo. El ruido despertó a Pequeñita, que dormía sobre tres sillas, un lecho poco seguro, que le habían preparado a toda prisa a altas horas de la madrugada.

Chilló y se levantó del lecho improvisado de un salto. Había soñado que estaba durmiendo en un ataúd, que iban a enterrarla y que las campanas de la iglesia doblaban por ella.

Cuando tocó con los pies el suelo frío, se despertó de inmediato.

¿Había alguien en la alcoba que la hubiera oído gritar? Las criadas se reirían de ella si se enteraban de que se había asustado del sonido del reloj de péndulo. No entendía por qué había tenido miedo, porque aunque no tenían reloj en Koltorp, sabía cómo sonaba un reloj cuando marcaba las horas, ya que en Nygård había uno en la estancia principal y otro en la alcoba pequeña.

No estaba totalmente oscuro en la alcoba junto a la cocina. En la estufa del rincón más alejado había un par de leños ardiendo y podía ver lo que había a su alrededor. No, no había nadie más que ella. El estrecho diván de madera, donde anoche yacía la hija del párroco, la señorita Maja Lisa, estaba vacío, e incluso estaba recién hecho.

Pero si la joven señorita se había levantado, ya era hora de que ella también se vistiera.

Tuvo que agregar otro leño al fuego. Si había suficiente luz para que pudiera encontrar los calcetines, los zapatos y el resto de su ropa, pronto estaría lista.

En cualquier caso, era extraño estar en la alcoba junto a la cocina de

la vicaría vistiéndose. Exactamente aquí, en Lövdala, era donde su madre había servido como niñera, antes de casarse con su padre. ¿Le gustaría a ella estar aquí ahora, tanto como le había gustado a su madre?

A parte de Pequeñito, por supuesto, no había nadie en este mundo a quien su madre quisiera tanto como a la hija del párroco. Cuando hablaba de ella, era como si estuviera hablando de una princesa.

Era una joven tan hermosa que cuando montaba a caballo o iba por un camino, la gente dejaba lo que estaba haciendo para quedarse junto a la cerca y admirarla.

El párroco tenía un gran poder en la parroquia, pero él solía decir que la gente preguntaba poco por él, en comparación con su hija. Él no era más que un forastero, pero ella pertenecía a la antigua familia de los párrocos de la localidad, que llevaba allí cien años, y sería quien heredaría tanto Lövdala como la parroquia.

Podía resultar molesto oír que se hablara tanto de la hija del párroco. Era como si a los demás no se les tuviera en cuenta estando ella. Pequeñita tenía ganas de conocerla.

No entendía qué era el ruido que estaba oyendo mientras se vestía. ¿Podía ser el viento de ayer, que le seguía resonando en los oídos? ¿O tal vez la ventisca había arreciado? Sin embargo, lo que oía no parecía que fuese viento. Se asemejaba más al sonido repetitivo de un molino.

Cuando por fin se hubo vestido, abrió la puerta de la cocina.

No era de extrañar que hubiera oído ruidos. La cocina estaba llena de ruecas e hilanderas; una rueca tras otra, una hilandera tras otra. No podía ver el final.

Tuvo que quedarse en el umbral de la puerta, porque se estaba mareando. El número máximo de hilanderas que había visto juntas hasta entonces era de tres. ¿Cuántas había allí? Se preguntó si podría contarlas.

Estaba bastante oscuro en la cocina, por lo que no era muy fácil encontrar el camino. La única luz provenía de una vieja raíz de enebro llena de resina que ardía sobre una rejilla. Estaba montada sobre una barra alta de hierro en la cocina de leña, eso era todo. Pero aparte de la pobre iluminación, también era difícil ver algo, porque había una nube de polvo que rodeaba a ruecas e hilanderas que se levantaba mientras trabajaban.

En cualquier caso, nunca había visto algo así. Mientras miraba las ruecas, los pedales, los husos y las manos y los dedos que trabajaban, se sentía cada vez más mareada. Para superar el mareo, empezó a hacerse

preguntas, como hacía su madre. «¿Cuántas madejas de hilo se hilan aquí en la cocina en una sola mañana? ¿Cuántos manojos de madejas habrá ya colgados en la buhardilla? ¿Cuántos telares tendrán que montar en primavera para tejer todo el hilo? ¿Cuántos largos de tela habrá que teñir? Y, ¿cuántos…?».

¡Caramba, se le había pasado el mareo! Ya se atrevía a entrar y pasar por entre las ruecas. No eran tantas como había pensado al principio, pero tampoco eran tan pocas. Estaban colocadas formando una hilera larga y sinuosa que iba desde la cocina económica hasta la otra puerta. Junto a la cocina, cerca de la luz, la esposa del párroco estaba sentada a una rueca amarilla, con la que hilaba un hilo fino de algodón blanco. Detrás de ella había otra mujer, que debía de ser la vieja ama de llaves, de quien había oído hablar a su madre. La anciana hilaba lana en una rueca pintada de rojo y verde. Detrás de ella había cinco criadas jóvenes: la ayudante de la cocinera, la doncella que se ocupaba de la alcoba, una ayudante, la lavandera y una criada que se ocupaba del ganado. Todas hilaban lino fino con ruecas sencillas que no estaban pintadas de ningún color. Aún más lejos había una anciana chepuda que estaba sentada, hilando un hilo burdo en una rueca vieja y desgastada. Y al fondo, junto a la puerta de la cocina, en mitad de la corriente de aire frío que atravesaba el vestíbulo y casi a oscuras, había otra hilandera más. Tenía una rueca a la que le faltaban tres radios, de la cual emergía un hilo lleno de nudos. La rueca tenía el pedal suelto y el hilo que surgía de ella era grueso y burdo, tan áspero que en otros sitios ni siquiera lo querrían utilizar. Sin embargo, aquella mujer parecía hilar con tanta facilidad y de un modo tan despreocupado como las demás lo hacían para obtener un hilo fino.

Pequeñita no sabía de quién se trataba. Seguramente fuera alguien que había llegado a la vicaría para aprender.

«¡Pobrecita!», pensó. «Le ha tocado el peor sitio. Lo más probable es que la esposa del párroco no le valore gran cosa».

No había nadie más en la cocina. No sabía qué le había ocurrido, pues al principio le había parecido que había muchas más hilanderas de las que allí había.

Todas simplemente hilaban e hilaban. Su madre solía cantar o contar cuentos mientras trabajaba. Sin embargo, aquí todas estaban en el más absoluto silencio.

La esposa del párroco le indicó que se acercara. Le pidió que le pasara el algodón cardado que había en una cesta en el suelo, para no tener que agacharse.

Eso es lo que estuvo haciendo durante mucho tiempo. Las ruedas giraban a su alrededor, los pedales y los husos se movían. Otra vez, empezó a sentirse mareada y a hacerse las mismas preguntas, con el fin de que el mareo desapareciera. «¿Cuántas madejas de hilo se hilan aquí en la cocina en una sola mañana? ¿Cuántos manojos de madejas habrá ya colgados…?».

¡Vaya! No había visto a la hija del párroco. Debería haber estado sentada aquí hilando, al igual que su esposa. Quizá fuera una tontería pensar que la joven estaría hilando entre las criadas. Era demasiado elegante para eso, por supuesto. ¡Una niña tan fina como la hija del párroco!

Heredaría Lövdala y la parroquia entera. Una joven así estaría sentada en el sofá del salón bordando flores sobre tela de seda.

Y, ¿qué estaba pasando? Parecía que se había levantado cierto alboroto. La esposa del párroco volvía la cabeza una y otra vez hacia la puerta.

Ya empezaba a amanecer. Se apreciaba un día gris a través de las pequeñas ventanas. Incluso desde donde ella se encontraba se podía ver que la hilandera que estaba sentada al fondo, junto a la puerta, había dejado de hilar. No dormía, pero con la mano en la rueda miraba al frente. Pero aun así era como si no viera nada de lo que había en la sala.

Y seguramente no sabía que la esposa del párroco se había dado cuenta de que había dejado de hilar.

La hilandera del fondo tenía un rostro muy dulce y amable, y unos ojos azules, serios y grandes. No parecía que hubiera dejado de trabajar por descuido, sino porque necesitaba parar y pensar.

Por cada momento que pasaba, la esposa del párroco apretaba los labios con más fuerza. Empezó a parecer tan severa que daba miedo.

Detuvo la rueca y se levantó. Y la otra, que estaba quieta, no se había dado cuenta de que la esposa del párroco se acercaba por entre las ruecas hacia la puerta. No hizo movimiento alguno hasta que la esposa del párroco se paró a su lado y le puso la mano en la nuca.

Dio un grito y trató de soltarse, pero la mujer la sujetaba con firmeza del cuello, que era delgado. Con una mano tiró de ella hacia atrás y, con la otra, del hilo que había en la madeja. Se lo apretó contra la cara y se lo restregó.

—¡Todas estamos trabajando para ti! —dijo con voz áspera y grosera —. ¡Y tú aquí durmiendo!

Pequeñita casi estuvo a punto de gritar. ¿Cómo? ¿Aquella era la hija

del párroco? Ella tenía que ser la persona para quien todos trabajaban.

La esposa del párroco la sacudió con fuerza una última vez, tiró el hilo basto al suelo y volvió a su lugar.

Pero enseguida el ama de llaves, las cinco criadas y la vieja se levantaron de sus asientos y apartaron las ruecas. La esposa del párroco se volvió hacia la anciana ama de llaves y la miró con asombro.

—Creo que la señora sabe que las sirvientas no suelen hilar durante las fiestas navideñas —dijo el ama de llaves—. Solemos tener libre y se nos permite trabajar para nosotras mismas. Y la señora puede que sepa también que si acudimos al párroco y le preguntamos, nos dirá que deberíamos hacer lo hemos hecho siempre. Hemos estado hilando toda la mañana, porque la señorita Maja Lisa nos pidió que la obedeciéramos a usted, pero ahora paramos, porque vemos que usted está en contra de ella, como de costumbre.

Habiendo dicho eso, el ama de llaves, las cinco criadas y la vieja levantaron las ruecas para sacarlas de la cocina.

Pero la esposa del párroco corrió a colocarse delante de la puerta.

—No permitiré que ni una sola rueca salga de la cocina —espetó.

El ama de llaves se acercó a ella sin dudarlo, porque sintió que tenía la razón. En el siguiente instante, cabría pensar que sucedería algo terrible.

¡Pero sucedió lo que menos se habían imaginado!

La esposa del párroco miró a su alrededor como para averiguar si había alguien que quisiera ayudarla. Y luego vino a mirar en dirección a Pequeñita. Pero cuando vio que la niña la miraba, aterrorizada, como si hubiera visto a una bruja, de repente cambió de actitud.

Se alejó de la puerta, justo cuando el ama de llaves estaba a un paso de distancia.

—Lo correcto es lo correcto —aceptó la esposa del párroco—. Si es el caso, como dice Kajsa, que normalmente tienen tiempo libre para Navidad, entonces lo tendrán. Pero bien podrían haberlo dicho amablemente y no por las malas.

—Lo recordaremos para la próxima vez —dijo sombríamente el ama de llaves. No hubo más intercambio de palabras, pues lo que se oyó a continuación fue una campanita sonando desde dentro de las habitaciones.

—Es el párroco quien llama a la oración de la mañana —dijo el ama de llaves—. Tendremos que sacar las ruecas después.

Fueron hacia la puerta principal, pero Pequeñita se quedó quieta como si no pudiera moverse. ¿Cómo era posible que la que estaba

sentada junto a la puerta e hilaba el lino más basto fuera la hija del párroco? Era un pecado y una vergüenza. ¡Ay, si su madre se enteraba!

Las criadas marcharon en una larga fila, hasta que la cocina quedó vacía y, entonces, la hija del párroco, que fue la última, le tendió la mano.

—¿Vienes a la oración de la mañana, verdad?

Tenía una voz muy dulce y una mano muy pequeña, bonita y suave. Le dio la mano con timidez pero, cuando cruzaron el vestíbulo, apretó los dedos cada vez más fuerte. Cuando hubieron llegado a la puerta de la habitación del párroco, su hija se inclinó hacia ella.

—Me han dicho que eres la hija de Marit, mi vieja niñera.

—Sí —afirmó Pequeñita—. Y estoy aquí para ayudarla.

La joven sonrió.

—Pues sí, necesito a alguien que me ayude —dijo ella.

EL LAGO SVARTSJÖ

Las cinco criadas estaban cosiendo con la cera y el hilo junto a ellas, remendando ropa vieja. Parecía que hacían como los sastres, pues querían estar sentadas en alto cuando cosían, porque se habían subido las cinco al banco alto de la mesa. La vieja ama de llaves era la única que se había sentado en una silla.

Pequeñita se paró junto a la ventana mirando hacia afuera. Frente a ella había un amplio patio con caminos limpios de nieve, que se acumulaba a los lados. Había grandes edificios por todas partes. Trataba de reconocerlos por la descripción que le había hecho su madre. El edificio largo y bajo que había frente al principal era probablemente la vaqueriza. El establo estaba hacia el este y la bodega con la alcoba hacia el oeste. Las casas no estaban juntas, sino que había vallas entre ellas, de modo que no se podía entrar al patio si no era atravesando los estrechos huecos que se abrían en las verjas, que ahora en invierno permanecían sin cerrarse. Al este del establo, vislumbró los tejados y las fachadas de varias casas, que se alzaban alrededor de otro patio aún más grande. Luego estaban el redil y la pocilga, la despensa y el cobertizo, el granero del centeno y el granero de la avena, el pajar y la leñera, la casa de los criados y el cobertizo de las herramientas. Varios de los edificios se levantaban sobre postes, otros tenían escaleras que serpenteaban por fuera de la pared del hastial, y conducían a desvanes bajos. Dondequiera que mirara, había dependencias y construcciones, buhardillas con pequeñas ventanas oscuras y pasillos largos. La mayoría de las casas tenían tejados gruesos de paja o turba, que ahora estaban cubiertos por una gruesa capa de nieve. Pequeñita pensó que parecía como si todos los edificios estuvieran acostados y

cubiertos bajo unas mantas suaves y pieles. Todo transmitía cierta paz y tranquilidad, como si las viejas casas estuvieran hibernando.

Una de las criadas acababa de llegar y además era de otra parroquia. Quizás aprovechase ese momento de tranquilidad para averiguar algo sobre los amos. Había hecho una pregunta tras otra sobre la hija del párroco, sobre su esposa y sobre él mismo, pero no había recibido respuesta alguna. Las demás cosían, con los labios apretados, como si no supieran nada.

Al final debió de darse cuenta de que no les sacaría nada, así que empezó a preguntar otras cosas.

—¿Por qué esta parroquia se llama Svartsjö?

No podía entender por qué su nombre era «lago negro». Había oído que había tres lagos en la parroquia además del lago Löven, pero ninguno de ellos se llamaba lago Svartsjö, por lo que ella sabía.

Bueno, contestar a tal pregunta no supondría un peligro, pensó. Sin embargo, la pena fue ahora que ninguna de las criadas tenía ni idea de dónde venía el nombre de la parroquia. Según parecía, no iban a decirle nada más sobre aquel asunto de lo que le habían dicho sobre el otro. Pero entonces la vieja ama de llaves dejó la costura y se quitó las gafas.

No era extraño que la parroquia se llamara Svartsjö. Había recibido ese nombre de un lago que se llamaba así, un lago que había antes allí pero que ahora estaba seco.

La forastera se puso muy contenta por haber conseguido, al fin, obtener una respuesta. Se apresuró a preguntar en qué lugar de la parroquia había estado ese lago.

Resulta que aquel lago había estado en el valle que había por debajo de Lövdala. El ama de llaves se volvió hacia la ventana sur y señaló el lugar. Lo más probable es que el agua hubiera llegado hasta la colina que había por debajo de la bodega. O al menos era lo que parecía, pues allí había una arena tan fina como la de las playas que hay a orillas de los lagos.

La criada forastera también volvió la cabeza hacia la ventana. El edificio principal estaba en una colina tan alta, que las casas bajas a su alrededor no le tapaban las vistas. Por encima del tejado de la vaqueriza se veía un valle de unos diez kilómetros con el fondo muy llano.

Sin embargo, no quería aceptar lo que el ama de llaves le decía, que aquel terreno llano hubiera sido el fondo de un lago. Siempre había creído que el fondo de los lagos era un lugar empinado y profundo.

El ama de llaves no le llevó la contraria. Qué más daba lo que

pensara una lavandera. Solo le había hablado de lo que sabía.

Con eso, el ama de llaves se puso las gafas y comenzó a coser de nuevo.

La criada forastera se rio con desprecio. Le resultaba raro que los mayores no pudieran soportar que les contradijeran. Dijesen lo que dijeran, exigían que se les creyera.

Ninguna de las demás criadas dijo una palabra para ayudar al ama de llaves. En la cocina se hizo el silencio. Pequeñita tenía muchas ganas de contar lo que sabía sobre el lago Svartsjö, pero no estaba segura de que estuviera bien visto interferir en la conversación.

Se abrió la puerta de la cocina y la señorita Maja Lisa entró.

Al principio no dijo nada, pero se quedó mirando a las que trabajaban. Luego se acercó a Pequeñita, que había estado quieta junto a la ventana todo el rato.

—Dime tú, Nora —dijo, al tiempo que se sentaba en la silla de madera que había debajo de la ventana y le tomaba la mano entre las suyas—. ¿Has viajado tan lejos que has visto otro lago que no sea el Löven?

La niña se puso colorada como un tomate al ver que la hija del párroco le dirigía la palabra. Apenas pudo levantar la voz para que se la escuchara, cuando respondió que había visto tantos lagos que no podía enumerarlos.

—Entonces deberías hacerme el favor de pensar en uno de ellos —dijo la hija del párroco—. Puedes pensar en cualquiera, siempre que sea largo y estrecho y se encuentre entre dos colinas boscosas.

Pequeñita apoyó la barbilla en el pecho y miró fijamente al suelo. Pero pronto volvió a mirar hacia arriba. Ya lo había pensado.

La hija del párroco la miró con picardía, pero seguía manteniendo la voz seria.

—¿Puedes verlo ante ti? —preguntó—. ¿Ves que un riachuelo reluciente viene del norte y desemboca en él, y que en el sur se estrecha, hasta que no queda nada más que otro riachuelo?

Sí, podía visualizarlo.

—Si ves eso, también verás cómo entran y salen las playas en las bahías y los golfos —continuó la hija del párroco—. Y que aquí y allá, surgen finos y estrechos cabos, donde hay abedules llorones que cuelgan sobre el agua. Y que hay islotes rocosos en el agua, que están completamente cubiertos de cerisuelas y serbales que florecen en primavera, tan hermosos como una novia en el día de su boda.

Pues bien, Pequeñita lo veía todo, todo lo que la hija del párroco

quería que viese.

La joven miró por la ventana hacia el largo valle. Luego se volvió hacia ella y sonrió. Sin embargo, había algo enfático en su voz cuando hablaba, como si quisiera que ella recordara bien lo que decía.

—Si ves eso, quizá también puedas ver que a un lado hay una playa de arena, un sitio que suele estar lleno de niños, al que acuden a bañarse durante todo el verano, en otra parte se alza una pared alta de roca, un sitio donde crecen abetos de gran porte, negros, con raíces gruesas, que se retuercen entre sí como si fueran serpientes. Y verás también que allí hay un sitio pantanoso que está lleno de arbustos de aliso. Apenas se puede pasar y, más allá, se extienden de nuevo prados hermosos y llanos, donde el ganado acude a pastar.

Pequeñita también lo veía.

—Si ves eso, probablemente también verás las rocas en la orilla, donde la gente suele pescar percas los domingos —siguió la hija del párroco—. Y el embarcadero de pequeños troncos de roble, amarrados a lo largo de la orilla, y en los cabos, las pequeñas cabañas de los pescadores, viejas y grises.

—Sí —dijo Pequeñita. Veía eso y mucho más.

—Y si ves eso, también verás que alrededor de todo el lago hay como un anillo de granjas con campos y cercados, pero no están tan cerca del lago como las cabañas de los pescadores, sino a una buena distancia del agua. Y por encima de las granjas hay algunos campos quemados y dehesas de abedules, pero luego empieza el bosque de abetos que cubre la montaña hasta el pico más alto.

Sí, eso también lo veía Pequeñita.

Entonces la hija del párroco se quedó pensativa.

—Pero si un buen día sucediera que ese lago en el que has estado pensando se secara y no quedara ni una gota de agua en él, ¿cómo crees que sería el lugar donde había estado?

Pequeñita no era capaz de responder a eso. Se limitó a mirar fijamente a la hija del párroco.

—Bueno, yo tampoco lo sé muy bien —dijo la hija del párroco—. Pero me imagino que cuando hubieran pasado algunos años, la hierba empezaría a crecer en el fondo del lago y luego la gente la cuidaría, la cultivaría, y quedaría dividida y atravesada por cercados como pasa en cualquier otro terreno. Pero, por lo demás, la mayoría de las cosas seguirían igual que antes.

Pequeñita se la quedó mirando fijamente. Parecía estar confusa.

—Seguro que has estado en el salón de Helgesäter en algún momento

y habrás visto el gran espejo dorado que cuelga entre las ventanas. Se rompió hace unos años y el capitán no ha podido permitirse adquirir uno nuevo, así que han tapizado el fondo de la tabla con tela verde. Pero el marco dorado, sigue siendo el mismo, eso sí. La única diferencia es que ya no hay un espejo por dentro.

La niña levantó la cabeza de golpe y miró a la hija del párroco. Empezaba a comprender.

—Seguramente pasó lo mismo con el lago del que hemos hablado —dijo la joven—. Todo lo que había en la playa quedó, aunque el espejo de agua, que estaba en medio, desapareció. Los abedules llorones se quedaron en las orillas, aunque ya no había nada en lo que pudieran reflejarse. La playa de arena siguió donde estaba, aunque ya nadie se acercara ni se bañara en verano. Las rocas donde situarse para pescar seguirán allí, es lo más probable, aunque ya nadie pesque desde ellas. Los pequeños islotes con serbales siguen donde estaban, aunque ahora estén rodeados de campos de labor, y todas las granjas que había alrededor del lago siguen en el mismo sitio, aunque los jóvenes que viven en ellas ya no puedan salir a remar al lago durante las hermosas tardes de verano.

Sí, Pequeñita también podía estar de acuerdo con eso.

Pero ahora la hija del párroco se volvió de repente hacia la ventana.

—¡Mira hacia allí, Nora, y las demás también! —dijo, señalando el largo valle—. ¿Qué creéis que es lo que veis allí abajo?

Y cuando Eleonora miró hacia fuera vio en un solo destello todo lo que la hija del párroco le había contado. Allí estaba el fondo plano del lago y rodeándolo, la antigua línea de playa, con sus entrantes y salientes, la bahías y los cabos. En estos últimos se veían los abedules y en los campos pequeñas arboledas, que antes habían sido islotes, y a un lado se veía la montaña escarpada con el bosque de abetos y al otro los densos matorrales de alisos. A mitad del camino, en dirección a la montaña, se veía el anillo de granjas, y también las colinas boscosas y las cascadas. Sí, todo estaba allí.

Las criadas miraban desde detrás de donde estaba Pequeñita y veían lo mismo que ella.

¿Cómo no se habrían dado cuenta antes?

Quizá fuera cierto que el lago Svartsjö había estado allí. Estaba claro que aquel valle se correspondía con el fondo de un antiguo lago.

—Sí, eso es exactamente así —dijo la hija del párroco—. Es el espejo, que una vez existió aquí, debajo de Lövdala, y cuyo cristal se ha perdido. Muchos creen que es una pena que haya desaparecido y que el

espejo ya no sea tal.

Pero en aquel momento, lo que Pequeñita quería era contar lo que sabía sobre el lago. No podía seguir callada.

—Madre también solía hablar de este lago, que estaba debajo de Lövdala —empezó.

—¿Ah, sí? —dijo la hija del párroco—. Sí, puede que tu madre te hablase mucho sobre Lövdala.

—Mi madre me dijo —continuó la niña hablando muy rápido—, que había tres cosas que el lago había dejado atrás cuando se secó. Una era la corriente de aire frío, que siempre se desliza por el valle, la otra era la niebla fría, que se levanta en otoño, y la tercera...

Sin embargo, fue incapaz de decir cuál era la tercera. La hija del párroco la interrumpió de repente.

—Bueno, no había nada más —concluyó ella—. Eso ya lo sabemos.

BLANCANIEVES

I.

Se oían risas y charlas en la alcoba junto a la cocina de Lövdala, por lo que Pequeñita era incapaz de dormirse, y eso a pesar de que aquella noche estaba en una camita de verdad que habían traído para ella.

La hermana de leche de la señorita Maja Lisa, Anna Brogren, que estaba casada con el pastor titular Lövstedt de Ransäter, había venido de visita. Iba a quedarse hasta el día siguiente. En principio, iba a dormir en el desván, pero en cuanto el párroco y su esposa se hubieron retirado, bajó con sigilo.

Los más probable era que quisiera hablar a solas con Maja Lisa y, al encontrarse a Pequeñita en la alcoba junto a la cocina se llevó una desilusión. Anna Brogren no dejaba de acercarse, una y otra vez, para comprobar si se había dormido. Al final, Pequeñita decidió cerrar los ojos y quedarse quieta, pues no quería molestarlas.

—Ya duerme —dijo la esposa del pastor, y volvió a tomar la vela para acercarse a la cama de Pequeñita.

—No, no duerme —replicó la hija del párroco—. No puede haberse dormido con lo que hemos hablado.

—Entonces quizá sería mejor que nos quedáramos calladas un rato —sugirió Anna Brogren.

Tras pasar solo un par de minutos en silencio, Anna Brogren se quedó tranquila. La niña dormía, por fin. Así que no dejaría Lövdala hasta que se enterara de lo que había pasado, aunque tuviera que

quedarse en vela toda la noche.

—No está dormida, estoy segura —dijo Maja Lisa—. Vamos a hacerlo de otra manera. Te contaré un cuento mientras esperamos. Recuerda todos los cuentos que te he contado hasta ahora.

—Me temo que entonces se despertará —dijo Anna Brogren—, pero haz lo que quieras. ¿Qué cuento me vas a contar?

—Creo que te contaré el de Blancanieves.

—¿Ese? —preguntó la esposa del pastor sin sonar convencida—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me lo contaron.

—Érase una vez un párroco y su esposa. Ella estaba muy triste, pues no tenía hijos —empezó a contar la hija del párroco.

—No, te equivocas —replicó la esposa del pastor—. No era la esposa de un párroco, sino una reina.

—Siempre he oído que era la esposa de un párroco —dijo Maja Lisa —, así que no puedo contar el cuento de otra manera.

Y siguió hablando de la mujer del párroco, que había deseado tener una hija, cuyos labios fueran rojos como la sangre y cuya piel fuera blanca como la nieve. Y, en cuanto su deseo se hubo cumplido, murió.

—Sigo pensando que podríamos hablar de algo más divertido —dijo Anna.

—Sé que recuerdas el cuento —dijo Maja Lisa—, y por eso no contaré nada acerca de cómo fue la infancia de la joven Blancanieves. Seguro que te acordarás de que no le faltó de nada, a pesar de que su madre había muerto, pues tenía una tía cariñosa, que cuidaba de la casa, una hermana de leche que también la quería y una abuela que era igual. Pero quien más la quería de todos era su querido padre. Era el compañero de juegos más tierno y compartía con él todas sus preocupaciones. Él hombre nunca quiso para ella una educación estricta, a diferencia de la que recibían otros niños, sino que le permitía hacer lo que quisiera. Por eso, todo el mundo pensaba que la estaba malcriando, pero él hacía caso omiso de tales valoraciones.

—Blancanieves era complaciente hasta tal punto que ya no se la podía mimar —comentó Anna Brogren, que se había puesto muy seria.

—No había nadie en el mundo que fuera tan feliz como Blancanieves —prosiguió Maja Lisa—. Sobre todo, se sintió muy satisfecha cuando, al mudarse su tía, ella sola quedó al frente de la finca familiar y pudo ocuparse de cuidar de su querido padre. Creo que durante años la única pena que la afligió fue que su hermana de leche se casara y se mudara a otra parroquia. Si en aquel entonces alguien le hubiera dicho que, un día, su padre la apartaría de su corazón, se habría echado a reír. ¿Cómo

su querido padre y ella iban a estar en desacuerdo por nada? Ni en sueños se planteaba semejante cosa, era una idea descabellada.

—Y lo cierto era que no había nadie más que pudiera creer que fuera así —dijo Anna Brogren con la misma voz seria de antes.

—De manera que Blancanieves nunca se imaginó que tal desgracia pudiera caer sobre ella, hasta que una hermosa mañana de verano, cuando su querido padre salió a ver la siega, sucedió.

—¿Fue el verano pasado? —irrumpió Anna rápidamente—. Pensaba que Blancanieves había vivido hace mil años.

—Siempre he oído decir que Blancanieves sigue viva en la actualidad —dijo la hija del párroco—. Aquel día, cuando salió con su padre a ver la siega, acababa de cumplir diecisiete años. Su padre tenía cincuenta, aunque nadie lo diría. Llevaba peluca sin sombrero y se había puesto una pechera con volantes y unas grandes hebillas en los zapatos. Blancanieves pensó para sí que iba muy elegante. Ella se había puesto su viejo vestido de algodón y un sombrerito. No destacaba nada junto a él.

—Siempre he oído decir que Blancanieves era la más hermosa —dijo Anna, pero Maja Lisa continuó sin importarle la interrupción.

—En cualquier caso, llevar el sombrerito estaba bien, porque le tapaba un poco la cara. De lo contrario, su padre se habría dado cuenta de que estaba enojada. ¡Ay, ay! Recuerdo que Blancanieves podía permitirse el lujo de estar descontenta por salir con su querido padre por aquel entonces. Ella prefería quedarse en el telar tejiendo. Sin embargo, cuando su padre apareció por la ventana de la cocina y la llamó, había sido incapaz de decirle que no.

—Creo que nunca podía negarle nada —dijo Anna.

—Pasaron por delante de los establos y por el campo donde pastaban los terneros, pues se dirigían al campo del sur, donde Bengt, el Alto, y los dos muchachos de Vetter estaban segando la hierba. No fue una caminata larga, pero las salidas con su padre siempre se convertían en largos paseos. Se detenía para mirar las vacas y para hablar con la pastora. Cuando llegaron al cerro de los abedules, el hombre se detuvo y se dio la vuelta para admirar la casa principal, que él mismo había erigido. Y un poco más adelante, hizo una nueva pausa para enderezar un pino joven que se había torcido.

»Tengo que decir que cuando Blancanieves estaba en compañía de su querido padre, era incapaz de enojarse por mucho tiempo. Adoraba que fuera como era.

»También debo añadir que la joven no se equivocaba al pensar lo

bello y conmovedor que era que su padre se hubiera quedado toda la vida como vicario en una parroquia pequeña y humilde, sita en los bosques de Värmland. Él, que era tan culto y cuya elocuencia resultaba irresistible, y que, además, tenía tan buena planta y era tan cariñoso, podría haber llegado a deán o a obispo si hubiera querido. ¿No te parece?

—No me resulta fácil decir nada sobre su padre —dijo Anna—, aunque sí creo que hubiera llegado a ser cualquier cosa de habérselo propuesto.

—Claro está, nadie puede decir cómo se sentía Blancanieves. Sin embargo, debió de decirse a sí misma: Blancanieves, ya que no eres nada, ni sabes nada, ya que no tienes experiencia en nada, ¿no te parece que no es justo que estés de mal humor? ¡Piensa en tu querido padre, que jamás se queja ni pide nada y que siempre muestra al mundo su mejor cara! Así las cosas, Blancanieves se disculpó por haber deseado quedarse tejiendo para acabar su labor antes que salir de casa, ya que debía acompañar a su abuela a las termas de Loka ese verano. Durante el invierno pasado, su abuela había padecido gota. Las manos le habían quedado muy maltrechas, así que ella la había estado presionando durante toda la primavera para que realizara el viaje, aunque sabía muy bien que la abuela no iría si ella no la acompañaba.

»Se le ocurrió entonces que debería pedirle a su padre que fijara una fecha para el viaje. Pero, por alguna razón, no podía. Se daba cuenta de que él se pondría triste si ella faltaba de su casa seis semanas enteras, así que el hombre lo posponía todo lo que podía. De ese modo, planteó sus propias condiciones: si crecía mucho pasto en el campo sur, su padre estaría contento. Elegiría ese momento para hablarle del viaje.

»No había nada que temer. Cuando llegaron al campo sur, el pasto que allí había crecido era abundante. De inmediato, se dio cuenta de que su padre se ponía contento, pues se puso a bromear con Bengt, el Alto. Era el hombre más alto de la parroquia, y su padre le decía que todavía podía crecer un poco más. Era tan alto que sobresalía por entre el heno más que los demás.

»Bengt no tardó en responder al párroco. Dijo que si el párroco seguía cuidando así la tierra, pronto acabaría con todos los que podían segarla. No era fácil segar tanto heno. A lo que los dos muchachos de Vetter asintieron, asegurando que preferirían irse a pelear con todos los chicos de la región de Västgötland, durante el mercado de Broby, que segar tanto heno un año más.

»Era un comentario cortés que merecía una respuesta igualmente

cortés, decidió el párroco. Todos quedaron en silencio, esperándola. Creo que Blancanieves siempre recordará a su querido padre allí, feliz y de buen humor entre su gente, fingiendo estar pensando en la respuesta, para que su efecto resultara aún mejor cuando la recibieran.

»Pero por desgracia, la respuesta nunca llegó y los allí presentes nunca la oyeron, pues sucedió algo inesperado que hizo que todos prestaran atención a otra cosa.

»¿Qué podía ser aquello que se veía acercarse a través de la hierba alta? ¿Qué podía ser, pues no caminaba sino que venía dando tumbos? Era algo que no llegaba en silencio, sino que gritaba e iba hablando en voz alta.

»Blancanieves nunca había visto nada tan terrible. Se trataba de una mujer, maltrecha. Tenía la ropa mojada y llena de barro. El cabello se le había escapado del recogido con peineta y los mechones le caían por la espalda. Sin embargo, lo peor era que la mujer tenía la cara y las manos ensangrentadas.

»Bengt, el Alto, y los muchachos de Vetter se volvieron y escupieron tres veces, como si se hubieran encontrado con una bruja. Su padre estuvo cerca de hacer lo mismo.

»Justo en ese momento, Blancanieves pareció reconocer a la que había venido. Se apresuró a susurrarle a su padre que debía de ser la doncella que se ocupaba de la casa de la condesa de Borg.

»El hombre asintió y se acercó a la doncella. Le preguntó qué había sucedido, ya que venía caminando hacia ellos tan temprano aquel día. Pero la mujer estaba tan confundida que no lo reconoció. Lo único que hizo fue gritarle que no podía soportar a la condesa y que se dirigía a la rectoría en busca de ayuda.

»La llevaron a casa. Pasado un rato, pudo contarles qué le había pasado. La condesa la había estado provocando y atormentando, hasta que ya no pudo soportarlo más. Así, a las dos de la madrugada, se había escapado de Borg. Estaba tan confundida que no se había puesto a pensar adónde ir hasta que ya estaba en el camino. Entonces se le ocurrió acercarse a la rectoría, pues había oído decir que allí había gente misericordiosa. No obstante, como había atajado por los prados, al cruzar el puente se había caído al arroyo, se había golpeado la frente y se había destrozado la ropa. Después de eso, había sentido tal mareo que había sido incapaz de encontrar el camino, así que se había pasado la mañana vagando de un lado a otro entre los campos de heno y cereales.

»Ahora suplicaba que le permitieran quedarse en la rectoría, hasta

que su ropa se hubiera secado y hubiera podido lavarse la sangre y pensar en adónde ir a continuación.

»Como no podía ser de otra manera, se le permitió. ¿Quién podría haber rechazado a una persona tan desesperada como aquella?

»Blancanieves y su padre estaban perplejos por el comportamiento que les había contado de la condesa. Era una mujer hermosa y feliz, ¿cómo podía ser tan cruel con sus criados? Sin embargo, no era la primera vez que oían algo así sobre la mujer. ¿Qué quiero decir con eso? Pues que la condesa tuvo suerte de no encontrarse con Blancanieves ese día. De haberlo hecho, le habría preguntado si no le daba vergüenza. Aquella doncella... bueno, ¿cómo debería llamarla ahora?

—Puedes llamarla Vabitz —sugirió Anna.

—Bueno, pues la doncella Vabitz era una persona buena y respetable, y la condesa no debería haberla tratado así.

»Y ese mismo día, a Blancanieves se le ocurrió algo que la hizo muy feliz. Le pediría a Vabitz que se quedara en la rectoría para ocuparse del cuidado de la casa, mientras la abuela y ella se iban a las termas. Si podía arreglarse de esa manera, estaba segura de que la casa se llevaría tan bien como si ella misma lo hiciera.

—Pero, Dios bendito —dijo Anna—. ¿Fuiste tú? Quiero decir, ¿fue Blancanieves?

—Sí, claro, fue ella y solo ella. Estaba muy contenta de que se le hubiera ocurrido aquella idea. Acto seguido, preguntó a la doncella si quería quedarse con ellos, y la doncella no se amilanó, sino que respondió que «les haría el favor de quedarse». Pero les avisaba ya de que, si conseguía un puesto mejor en una gran casa, se iría de inmediato. Era pobre y tenía que pensar en sí misma antes que en cualquier otra cosa.

»Sin embargo, al que resultó difícil convencer fue al padre de Blancanieves. ¿Tendría que soportar a aquella doncella dando vueltas por ahí durante seis semanas? Y, ¿tendría que sentarse a la mesa con ella?

»No te puedes ni imaginar lo difícil que fue todo, antes de que Blancanieves y su abuela partieran. Su padre y Vabitz no se soportaban. Él quería divertirse y bromear con todo el mundo, pero ella era una mujer seria y estricta que no pensaba más que en preservar su dignidad.

»La mayoría de las veces, Blancanieves se las arreglaba para que no coincidieran más que a las horas de comer, pero tan pronto como su padre se sentaba a la mesa, comenzaba a hablar de cosas que sabía que

ofenderían a la doncella. Lo que más le divertía era hablar con ella sobre el amor y el matrimonio.

»Él le decía que estaba muy feliz de tenerla en la casa, pues ahora seguro que ella podría darle buenos consejos. Había estado pensando en volver a casarse, llevaba tiempo haciéndolo. ¿Qué le parecía si eligiera como esposa a la condesa de Borg?

»Apenas acababa de decirlo, la doncella se quedó tiesa. Dejó el cuchillo y el tenedor en el plato y se quedó mirándolo intensamente.

Anna Brogren se echó a reír.

—¿Y lo bien que se lo pasó? —dijo ella.

—Sí, claro que su padre se lo pasaba muy bien. Raras veces se topaba con alguien que no se diera cuenta de que bromeaba. No podía entender cómo aquella mujer parecía tan sorprendida. ¿Acaso creía que la condesa lo rechazaría? Sin embargo, sabía con certeza que la condesa pensaba que era un hombre guapo. Solía ir a la iglesia todos los domingos, siempre que estuviera en Borg, y ella misma le había dicho que jamás iba a la iglesia para escuchar a un párroco feo.

»¡Qué risa! Tras decir aquello, la doncella se puso colorada. Se había mantenido en silencio todo lo que había podido, pero ahora tenía que desahogar su indignación. «¡Y eso lo dice un párroco y siervo de Dios!», exclamó.

»La doncella tenía una voz muy áspera y grave. Era bajita y de tez delicada y fina. Tenía el pelo totalmente blanco, y eso que solo contaba cuarenta años. Parecía dulce como una paloma, pero precisamente por eso, cuando empezaba a hablar, uno se asustaba.

»Tras haber juzgado al padre con voz de ultratumba, el hombre se echó a reír a carcajadas. Y la doncella no dijo una palabra más en toda la cena.

Anna se rio, ella también. Sin embargo, Maja Lisa suspiró antes de continuar.

—No necesito contarte lo mucho que Blancanieves rogó y suplicó a su querido padre y lo profundamente triste que estaba, pues veía que no le hacía caso. Vivía con la preocupación constante de que la doncella pudiera fugarse de allí al igual que lo había hecho de Borg.

—Pues yo creo que se quedó —dijo Anna.

—Sí, se quedó, y Blancanieves se sentía enormemente feliz. La doncella incluso comenzó a participar en las tareas del hogar. No quería quedarse allí y no hacer nada. No podía ser.

»Era natural que alguien como Vabitz no se contentara con cocinar platos corrientes, sino que lo hacía a la francesa, como en la casa de un

conde. Y su padre, que durante años había sido preceptor en casas de familias nobles, revivió su juventud al degustar platos de carne picada, patés y salsas fuertes. Mientras Blancanieves estuviera fuera, seguro que él no sufriría. También fue reconfortante notar que su padre ya no bromeaba tanto con la doncella cuando le ponía delante un plato realmente delicioso.

»Todavía fue mejor descubrir que tanto su padre como la doncella compartían un gran interés por la jardinería. Él podía pasarse horas hablando del arquiatre[1] Linneo, de Hammarby o del Jardín Botánico en Uppsala, sin que la doncella se cansara de escucharlo.

»La jardinería fue lo que reconcilió a su padre con la idea de que la doncella se quedara. De no haber sido por eso, tal cosa no se hubiera producido. Gracias a que aquel asunto se resolvió, Blancanieves pudo marcharse contenta de viaje. Esperaba que la doncella Vabitz y su padre se soportaran hasta que regresara.

»Sin embargo, había algo que hacía que no estuviera tranquila del todo mientras estaba de viaje. No dejaba de pensar en su casa y en su padre todos los días, y de preguntarse si él se seguiría burlando de la pobre Vabitz.

»Después de pasar dos semanas en el balneario, recibió una carta de su padre, dulce y divertida, en la que le relataba con pelos y señales cómo lo pasaban la doncella y él. Le contaba que, una noche, había recibido la visita del teniente Kristian Bergh y del terrateniente Julius. Habían estado jugando a las cartas y cantando canciones de Bellman, el trovador. Al día siguiente, Vabitz se había negado a dirigirle la palabra, y durante toda la semana le puso para cenar pan con morcilla o zanahorias con arenque. Hasta que un día le sirvió salmón a la parrilla y volovanes. El enfado se le había pasado.

»Blancanieves se echó a reír, su padre era muy gracioso. Pero esa carta no la tranquilizó. La siguiente fue mejor. En ella, su padre le contaba que Bengt, el Alto, le había contado que quería casarse con su prometida, Maja, la Alegre, y que quien le había convencido, no era otra persona que Vabitz. Le había sermoneado acerca de lo mal que estaba tener a una dama esperando catorce años. Así que, finalmente, se había dado por vencido.

»Se notaba que su padre estaba muy contento. En esa carta ya no llamaba a la doncella «la Vabitza»,[2] como solía hacer, sino «la doncella Vabitz». Aquello era señal de que su padre había comprendido al fin que la mujer era una buena persona. A partir de entonces, Blancanieves dejó de recibir cartas de su padre. Solo le llegaban notas cortas,

indicando que estaba muy ocupado y que no tenía tiempo para escribir cartas. No mencionaba palabra sobre la doncella. Seguramente ya se hubiera acostumbrado a ella y no pensaba más en Vabitz que en los demás sirvientes.

»Sin embargo, seguía estando preocupada. Cuando por fin subió al carruaje para regresar a casa estaba feliz. Había escrito a su padre con antelación y le había dicho cuándo podía esperar su llegada, al tiempo que lo elogiaba por soportar a Vabitz. Ya no tendría que seguir con extraños en casa, ella estaría ahí y no volvería a dejarlo solo.

—¿Ah, sí? ¿También escribió eso? —preguntó Anna—. Debió de ser divertido para ella pensar que había escrito tal cosa.

—Hay mucho de gracioso en esta historia —continuó la hija del párroco—. Pensando en lo feliz que estaba Blancanieves mientras el carruaje avanzaba por el camino, daban ganas de reír. Iba tan contenta que todos aquellos con los que se cruzaba se ponían contentos al verla. Así fue al menos al comienzo del viaje. Sin embargo, cuando se iban acercando a casa, cuyos habitantes ya podían ver el carruaje aunque fuera en la distancia, se dio cuenta de que la gente parecía triste y preocupada.

»Blancanieves estaba bastante inquieta. En las últimas posadas en las que se había hospedado, allí donde conocían a su padre, había preguntado por él. Le habían dicho que seguía con tanta salud y tan fuerte como cuando ella se marchó. Pero notaba algo en la voz de sus interlocutores, sabían algo que no le querían contar. Y no quiso preguntar. Debía de ser alguna menudencia, algo como que la doncella había acabado escapándose. No quería arruinar la alegría de su vuelta a casa pensando en ella.

—Es una historia tan deplorable —dijo Anna Brogren resoplando.

—En la última parada, Bengt vino a recogerlas con sus caballos. También se comportaba de un modo extraño. Lo habitual en él era que no dijese ni mu. En cambio, ahora hablaba sin parar. Blancanieves se dio cuenta de que hablaba de todo, pero ni una palabra sobre su padre o Vabitz. No se atrevía a preguntar. Si algo andaba mal, lo escucharía de boca de su propio padre.

—¿Y no se enteró de nada hasta que llegó a casa? —preguntó Anna.

—No, ella no sabía nada, nada en absoluto. Y ahora te contaré lo peor. Bueno, pues, que su padre pensó que había actuado con gran sensatez, esperando que ella fuera feliz con lo que había logrado. Y lo más probable es que fuera lo que él pensaba. Había sido ella quien había elogiado a la doncella y quien le había dicho que debería estar

contento por tener a una persona tan buena en casa. Tal vez hubiera sido ella misma quien le hizo pensar por primera vez que la doncella...

»No te puedes imaginar lo feliz que estaba su padre, esperándola en el porche y lo feliz que estaba Vabitz junto a él. Estaba deseando contarle la gran noticia.

»Pero no le hizo falta decir nada, pues Blancanieves se dio cuenta. Lo supo antes de bajar del coche. Y ahora te contaré lo mal que le fue. Se enfadó tanto que no pudo controlarse. Jamás se había sentido así. No es que se abalanzara sobre ellos para arañarlos y golpearlos. Pero se quedó con las ganas, desde luego.

»Incapaz de controlar su lengua, les dijo lo peor que se le ocurrió. Lo primero, que nunca llamaría madre a Vabitz. Lo segundo, que esta no era buena para su padre, pues era hija de un trompetista alemán pobre. Le dijo que su padre podría haberse casado con cualquier dama de bien. Y también que debían de saber que lo que habían hecho no estaba bien, pues de lo contrario no se habrían casado en secreto.

»En ese momento, su abuela se acercó y la agarró por la muñeca. Muy severa, le pidió que la acompañara a su alcoba. Aunque Blancanieves no se negó, antes de hacerlo se volvió hacia Vabitz de nuevo y le espetó que había engatusado a su padre con buena comida y que el motivo de que él se hubiera casado con ella no era otro que lo bien que cocinaba.

»Entonces la abuela se la llevó.

—¡Qué pena! —exclamó Anna—. Tendría que haber seguido diciéndole más cosas.

—Pues no, la abuela se la llevó y en cuanto entraron en su alcoba, Blancanieves se puso a llorar. Eso también era una novedad. Nunca había llorado tanto. Lloró durante horas antes de calmarse y, mientras lo hacía, no dejaba de pensar en algo extraño que durante toda su vida se había guardado dentro. Algo que ahora había despertado y se había adueñado de ella. ¡A ver cómo te lo explico! Estaba segura de que un viejo dragón o alguna bestia horrible vivía dentro de ella. ¡Ay, ay! Se asustó tanto que casi se olvidó de la otra desgracia. Le provocaba una gran ansiedad saber que algo tan rebelde y peligroso vivía dentro de su alma. Pero no estaba en su mano que aquella bestia morara dentro de ella. Lo único que podía hacer era impedir que apareciese de nuevo.

—¡Dios bendito! —dijo Anna con voz cariñosa—. ¿Nunca se había enfadado tanto como en esa ocasión?

—Al fin se durmió y no se despertó hasta la mañana siguiente, cuando el sol aparecía por detrás de la montaña y le iluminaba la cara.

Se sentía infeliz y no sabía qué hacer.

»No obstante, no tenía tiempo de pensar mucho. Al rato llegó la criada con un saludo de la señora, pidiéndole que se levantara y se sentara a tejer.

»Faltaban pocos minutos para las cuatro de la madrugada, nunca se había levantado tan temprano. Por supuesto, había trabajado, pero solo cuando ella quería y le apetecía. Casi volvió a enfadarse otra vez, pero se acordó de nuevo de la bestia que moraba en su interior y tuvo miedo de que se despertara.

»Después de tejer durante un par de horas, entendió mejor cómo había ido todo. Vabitz no había tratado de engatusar a su padre, sino que había insistido, hasta que él se dio cuenta de que ella sería un apoyo muy valioso para él y su hija. Tras descubrir que a su hija no le había parecido bien su elección, se sintió bastante ofendido.

»A las siete en punto, su padre la llamó para advertirla y amonestarla, no se podía esperar otra cosa. No obstante, la regañó con tal cobardía que ella estuvo a punto de enfadarse otra vez. En cualquier caso, no lo hizo, sino que les pidió perdón a ambos muy educadamente y les besó la mano, tanto a Vabitz como a su padre. Vio cómo él se sentía aliviado al ver que todo se había arreglado y que la paz volvía a su casa.

—¡Y eso estaba sucediendo solo a unos kilómetros de distancia y yo sin saber nada! —exclamó su hermana de leche con la voz tomada—. ¡Si al menos hubiera estado allí!

—Menos mal que no había nadie que incitara a Blancanieves a seguir discutiendo —dijo Maja Lisa—. Se alegró de haberse mostrado conciliadora, porque cuando los vio juntos, comprendió que ella no era la más infeliz. Era joven y podía casarse y tener su propia casa, pero para su padre era diferente. Nunca podría librarse de Vabitz, tendría que soportarla el resto de su vida. Aquello sería como vivir un invierno eterno sin sol de verano. Había que compadecerse de su padre, no de ella.

»Pero por muy conciliadora que quisiera ser, no pudo evitar burlarse de él cuando, al cabo de un rato, apareció por la ventana de la cocina y le preguntó si quería salir a pasear. Le respondió que no podía, pues su madrastra le había ordenado que preparase varias piezas de tela antes del desayuno.

»Puede que en un primer momento su padre estuviera a punto de decir que lo dejara y viniera de todos modos. Pero luego se dio cuenta de que era mejor no contrariar a su esposa el primer día. Así que se

alejó de la ventana y dejó a su hija en el telar. Jamás se había esperado tal cosa. Casi se le paró el corazón; había perdido a su padre.

Se le quebró la voz y guardó silencio. Anna Brogren tampoco dijo nada, pero se puso a llorar. Y Pequeñita habría llorado también de no haber sido porque le preocupaba que los demás la oyesen.

II.

La noche siguiente no fue mejor para Pequeñita. Anna Brogren no se había marchado como estaba previsto, sino que pospuso su viaje de vuelta a casa. Apenas el párroco y su esposa hubieron dado las buenas noches, bajó de puntillas de la habitación de invitados hasta la cocina para hablar con Maja Lisa.

Esta vez, ni ella ni Anna esperaron a que Pequeñita se quedara dormida. La esposa del pastor comentó de inmediato que había querido quedarse un día más solo para escuchar cómo seguía el hermoso cuento de Blancanieves que su amiga le había empezado a contar la noche anterior. Le pidió que comenzara rápido para que, esta vez sí, tuvieran tiempo de terminarlo. Pasado mañana tendría que irse, no podría quedarse más.

Y la hija del párroco empezó a contar el cuento.

—Si mal no recuerdo —dijo—, Blancanieves no había estado en casa más de ocho días cuando el campanero Moreus y Ulla vinieron a visitarla. No te imaginas lo contenta que se puso cuando llegaron. Por supuesto, todo iba bien entre la madrastra y ella, pero tenía que trabajar duro. Tejía y tejía todo el día, la espalda le dolía cuando se acostaba por la noche. Pero por suerte, con aquella visita consiguió tener un rato libre.

»Bueno, Blancanieves pensó para sí que nunca sentiría tanto amor por el trabajo como la nueva esposa de su padre. Tampoco podría ser tan hábil y rápida con las manos como ella. Aquella mujer era capaz de tejer un hermoso damasco en cuya cenefa aparecieran todos los animales del arca de Noé. Aunque sabía que la consideraba una chapucera, esperaba que se diera cuenta de que trataba de complacerla.

»Ulla Moreus conocía a Vabitz de cuando era ama de llaves en Borg, y sabía cómo era. Además, Ulla y su suegra acababan de estar en Borg horneando el pan para el otoño, por lo que tenía mucho que contar sobre la señora condesa. Blancanieves se dio cuenta de que a su madrastra le encantó enterarse de las locuras que había hecho la condesa.

»Pero, si te digo la verdad, creo que a nadie hizo la visita tan feliz como a su padre. Blancanieves miraba cómo se despojaba de la gran dignidad que llevara a cuestas desde que se casó para volver a comportarse como antes. Y se dijo a sí misma: «No sé dónde se ha metido mi padre últimamente. Ha dejado de ser él desde que fuimos al campo sur para ver la siega del heno».

»Sabía con seguridad que la culpa de que ya no se atreviera a bromear ni a reírse era suya. Su padre tenía mala conciencia, pensaba no la había educado bien. Estaba convencido de que si él no la hubiese malcriado, nunca se habría rebelado contra su esposa y contra él como lo había hecho. Pero ahora estaba decidido a enderezarla. Se lo tomó tan en serio que, cuando estaban en la misma habitación, la trataba de manera estricta y severa.

»Hacía solo un par de meses pensaba que su hija era como debía ser cualquier muchacha como ella. Sin embargo, ahora la veía como alguien que no valía para nada. No volvería a ser el mismo hasta que Blancanieves cambiara.

»Cuando el campanero Moreus llegó, su padre se olvidó de todo aquello y empezó a comportarse como solía. Era por ella por lo que se obligaba a ser diferente cada día. Debería agradecérselo más de lo que lo hacía. No pudo evitar pensar que su querido padre la amaba de veras.

»Su nueva madre quería preparar la cena personalmente, para poder mostrar así a Ulla que nunca se había comido en Lövdala como ahora. La mujer sabía, por supuesto, que Ulla era la cocinera más hábil de la parroquia y que siempre estaba cocinando en bodas y funerales, por lo que pensó que valía la pena ser especialmente amable con ella. Y mientras cocinaba, Ulla sugirió que ella y Blancanieves fueran a ver a la abuela un rato.

»Allí con la abuela, para entretenerlas, Ulla abrió un paquete que había traído consigo. Era un regalo espléndido que había recibido de la señora condesa. Cuando contaba lo bien que se llevaba con la condesa y los maravillosos regalos que recibía de ella, se reían a carcajadas. Una vez le había regalado un perro faldero, que no quería comer nada más

que nata, creyendo que regalar un animal a la esposa de un pobre campanero era una buena acción, aunque el hombre no tenía siquiera una vaca que ordeñar con la que poder alimentar al perro.

»Tal vez Ulla acabaría poniéndose triste si su señora acababa regalándole alguna vez algo útil. ¡Ay, qué divertido fue cuando abrió el último regalo! «¡Mirad!» dijo. «Así es como iré vestida cuando viaje a las granjas para cocinar en las bodas».

»Resulta que la mujer le había regalado su traje de montar, y seguro que pensó que era un buen regalo. Era una prenda de estilo inglés que había utilizado para montar durante los últimos años, y se componía de una falda negra y larga, un jersey rojo ceñido con cuello de piel de marta y un sombrerito alto. El tejido era de muy buena calidad y estaba en perfectas condiciones, pero para una cocinera no servía para gran cosa. La falda era tan larga que apenas podía caminar con ella. El jersey rojo ceñido daba risa. La mujer quiso que Blancanieves se probara el traje y, cuando lo hizo, tanto la abuela Beata como Ulla se mostraron encantadas. «¡Vaya!», exclamó Ulla. «¡Lástima que no seas tú quien haya recibido este gran regalo! Te queda que ni pintado».

»Ulla la puso frente al espejo, la peinó un poco y le colocó el sombrero. «¡Mírala!», le dijo a la abuela. «¿No parece una condesita? ¿La habías visto alguna vez tan elegante?».

»Ulla no quería que Blancanieves se quitara el traje de montar antes de que su padre y el campanero Moreus la vieran.

»Tengo que decir una cosa. No convenía que Blancanieves se disfrazara, pues se emocionaba y se ponía a pensar que era alguien distinto. La abuela y Ulla se echaron a reír a carcajadas, pues la joven empezó a caminar y hablar como si fuera la señora condesa.

»Ulla le dijo que quería que el campanero, su marido, la viese vestida así, como una condesa, e insistió en que fueran a la casa.

»Blancanieves pensó para sí: «Puede que a mi padre no le guste que me disfrace ahora que se ha puesto tan serio conmigo. Antes me dejaba hacerlo, tantas veces como quisiera, pero todo ha cambiado».

»Sin embargo, que Ulla estuviera allí le dio fuerzas. «No puedes dejar que te domine por completo. Hoy tu padre es el de siempre. No verá nada fuera de lugar en el hecho de que te hayas puesto el traje de la condesa».

»También le consolaba pensar que a su madrastra no le disgustaría que organizaran un pequeño espectáculo para reírse de la señora condesa.

»Cuando iban por las escaleras, Ulla tuvo otra idea. Se llevó a

Blancanieves al establo y, una vez allí, persuadieron a Bengt para que ensillara a *Svarten*. *Svarten* era un caballo regordete y pequeño que no se parecía en nada a los esbeltos caballos de montar que había en Borg. Además, tampoco las sillas de montar tenían nada que ver con los grandes asientos de respaldo tapizado que utilizaba la condesa Märta.

»Cuando *Svarten* estuvo listo y Blancanieves lo montó, Ulla entró corriendo primero, gritando tanto hacia el salón como hacia la cocina, que la condesa Märta venía cabalgando por la alameda.

»¡Uy, uy, uy! ¡Qué revuelo! La madrastra se arrancó el delantal de cocina, de modo que los puños se le cayeron y se apresuró hacia el porche delantero. El párroco salió corriendo a tal velocidad que la peluca se le movió y se quedó parado en el escalón más alto junto a su esposa. Ulla y el campanero Moreus se colocaron detrás de ellos, y en el escalón más bajo se situó la criada saludando.

»Blancanieves, fusta en mano, arreaba a *Svarten*, pero no había forma de que caminara más que al paso. Bueno, seguro que era lo mejor. Tanto su padre como su madrastra la habían reconocido de inmediato, estaba segura.

»¡Pero qué locura! El jersey rojo de la condesa, con el que esta había cabalgado durante años, había cegado a la madrastra, y ya no vio nada más. Y en cuanto su hijastra la saludó con la fusta y gritó: «*Bonjour, monsieur le pasteur!*», como solía hacer la condesa, la mujer bajó corriendo las escaleras para hacerle una reverencia que casi hizo que tocara el suelo con la nariz.

»¿Cómo describirlo? Blancanieves ya sabía que su madrastra era un poco miope, era bastante tarde y estaba un poco oscuro, pero le parecía imposible que no la reconocieran.

»Entonces pensó: «A mi madrastra le gusta que imite a la condesa». Sabía lo enfadada que había estado con su antigua empleadora y nunca pensó que le estuviera haciendo una reverencia a ella. Y al verlo, se dio cuenta de que el rostro le brillaba. Nunca la había visto tan feliz.

»Blancanieves se bajó de la silla sin ayuda, al igual que la señora condesa, y le arrojó las riendas a Bengt, el Alto. Luego se volvió hacia Raklitz y le tendió la mano.

»—*Eh bien, Raklitz*, ¿cómo se encuentra en su nueva posición?

»Y, ¿sabes qué? ¡Justo cuando pronunció esas palabras, su madrastra acababa de inclinarse ante ella y besarle la mano!

»Entonces, por fin, Blancanieves comprendió que su madrastra se había creído que de verdad había venido a verla la condesa. Estaba tan consternada que dijo:

»—Querida madre, solo soy yo.

»La aludida se enderezó enseguida y le soltó la mano bruscamente. Le clavó los ojos, luego se dio la vuelta y se apresuró a subir las escaleras en dirección a la cocina.

»Su padre, el campanero Moreus y Ulla se colocaron en torno a Blancanieves riéndose de su disfraz. ¡Ay, ay! Siguió actuando un poco más, pues parecía que a su padre le resultaba entretenido. Pero se había quedado de piedra, pues la mirada de su madrastra la asustó. «Ahora me he convertido en su enemiga. A ella no le importa que alguien sea insolente con ella. Lo que nunca podrá perdonar es que la haya ridiculizado», pensó.

La hija del párroco se tomó un breve descanso como para averiguar qué pensaba Anna Brogren sobre su historia.

—Es algo que causa risa, la verdad —dijo Anna—, sin embargo, no puedo reírme. Me da pánico. Es mejor que continúes de inmediato, para que sepa lo mal que tú… Bueno, quiero decir que Blancanieves lo está pasando.

Y entonces Maja Lisa siguió con la historia.

—Tengo que contarte una cosa rara que pasó a finales de septiembre. Pero querida Anna, te darás cuenta de que no era nada importante, aunque imagino que a Blancanieves le infundió un poco de valor. Cada vez que se acordaba de esa aventura pensaba: «Menos mal que hay alguien en la finca, que no teme a mi madrastra».

»No obstante, había que admitir que todos le tenían un poco de miedo, hasta su padre. No se podía negar que la mujer sintiera por él un cariño especial. Era muy atenta con él, desde luego, aunque puede que en exceso. Pero el hombre no se atrevía a decirle que no cuando quería algo.

»Era algo que se notaba a diario, aunque nunca tanto como cuando se permitió a la madrastra que hiciera aguardiente. Todos decían que de no haber sido por ella, que lo había pedido, el párroco jamás hubiera permitido tal cosa. Siempre había estado en contra del alcohol. Antes, si alguien lo sugería, él respondía con bastante brusquedad que en una rectoría, con el grano se horneaba pan y se preparaban gachas, pero no se usaba para destilar aquella bebida diabólica que no traía más que desgracias.

»El párroco le había dicho exactamente lo mismo a Raklitz, pero ella no dejó que eso la desanimara. Respondió que si quería dejar de servir alcohol en su casa, ciertamente ella estaría de acuerdo, pero como tenía que haber aguardiente en la casa, tanto para los invitados como para

los sirvientes, pensaba que ellos mismos podrían prepararlo fácilmente. Si se hacía en casa, el coste se reducía a la mitad, dijo la mujer, e insistió tanto que al final el hombre dejó que se saliera con la suya.

»Para el primer destilado, Raklitz pidió prestado un alambique para hacer aguardiente de una finca vecina. Tan pronto como llegó, se puso manos a la obra. Hizo el trabajo con sumo cuidado. No dejó de vigilar a la criada durante el macerado y la fermentación, y todo el tiempo, mientras se estaba destilando, permaneció junto a ella en la bodega. Nadie podía quejarse de que la nueva esposa del párroco no trabajara.

»El párroco, por otro lado, se quedó en su alcoba durante el destilado. No bajó a la bodega ni una sola vez para hacerle el honor a su esposa de querer probar la bebida.

»La madrastra entendió que, lo más probable sería que el hombre siguiera en contra de hacer aguardiente. Sabía que si alguno de los trabajadores se emborrachaba, aprovecharía la oportunidad para prohibirlo. Por lo tanto, se cuidó mucho de que ninguno de los que la ayudaban probara el licor demasiadas veces. Todos le tenían tanto respeto que de ese modo, conseguía que el buen orden se mantuviera siempre.

»Solo se produjo un pequeño incidente.

»Fue cuando hubo terminado por completo con el filtrado y poco más le quedaba por hacer que verter el aguardiente en las botas y las tinajas. También iba a encargarse del «sobrante», pero todavía estaba caliente, así que lo vertió en un balde y lo dejó fuera de la bodega para que se enfriara.

»Poco después de que hubiera dejado el balde, pasó Bengt, el Alto, por allí. El balde lo atraía, pero la esposa del párroco se plantó en la puerta de inmediato.

»—Querido Bengt —dijo—, no irá a beberse eso, ¿verdad? No es para las personas. No es más que vinaza.

»Bengt puso cara de inocente y siguió adelante. Iba de camino a las vaquerizas. Después de todo, pasar por delante de la bodega para ir hacia allí no estaba prohibido ¿verdad?

»El joven, de hecho se dirigía a los establos para hacerse con un horquillo que la pastora le había pedido prestado. Y ahora tenía la intención de llevar ese horquillo de vuelta al establo. Pero cuando abrió la verja del patio trasero, se encontró con *Storebocken*, el macho cabrío, que estaba allí parado con el hocico en alto entre las tablillas olfateando en dirección a la bodega. Era un día hermoso y todas las cabras estaban sueltas, pero mientras las demás estaban por ahí

pastando, *Storebocken* se había quedado junto a la verja.

»Nadie podía entender cómo Bengt pudo ser tan torpe. Abrió tanto la verja que el macho cabrío pudo pasar junto a él. Y luego, no se molestó en llevarlo de vuelta a su sitio, como debería haber hecho. Solo se aseguró de que las verjas del jardín estuvieran cerradas para que el animal no pudiera acceder a los manzanos del párroco ni a las coles de su esposa. Lo más probable es que pensara que no importaba que *Storebocken* fuera al patio delantero y pastara por el pastizal.

»Sin embargo, debes saber que *Storebocken* ni miró la hierba, sino que trotó hasta la bodega. Llegó con tal ligereza que Raklitz ni se enteró, a pesar de que la puerta de la bodega estaba entreabierta.

»Era un macho cabrío que siempre se había portado muy bien. Cuando bebía, no salpicaba como hacen los perros ni chupaba como los caballos, sino que lo hacía de un modo tan silencioso que nadie se enteraba. No era la primera vez que se bebía la leche de los cántaros a espaldas de la pastora, y en esta ocasión tuvo tiempo de beberse toda la vinaza tranquilamente sin que la esposa del párroco lo advirtiera.

»Pero cuando se la hubo bebido toda, *Storebocken* comenzó a balar, como solía hacer, porque le gustaba mostrar las fechorías que hacía mientras la gente se desesperaba. Y justo entonces, la esposa del párroco apareció en el umbral y vio que el balde donde la guardaba estaba vacío.

»La mujer agarró el hurgón negro, que siempre estaba en la esquina junto a la puerta de la bodega, y se dispuso a disciplinar al animal. Con lo feliz que estaba el pobre, desde luego no podía entender que su ama se hubiera enfadado de veras, por lo que se levantó sobre las patas traseras y comenzó a bailar frente a ella. *Storebocken* era viejo y fuerte, y a veces era un problema encontrarse con él. La esposa del párroco lo persiguió dando golpes al aire con el hurgón. Pero, para cualquiera que conociera lo imprevisible que era aquel macho cabrío, sabía que no acabaría bien. En ese momento se acercaron corriendo desde el edificio principal, el párroco, Blancanieves y las criadas, para ayudar a la mujer. Sin embargo, el animal no le hizo nada, simplemente seguía saltando de un lado a otro. Entonces, el párroco les indicó a los demás que se abstuvieran de interferir en el juego. Al mismo tiempo, le gritó a su esposa que se apresurara a entrar en la bodega, mientras *Storebocken* estuviera todavía juguetón.

»Sin embargo, su esposa no hizo caso de la advertencia. Y finalmente logró darle al animal un golpe tan fuerte que le hizo daño. En ese momento, el macho cabrío se puso a cuatro patas, y enfurecido, entró

corriendo en la bodega. Allí, usando los cuernos, derribó todas las botellas y tinajas que encontró a su alcance. Y para cuando la esposa del párroco pudo entrar, el animal ya había salido corriendo.

»*Storebocken* sabía que le había dado tanto trabajo a aquella mujer para que enderezara todo el lío que había formado que, probablemente, lo dejaría tranquilo durante un tiempo y así podría seguir disfrutando de su alegre borrachera. Se quedó quieto durante unos segundos delante de la puerta de la bodega mirando a su alrededor. Luego comenzó a caminar lenta y seriamente colina arriba hacia la casa.

»El animal solía tener un aire digno y solemne, y eso le iba bien. Nadie podía creerse que un animal tan majestuoso no pensara más que en hacer travesuras, todas las que pudiera. Pero nadie lo había visto nunca tan soberbio. Iba levantando las patas, una primero y la otra después, echando la cabeza hacia atrás y levantando el hocico. Parecía presumir de su gran barba y sus largos cuernos. De todos modos, podía entreverse que en realidad no iba tan serio. Los ojos, algo vacilantes, le brillaban, y según caminaba echaba el trasero hacia un lado.

»El párroco pensó que *Storebocken* se dirigía hacia el rebaño de cabras, en el patio trasero, y le gritó a su hija y a las demás mujeres que se alejaran del macho cabrío y no lo molestaran. Sin embargo, si el animal hubiera tenido tal intención, cambió de opinión al pasar por delante del porche viendo que la puerta principal había quedado abierta, pues todos habían salido corriendo para ahuyentarlo. Y justo cuando parecía que iba de lo más serio, se impulsó, subió por las escaleras y entró corriendo en la casa.

»Entonces todas las criadas, en manada, entraron corriendo para hacerle salir. *Storebocken* huyó subiendo por las escaleras de la buhardilla, y cuando lo siguieron hasta allí, saltó por la ventana. Al pobre seguramente no se le ocurrió mirar para ver cuán lejos estaba del suelo, antes de dar el salto. Sin embargo, era un animal que siempre tenía suerte, así que lo que pasó fue que saltó justo por la ventana que estaba encima del tejado del porche.

»Era un tejado pequeño con una pendiente pronunciada y un remate estrecho en medio, y ahí cayó *Storebocken*. No podía dar un paso ni a la derecha ni a la izquierda sin caerse. Tampoco podía volver a la buhardilla.

»—¡Entra, *Storebocken*! —gritó el párroco, amenazándolo con el bastón.

»Pero el macho cabrío se quedó donde estaba. Las criadas habían salido y estaban muy preocupadas por cómo iba a acabar aquello. Sin

embargo, el animal parecía más que satisfecho. Lo único que hizo fue volver la cabeza para hacer un guiño. Se lo estaba pasando en grande con lo nerviosas que estaban.

»La esposa del párroco había recogido sus botellas y se acercó con el hurgón en la mano para amansar al animal. Cuando la vio, éste parpadeó con más alegría que antes. Se veía que no le tenía el menor respeto.

»Pero la mujer atizó el hurgón una vez más hacia él. De inmediato, *Storebocken* saltó como una flecha y aterrizó en el suelo frente a ella.

»Y nada más llegar al suelo, se levantó sobre sus patas traseras y le dio un golpe que la tiró al suelo. Después corrió hacia el patio trasero, saltó por encima de la verja y luego bailó para sus cabras durante varias horas.

»Para entonces, nadie le hizo caso. Todos se habían apresurado a socorrer a la esposa del párroco. La primera en llegar fue Blancanieves. Pero la mujer la apartó violentamente.

»—¡No finjas! —siseó—. Ya sé lo que piensas de mí. Veo que esto te hace feliz. ¡Ríete, mientras puedas! Sé lo que te hará llorar.

»Y, la verdad sea dicha, Blancanieves no parecía estar muy preocupada. Se había reído del espectáculo que había organizado el macho cabrío y todavía no se había serenado y se había puesto seria.

»Sin embargo, las palabras de su madrastra la entristecieron durante todo el día.

—Y querida Anna, probablemente entenderás que lo que le infundió valor de nuevo a Blancanieves, no fue el altercado con el macho cabrío sino un pequeño sueño que había tenido por la noche.

»En el sueño, ella volvía a ver a la cabra sobre el tejado del porche, pero ya no era una cabra de verdad. Lo que allí había era una representación de toda la alegría y todo el buen humor que había morado en su casa hasta entonces. Una alegría y un humor que habían salido al tejado burlándose de su madrastra. El macho cabrío del tejado hablaba, y le dijo a su madrastra que no lograría convertir aquella casa en una prisión fría y dura como ella quería. Tenía en contra todo lo de antes, el pasado.

»Y cuando Blancanieves se despertó, pensó que eso era cierto y que ya no estaba tan sola en aquella lucha contra su madrastra.

—La próxima vez que visite a Blancanieves, no dudes que le llevaré un par de panes a *Storebocken* —dijo Anna Brogren, cuando la hija del párroco tomó aire.

—Me temo que es demasiado tarde para hacer tal obsequio —se

lamentó Maja Lisa—. Porque en la última carta que recibí de Blancanieves, mencionó que su madrastra había hecho sacrificar a *Storebocken*.

—Vaya, vaya, —dijo pensativa la esposa del pastor—. ¿Y el padre de Blancanieves no dijo nada? ¿Dejó que sacrificaran a *Storebocken*? Te digo que estoy empezando a pensar que la madrastra de Blancanieves le hará daño.

Pero la hija del párroco se apresuró a objetar:

—No será ella la que le hará daño a Blancanieves. La madrastra cree, equivocadamente, que su hijastra no piensa en nada más que en hacerle la vida imposible.

—No puede pensar eso.

—A Blancanieves la acompaña siempre la mala suerte. Ahora te contaré una cosa más, para que veas todo lo malo que le pasa.

—Me gustaría escuchar el cuento hasta el final —dijo la esposa del pastor—. Pero me doy cuenta de que Blancanieves es la que está en peligro, y no su madrastra.

—Querida Anna, quizá sepas —dijo la hija del párroco—, que fue el padre de Blancanieves quien plantó todo el jardín de la rectoría. A él había que agradecerle las grosellas y la uva espina, los bonitos campos de fresas, los grandes parterres de especias y los rosalillos que florecían al oeste del edificio.

»Pero lo mejor que había en el jardín de su querido padre eran los manzanos. El hombre los había plantado e injertado, y creo que no hay fruta semejante a muchos kilómetros a la redonda. Cuando Blancanieves comía de las manzanas de su padre, pensaba que sabían como si el sol las hubiera cocinado con sus rayos y con el calor del verano.

»Blancanieves nunca había visto manzanas tan hermosas como las de ese verano en el jardín. Las manzanas del paraíso, las Golden, las rusas y las Kaniker, las Reineta y las de invierno. Quizá no hubiera tanta fruta en los árboles como antes, pero la que había era sin duda más hermosa. No había ni una sola manzana picada, todas eran del mismo tamaño y estaban bien formadas. Todas las rusas eran transparentes, las Golden eran de color amarillo dorado, las del paraíso de un rojo verdoso oscuro y todas las de invierno, rojizas.

»De hecho, aquellas manzanas eran tan espléndidas que se hablaba de ellas en toda la región. Eran tan grandes y hermosas que su brillo llegaba hasta la carretera y los viajeros se acercaban a la finca y pedían permiso para entrar al jardín a mirarlas.

»Ahora déjame decirte una cosa. Sin embargo, a pesar de lo hermosas y buenas que son las manzanas, conllevan grandes preocupaciones. Y lo más probable es que así fuera otros años, pues se robaban muchas de la rectoría. Sin embargo, aquel año casi no se perdió una sola manzana por ese motivo, pues la esposa del párroco las vigilaba incansablemente. Desde finales de agosto, cuando empezaron a madurar, había pasado todas las noches vigilando el jardín.

»E hizo más que eso. También las protegió de la gente de la propia casa. Puso candados en las puertas del jardín y nunca dejaba la llave a nadie. Cuando encontraba una manzana rusa de las grandes de verdad y transparente, se la llevaba para su esposo. Sin embargo, ni la abuela Beata ni Blancanieves pudieron probar una sola manzana.

»Los demás años no habían tenido manzanas tan hermosas, pero aunque no lo hubieran sido, habían repartido más alegría. No solía quedar nadie en la finca que no se saciara de ellas. Y no solo eran suficientes para los trabajadores, sino que todos los que se acercaban a la rectoría podían degustarlas, y la mayoría de ellos también se llevaban un pequeño hatillo lleno de fruta al partir.

»Ni siquiera cuando las manzanas ya estaban listas para ser recolectadas permitió a nadie que las probara. El trabajo de recolección lo hacía ella sola. Se ponía guantes y recogía cada manzana lenta y cuidadosamente, para que no quedasen tocadas ni se aplastaran.

»Blancanieves pensaba, por supuesto, que era difícil no probar las manzanas mientras conservaban el fresco sabor del verano, pero se consoló aceptando que comerlas en otoño e invierno sería muy bueno. Porque lo más seguro era que su querida madre supiera conservarlas muy bien para que no se pudrieran.

»Sin embargo, pronto se dio cuenta de que los planes de su madrastra eran otros. Nadie en la rectoría saborearía aquella fruta tan buena.

»A su padre seguramente le habría gustado también quedarse con las manzanas propias en casa, como hacía antes. Pero su esposa había descubierto que con ellas podían ganar dinero. Su propósito era vender la mejor fruta en el mercado de Broby.

»Y, por supuesto, su madrastra se salió con la suya. Se marchó al mercado con dos carros llenos de manzanas, un mozo y una criada para ayudarla a venderlas.

»Cuando llegó al mercado, montó un mostrador, abrió las cajas y los barriles y sacó las manzanas. Era una mujer que no tenía miedo de ningún tipo de trabajo. De pie, detrás del mostrador, se había puesto

guantes y un gran pañuelo atado a la cintura, y estaba dispuesta a vender sus manzanas personalmente. No se atrevía a encomendar esa tarea a nadie más.

»Tengo que decirte que tenía un producto tan bueno que ofrecer, que podía estar orgullosa de ello. El puesto que había instalado brillaba en color rojo, verde, amarillo y blanco, y la gente acudía allí para deleitarse la vista. Al gran mercado de Broby, como siempre, se acercaban jardineros tanto de los castillos de Södermanland como de las mansiones de Näset. Pero nadie tenía una fruta tan hermosa como la suya. Tan pronto como estuvo lista para vender, todo el mundo se acercó y le preguntó cuánto quería por sus manzanas. Pero entonces pidió tanto por ellas, que la gente se sorprendió y no quiso comprarlas.

»La mujer se quedó allí con las manzanas, viendo cómo los transeúntes que venían a comprar lo hacían en los puestos vecinos. Sin embargo, no se dio por vencida y no bajó sus precios ni una pizca. Casi pedía el doble por sus manzanas que los demás. Ya las vendería más tarde ese mismo día, cuando los demás hubieran vendido toda su fruta.

»Quizá también contaba con algo más. Sabía que en el mercado de Broby se bebía mucho aguardiente y que después de las doce del mediodía apenas había un hombre sobrio. Por eso, al caer la tarde puede que los granjeros ya no estuvieran tan atentos al precio.

»Puede que tuviera razón. Según pasaba el tiempo, más gente se reunía frente a su puesto. Los primeros fueron los niños y niñas del mercado. Conmovía verlos allí delante con los dedos en la boca mirando con ansia las manzanas. Pero claro, no tenían dinero para comprar nada. No obstante, también había gente mayor que, allí quieta, no podía apartar la vista de la fruta.

»Aun así, algunos se acercaban y preguntaban por el precio. Pero la madrastra de Blancanieves perseveró y pidió tanto dinero por ellas como por la mañana. No quería rebajar el precio, ahora que todas las manzanas de los demás ya se habían vendido. Aquel era su momento.

»Veía cómo todos suspiraban por las manzanas, y pensaba a cada momento: «Pronto caerán en la tentación. Solo tiene que empezar alguien».

»Pero el tiempo pasaba, y al final, acabó por pensar que tendría que volver a casa con todas las manzanas sin vender. Entonces decidió hacer un último intento y envió a su criada a buscar a Blancanieves, que paseaba entre los puestos comprando regalos para todos los de casa a los que no se les había permitido ir al mercado.

»Cuando la joven se acercó a su madrastra, esta le ordenó que se

quedara en el puesto un rato y vendiera manzanas. Ella había estado en el mismo lugar todo el día y tenía los pies fríos. Necesitaba moverse un poco.

»Blancanieves se quedó de mala gana en el puesto del mercado de Broby, pero no se atrevió a decir que no a su madrastra, sino que se puso el pañuelo y los guantes de esta, lista para empezar a vender tras el mostrador. Y después de muchas advertencias: que mantuviera los precios que le había dicho, que no los negociara a la baja y que no se comiera las manzanas, su madrastra se fue.

»Pero si había calculado que la gente preferiría comprarle antes a su hijastra que a ella, había calculado mal. Blancanieves estuvo allí vigilando sus manzanas sin lograr vender ni una sola, exactamente igual que le había pasado a ella. La muchedumbre de grandes y pequeños permaneció dando vueltas alrededor del puesto, pero nadie compró nada.

»Entonces aparecieron un par de mozos jóvenes medio ebrios agarrados a sendas mozas abriéndose paso entre la multitud.

»Gritaban y reían, y el dinero que llevaban en los bolsillos tintineaba, estaban de buen humor para gastar. A Blancanieves le daban tanto miedo que habría querido salir corriendo, pero se quedó, con la esperanza de que, finalmente, se vendiera algo.

»Se acercaron hasta ella, y el que iba primero ni siquiera preguntó por el precio, sino que inmediatamente puso su manaza sobre un montón de las mejores manzanas. Al mismo tiempo, miró a Blancanieves y trató de parecer lo más sobrio y compuesto posible.

»—¿De dónde vienen estas manzanas? —preguntó.

»Blancanieves respondió que eran de su casa.

»—Sí, he estado allí muchas veces —dijo el hombre—. Y les conozco a usted y a su padre. Ese párroco es un buen hombre.

»Blancanieves respondió con mucha amabilidad. Le caía bien el mozo, porque hablaba bien de su querido padre.

»—Sé que tanto usted como él son buenas personas —dijo el mozo—. Son tan amables que quizá permitan que un pobre mozo pruebe las manzanas sin cobrar porque lo haga.

»Y antes de que Blancanieves entendiera en realidad lo que quería decir, el mozo había tomado un puñado de las más hermosas y se apresuraba a llevárselas. Y la moza que lo llevaba del brazo, también tomó unas cuantas y echó a correr. Y lo mismo hizo el compañero y la chica que lo acompañaba.

»Era lo último que Blancanieves se imaginaba, nunca se le habría

ocurrido. Se desesperó porque se hubieran ido llevando todas esas manzanas sin pagar. Quería correr tras ellos y recuperarlas, pero tampoco se atrevió. Lo que hizo fue enviar a su mozo y a la criada, que estaban detrás de ella, para que corrieran tras ellos. En ese momento, notó que todo el mundo se acercaba mucho al puesto. «Ahora empezarán a comprar», pensó y se animó de nuevo.

»¡Pero no, no compraron! No tenían esa intención. Lo que hicieron fue acercarse, de diez en diez, y llevarse tantas manzanas como podían, gritando al unísono que su padre y ella eran tan buena gente que no les molestaría que los pobres se llevaran un par de manzanas sin pagar. Así, los niños que habían estado allí todo el día mirando las manzanas, se quitaron las gorras y las llenaron de manzanas. Y las niñas, a las que se les había hecho la boca agua, se acercaron para llevárselas a docenas dentro del delantal.

»Blancanieves se recostó sobre las manzanas para protegerlas con su cuerpo. Pero ¿para qué? Se puso a llorar, a rogar y a gritar, estaba desesperada. Pero ¿quién se acordaba de ella? No eran solo niños los que se llevaban las manzanas; también adultos. Y se reían, divertidos, pensando que aquello no era más que una broma en un día de mercado. Todos los que se llevaban una manzana le gritaban que su padre y ella eran tan buena gente, que no les molestaría que los pobres se llevaran un par de manzanas.

»Blancanieves golpeaba el puesto con las manos gritando, pedía ayuda. Pero las manzanas seguían desapareciendo. La gente del mercado volcó el mostrador frente a ella, también los barriles y las cajas que habían traído, y se llevaron las manzanas. Había muchos malhechores en el mercado y estos se lanzaron al tumulto. Se produjeron discusiones y peleas, y Blancanieves tuvo que alejarse y abandonar las manzanas para que no la pisotearan.

»Y justo en ese momento regresó su madrastra, que se la encontró allí, parada, sin nada, abandonada, llorando de ira y de miedo. La agarró por los brazos y la sacudió.

»—Espera que lleguemos a casa esta noche —le gritó—. ¡Te daré tu merecido por regalar mis manzanas!

»Y no era de extrañar que la mujer estuviera enfadada, porque pensaba que su hijastra lo había hecho a propósito.

»El viaje de vuelta a casa desde el mercado fue muy pesado. En el carruaje iban sentados su padre, su madrastra y ella. Al principio el párroco trató de hablar, como solía hacer. Pero su esposa, erguida en un rincón y con los labios muy apretados, no decía palabra.

Blancanieves se limitó a llorar. Lo más probable es que a su padre no le hubiera sentado mal que se hubieran perdido unas cuantas manzanas, y seguro que le había hecho gracia que la gente hubiera gritado, que él era tan buena gente que les regalaba unas cuantas sin pagar. Trató de mantener el ánimo hablando con todos los viajeros del mercado con los que se cruzaba. Les preguntó si les habían pagado bien por sus vacas, lo que habían pagado por las ovejas y si habían probado alguna de sus manzanas.

»Pero después de un rato, el hombre se quedó extrañamente callado. Se volvió hacia su esposa y se quedó un buen rato mirándola. Después se quedó con la mirada perdida. Y, de repente, su aspecto se volvió viejo y cansado.

»Un poco después, Blancanieves notó que su padre se la quedaba mirando durante un buen rato con cara de preocupación. Era como si quisiera explorar lo más profundo de su alma.

»—Te pareces cada vez más a tu madre —dijo al fin. Y le tomó la mano entre las suyas para acariciársela con suavidad.

»Era como si quisiera calmarla y hacerla feliz. Blancanieves pensó: «Mi padre entiende que no lo he hecho a propósito. Él sabe que no soy así».

»El hombre se quedó con la mano de su hija entre las suyas hasta que llegaron a casa. Pero cada vez se inclinaba más hacia adelante, y cuando se detuvieron frente a las escaleras, se desplomó por completo. No se movió para salir del carruaje cuando su esposa y Blancanieves se levantaron. Pensaron que estaba muerto.

»Pero no era tan grave, aunque tal vez estuvo cerca.

Maja Lisa hizo una pausa. Se le había quebrado la voz y necesitaba tiempo para calmarse y poder continuar.

—Ahora ya sabes cómo me siento —dijo ella—. Mi madrastra puede hacer conmigo lo que quiera, y yo no puedo quejarme a mi padre, porque, si lo hago, podría darle un derrame cerebral, como le pasó en esa ocasión en que volvía del mercado pensando en que mi madrastra y yo estábamos enemistadas.

—Pero ¿es que él no lo ve?

—Bien puede ser que lo vea, pero no es capaz de hacer nada. Ahora parece como si volviera a estar bien otra vez, pero sé lo débil que se encuentra. Ya no tiene voluntad. Nunca podrá volver a ser quien era la mañana en que los dos salimos a contemplar la siega del heno.

1 Nota de la Ed.: El «arquiatre» era el médico principal que servía a un monarca

en la época. En Suecia desapareció como título en 1850.

2 Nota de la Ed.: «Vabitza»; añadir la «a» al nombre equivale en castellano a decir «la Vabitz esa» y se entiende como una manera despectiva de referirse a una persona.

EL PÁRROCO DE SVARTSJÖ

En la mañana del día de Nochevieja, el párroco asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

¿Qué habían hecho con la Torbellino? No la había visto bajando con el trineo. La intención no era que se quedara en casa de la mañana a la noche como las demás mujeres.

Estaba buscando a Pequeñita. Ya el primer día, cuando llegó a Lövdala, se la había llevado consigo y le había buscado un trineo en el cobertizo de las herramientas. Luego venía todas las mañanas y le recordaba que saliera a tirarse.

Al mismo tiempo aprovechaba para chinchar de buena fe al ama de llaves y a las criadas, diciéndoles que preferían quedarse cocinando todo el día.

Recibió la respuesta, que la niña desde luego podía salir con el trineo como de costumbre, pero su madre había venido hoy a la rectoría a visitarla. La madre había bajado a las vaquerizas para ir a ver a las vacas, y Pequeñita la había acompañado.

El párroco se retiró y cerró la puerta. Por unos momentos se quedó pensativo. Luego se dirigió a las vaquerizas.

En la cocina lo siguieron con la mirada. Parecía viejo y débil después de la enfermedad que le había afectado el otoño pasado. Sin embargo, tenía la costumbre de hablar con todo aquel que viniera a la finca.

Hasta que pudo ver a Marit de Koltorp pasó un buen rato. Primero se encontró con Bengt, el Alto, que le gritó que había venido un hombre con un caballo enfermo y quería preguntar si el párroco conocía algún remedio.

Y cuando hubo atendido al caballo, llegaron un par de campesinos,

que estaban discutiendo por una herencia, y le pidieron que les dijera cómo se la tenían que repartir, para que no tuvieran que llegar al juzgado.

Le tomó al menos una hora llegar a un acuerdo con ellos e invitarlos a un brindis de reconciliación.

Mientras tanto, Pequeñita seguía sentada en un rincón oscuro de las vaquerizas hablando con su madre. Se habían acomodado en sus respectivos taburetes de ordeño y Pequeñito estaba sentado en el regazo de su hermana. Estaba tan feliz por verla que no podía separarse de ella.

Su madre y Pequeñito se habían quedado en Nygård después de la fiesta el día de San Esteban. Ahora se dirigían a casa, pero habían tomado el camino más largo pasando por Lövdala para ver cómo le iba a ella.

Probablemente Pequeñita nunca se había sentido tan feliz como cuando vio a su madre entrar en la cocina. Llegó justo a tiempo para ayudarla con sus grandes preocupaciones.

Cuando habían bajado a las vaquerizas, Pequeñita le contó a su madre el nuevo cuento de *Blancanieves* que había estado escuchando durante dos noches seguidas. ¿Estaría la hija del párroco hablando de sí misma?

Cuando se lo hubo contado lo mejor que pudo, su madre guardó silencio durante un buen rato.

—Quizá no pensaron que tuvieras tanto sentido común como para que pudieras entender lo que decían. Pero como lo has hecho, debes demostrar que también tienes el sentido común de guardar silencio al respecto —dijo al fin.

Pero eso no era todo, sino que Pequeñita también tenía otras cosas que contarle a su madre.

En la mañana del día de ayer, la esposa del párroco se había acercado a ella con cara muy amable y gentil preguntando si estaba contenta o si echaba de menos su casa.

Pues bien, estaba muy a gusto y lo estaba pasando muy bien. Y le gustaban mucho las gallinas.

—¿Ah, sí? —había exclamado la esposa del párroco casi entre risas —. ¿Son las gallinas las únicas que te gustan de la casa?

Bueno, a Pequeñita también le gustaba Maja Lisa.

La mujer volvió a reírse un poco. ¿Cómo era posible que le gustara la señorita? Quizá fuera porque contaba hermosas historias.

—¡Vaya! —había dicho la mujer—. ¿Sabes de dónde saca todo lo que

te cuenta?

—Lo debe de aprender de los libros que siempre lee por la noche —había respondido Pequeñita.

—¿Ah, sí? ¿Lee por las noches? —había preguntado su interlocutora igual de gentil y amable que antes—. Se alumbrará pues con una vela, ¿no?

—Lee a la luz de las velas, por supuesto —había respondido Pequeñita.

Cuando llegó la noche, tanto Maja Lisa como Pequeñita se habían acostado como de costumbre, y tan pronto como se fueron a la cama, la esposa del párroco entró y les quitó las velas y los candelabros.

Pero cuando se hizo el silencio en la casa, la hija del párroco se levantó y sacó una vela de sebo, que había escondido en el gran reloj de pared, salió a la cocina, avivó una brasa de carbón de la estufa para poder encender la vela y se sentó a leer. Maja Lisa tenía un hermano que estaba en Uppsala, que solía copiar versos y enviárselos, porque sabía que a ella le encantaban. Y eran esos versos lo que memorizaba por las noches.

Debía de estar leyendo algo hermoso, porque no había oído que se abría la puerta del salón. No levantó la mirada hasta que su madrastra estuvo junto a ella. La mujer extendió la mano y quitó la vela del candelabro.

—Supongo que no querrás que gastemos tanto que nos volvamos pobres —dijo la mujer—, a fuerza de pasarte la noche gastando velas. ¿De dónde has sacado esta?

—No es una vela de querida madre —dijo la joven.

—Sea de quien sea, me aseguraré de que no estés aquí malgastando velas —dijo la esposa del párroco—. Te voy a enseñar a no desperdiciarlas.

Entonces, la mujer se marchó, pero pronto regresó con un trozo de tela bajo el brazo.

—Como quieres quedarte despierta por la noche, tendrás que hacer algo de provecho. ¡Remienda el bordado de esta sábana para que esté lista para mañana por la mañana!

Se marchó de nuevo y Maja Lisa tuvo que quedarse trabajando toda la noche. Pero la que tampoco durmió nada fue Pequeñita, pues había sido ella quien le había dicho a la esposa del párroco que su hijastra solía quedarse leyendo por las noches.

Por eso se puso tan feliz cuando vino su madre y se lo pudo contar.

No se le ocurría nada peor que Maja Lisa se enterara de lo que había

hecho, así que pidió a su madre que se la llevara a casa. No quería quedarse en la rectoría.

Su madre, en cambio, le recordó lo bien que estaba allí. Sin embargo, a ella no le importaba volver a pasar frío y hambre, siempre que se pudiera marchar antes de que Maja Lisa se enojara con ella.

Sin embargo, su madre quería que se quedara a toda costa.

—A Raklitza no se le permitirá que lleve la casa de esta manera durante mucho tiempo. Hablaré con el párroco. Lo conozco desde hace mucho tiempo. Creo que me creerá.

De inmediato, Pequeñito señaló hacia el pasillo.

—Hay alguien allí —dijo.

Ambas se dieron la vuelta a la vez. El párroco estaba en la sombra a unos pasos de ellas. Se apoyó contra la pared y no hizo ningún movimiento.

Estaban tan asustadas que no se atrevieron a levantarse a saludar. ¿Cuándo había llegado? ¿Cuánto había oído?

—¡Acércate con el taburete de ordeñar, Marit! —suplicó con voz débil. Ella se apresuró con el pequeño taburete y él se sentó pesadamente.

—¡No vayas a buscar a nadie! —rogó el párroco—. Es solo un mareo. Sabes que los he tenido toda la vida.

Se quedaron allí indefensas ante él. Marit de Koltorp se sorprendió de lo viejo que estaba. No lo había notado tanto en la fiesta de su hermano, pero ahora veía cómo había perdido peso y se había encorvado.

—No es peligroso —dijo—, pero sucede cada vez más a menudo. Estoy llegando a mi final, Marit.

Poco después se levantó.

—¡No digas nada de esto allá arriba! —le pidió mientras caminaba lentamente, inclinado, al salir de las vaquerizas.

LA TORTA SALADA

Bien tarde en Nochevieja, la hija del párroco bajaba caminando por la colina que conducía a la alcoba de la bodega, donde la abuela, la señora Beata Spaak, vivía desde hacía muchos años. El cielo estaba nublado y negro como la pez sin la más mínima luz de luna o de las estrellas. Si no hubiera sido por el destello que se filtraba por entre las contraventanas de la abuela, difícilmente hubieran podido encontrar el camino hacia la bodega. La hija del párroco llevaba a Pequeñita de la mano y, cada vez que pisaban fuera del camino limpio de nieve, soltaban un chillido al hundírseles los pies en ella.

Aquella Navidad hubo tantas fiestas, tanto con campesinos como con señores, que los días no alcanzaban para todas. El párroco y su esposa incluso tuvieron que salir en Nochevieja, pero a la señorita Maja Lisa, como de costumbre, no la dejaron que les acompañase. Se le dijo que tenía que quedarse en casa y ocuparse de que los criados tomaran una buena cena, con pescado y gachas, al igual que ya hicieran en Nochebuena. Como si la anciana ama de llaves no hubiese podido hacerlo.

Sin embargo, la hija del párroco estaba de buen humor de todos modos.

Había pasado buena parte de la tarde contando cuentos y cantado canciones a Pequeñita, que lo más probable es que nunca se hubiera divertido tanto como en aquella ocasión.

Tras la cena, Maja Lisa no quería irse a la cama. Había dicho que en Nochevieja quería al menos intentar averiguar un poco sobre su futuro antes de acostarse. Preguntó a Pequeñita si quería ayudarla a hacer la torta salada que se hacía para predecir el futuro.

La niña no tenía ni idea de qué era la torta salada, pero dijo que sí de inmediato. Y, por supuesto, habría dicho que sí aunque Maja Lisa le hubiera pedido que preparasen juntas sopa de víbora.

—No podrás hablar ni reírte durante todo el tiempo mientras la estemos preparando —le explicó la hija del párroco—, y debes tener cuidado de no dejar caer nada al suelo, ni una gota de agua, ni harina, ni sal.

—Ningún problema —dijo Pequeñita. Podía dejar de hablar y reír durante el tiempo que hiciera falta.

Pero el problema era que tenían que ser tres para hacerla y así cumplir el deseo. Maja Lisa no sabía de dónde sacar una tercera persona.

Salieron a la cocina y preguntaron si había alguien que quisiera ayudarlas a hacer la torta salada. En cuanto las criadas supieron en qué consistía, simplemente negaron con la cabeza y dijeron que no. Habían seguido la tradición de comer torta salada en Nochevieja muchas veces. Y no habían podido dormir ni soñar con su futuro marido después de comerla. Nadie las embaucaría para que volvieran a probarla otra vez.

La hija del párroco se quedó reflexionando.

—Tenemos que ir a ver a la abuela y pedirle que nos ayude —dijo.

Y esa era la razón por la que habían salido en plena noche de Nochevieja para buscar el camino entre los montículos de nieve.

Maja Lisa pensó que así debían ser las cosas, la Nochevieja era oscura e impenetrable. Era como el futuro, que nadie podía ver.

La abuela vivía en una pequeña alcoba en la parte superior de la bodega. Lo más difícil fue subir las escaleras, por la pared exterior, que tenía peldaños pequeños y cortos, llenos de nieve, por lo que podías resbalar. Era muy peligroso.

Pero en Lövdala había que acostumbrarse a caminar en la oscuridad. La esposa del párroco no permitía el uso de velas en los faroles más que en las vaquerizas y el establo.

Sin embargo, la abuela debió haberlas oído, porque iban a media escalera, abrió la puerta. Tenía encendidas unas velas sobre la mesa frente al sofá y el fuego encendido en la chimenea.

La abuela era alta y delgada y parecía frágil. No se parecía en nada a Maja Lisa en los rasgos, pues solo era la madrastra de su madre. Pero la amaba tanto como si hubiera sido una nieta de su propia sangre.

La señora Beata parecía tener algo mágico e, hiciera como hiciese en otros sitios, en su alcoba siempre reinaba el orden, la tenía limpia y calentita. Tenía solo una habitación, donde dormía y cocinaba. La

cama, rodeada de cortinas blancas que colgaban de una barra dorada, era solo un adorno más, y lo mismo podría decirse de las pequeñas ollas de cobre, brillantes, y de los platos de porcelana que había en el estante de los enseres.

También era una mujer pulcra y elegante. Sin embargo, la gota le había destrozado las manos: tenía los dedos torcidos y no los podía enderezar. Costaba saludarla con la mano. La verdad es que no sabías cómo hacerlo.

Maja Lisa le contó a qué habían venido, y la abuela les sonrió y les prometió que se uniría a ellas. Había una persona a la que siempre esperaba y quería saber si vendría el próximo año.

Por supuesto, lo mejor sería quedarse allí con la abuela y hacer la torta salada.

Primero, tomaron un cuenco del estante de los enseres que había detrás de la cocina. Las tres lo sujetaron del borde al colocarlo sobre la mesita de la cocina.

Después tocaba tomar una cuchara de madera. Y las tres se dirigieron al armarito del rincón, que la abuela usaba como despensa, para sacar una. Las tres la agarraron del mango, la llevaron a la mesa y la pusieron sobre el cuenco.

Las tres vertieron tres cucharadas de agua del barril de cobre que la abuela tenía. Ninguna de ellas habló ni se rio mientras lo hacían.

Mientras las tres sujetaban la cuchara, la metieron en el recipiente de la harina, la sacaron llena tres veces y añadieron así tres cucharadas de harina al agua. Ninguna soltó la cuchara, ni habló, ni se rio y ni dejó caer al suelo ni una pizca de harina.

Luego añadieron tres cucharadas de sal.

Y esta vez tampoco hablaron, ni rieron, ni derramaron ni una pizca de sal.

Llegado ese momento, la abuela preguntó si tenían que engrasar la sartén.

Nada más decir esto, Maja Lisa soltó la cuchara, se sentó en una silla y se echó a reír a carcajadas. Pequeñita se quedó con la cuchara en la mano, pero le dio tal ataque de risa que no pudo mantenerse en pie y acabó tumbada en el suelo.

La abuela también rio. No hacía falta que dijera nada, pero sabía bien que antes, en los viejos tiempos, si no se producía algún fallo mientras se hacía la torta salada, no había diversión.

Y le encantaba ver que la joven Maja Lisa se olvidaba de sus preocupaciones y se reía un poco.

Cuando las risas cesaron al fin, se dispusieron a empezar de nuevo. No podían aprovechar nada de lo que habían hecho hasta ahora, tenían que repetir todo el proceso desde el principio.

Pero no era tan fácil, una vez habían empezado a reírse.

Primero, echaron las tres cucharadas de agua al cuenco.

No pudieron seguir, pues les entró la risa otra vez. Maja Lisa era la peor. Pequeñita no se reía tanto como ella.

Y así pasaron al menos cinco minutos bien contados, muriéndose de risa.

Entonces, la hija del párroco les dijo a las demás que tenían que comportarse, porque de lo contrario, no acabarían la torta salada hasta altas horas de la madrugada.

—Si eres capaz de mantenerte seria, nos saldrá bien —dijo la abuela.

Primero, echaron el agua, luego la harina y luego la sal, y después lo mezclaron todo hasta obtener una masa. Mientras removían, las tres sostenían la cuchara. Ninguna se rio ni derramó la más mínima gota de masa al suelo.

Cuando esta estuvo bien mezclada, la llevaron a la sartén. Aquella torta salada tenía el mismo aspecto repugnante que las sobras que se daban a los pollos y los cerdos. Pero, encima, había quedado tiesa y muy dura, y de tanta sal como tenía, brillaba.

La pusieron al fuego y la dejaron freír por un lado. Luego le dieron la vuelta, entre las tres, sujetando todas la cuchara, y ninguna dejó que la torta cayese sobre las cenizas.

Ya estaba lista para comer.

En ese momento, tanto la Maja Lisa como Pequeñita se pusieron muy serias. No se echarían a reír, pues pensaban que iban a ver el futuro y no querían desperdiciar esa gran oportunidad.

La torta salada brillaba tanto por la sal que le habían echado que hacía falta valor para probarla. Sin embargo, la dividieron en tres partes y luego se la comieron como pudieron.

Pequeñita se tomó su parte, pues sabía que tenía que ser así. Lo hizo todo con mucho cuidado, siguiendo todas las instrucciones. La abuela no probó más que un pedacito, y no se sabe si se lo tragó. Maja Lisa le dio un bocado aunque, por mucho que quisiera conocer qué le deparaba el futuro, fue incapaz de tragar ni un solo pedazo más.

Ambas jóvenes estaban un poco decepcionadas con la torta salada. Aún así, ninguna de ellas dijo nada. Simplemente se despidieron de la abuela saludándola con la mano. La anciana permaneció en la puerta en silencio, iluminando la escalera.

Tenían que cruzar el patio, y lo hicieron a toda prisa, pues parecía que la noche había dejado de ser tan cerrada e impenetrable como antes. Ahora les mostraba sus secretos, pero ninguna de ellas se atrevió a detenerse para verlos.

Las criadas ya se habían acostado cuando las dos pasaron de puntillas por la cocina. Sin embargo, todas querían saber cómo les había ido, si habían soñado ya y con quién habían soñado. Pero ellas no dijeron nada. No consiguieron que dijeran palabra.

Pequeñita se durmió tan pronto como se fue a la cama y lo hizo de un tirón. Y cuando se despertó, sintió un sabor fuerte en la boca, pero por mucho que lo intentó, fue incapaz de recordar qué había soñado.

La abuela no había dormido en toda la noche, pero al día siguiente estaba callada y quieta, como si estuviera ausente en un sueño. Era como si hubiera visto algo.

Maja Lisa tampoco había podido dormir mucho, porque había sentido una sed tremenda, y claro, beber algo antes de que uno se hubiera dormido, eso no se podía hacer. De haberlo hecho, la torta no habría servido para nada.

Cuando se despertó por la mañana, era incapaz de recordar si había soñado algo.

Sin embargo, más tarde ese mismo día, salió al porche.

Y allí se quedó quieta, pues recordó que anoche en su sueño había estado en aquel mismo lugar. Y mientras estaba allí, aparecieron dos desconocidos, uno joven y otro anciano, que habían llegado paseando por el camino. El anciano había dicho que era el pastor Liljecrona y que había ido allí con su hijo para preguntarle a ella si tenía sed y quería beber agua.

De inmediato, el joven había dado un paso al frente con un vaso de agua fresca en la mano que le ofreció.

Y cuando Maja Lisa recordó aquello, quedó tan asombrada que comenzó a temblar.

Porque lo que pasa y no falla es que, quien se te aparece en un sueño y te ofrece agua después de haber comido la torta salada será la persona con la que te casarás.

EL BAILE DE LA NOVIA

El día de la Epifanía del Señor, el párroco y su esposa habían acudido juntos a la iglesia, y después del servicio, estaban iniciando el regreso. La mujer tenía un poco de frío en el trineo después de haber pasado una par de horas sentada en la iglesia, que estaba helada. Por suerte no tenían que ir hasta su casa en Lövdala, sino que iban a parar en el pueblo de Lobyn para asistir a una gran boda campesina. Se ahorraban al menos media legua de viaje.

Le parecía una locura que la rectoría estuviera tan lejos, a diez kilómetros al norte de la iglesia, casi en el límite de la parroquia. La iglesia estaba ubicada en medio de la parroquia, y se podía acceder a ella desde todas las direcciones. Las granjas que se encontraban en el extremo sur de la parroquia quedaban a veinte kilómetros de la rectoría.

Era muy difícil para la esposa del párroco ir a la iglesia todos los domingos, siendo esa su obligación. Pasaban unas cuatro horas hasta que llegaban de vuelta a casa. Y si había comunión, podían tardar incluso cinco o seis horas.

Cuando la mujer llegaba a casa, se encontraba la comida seca y quemada, podía estar segura, pues la anciana ama de llaves se había puesto a prepararla demasiado temprano.

Le asaltaban esos mismos pensamientos cada vez que, hambrienta y helada, volvía a casa de la iglesia. ¡Ojalá tuviera un camino más corto hasta la iglesia!

Persuadir a los feligreses para que vendieran la vieja rectoría y compraran otra que quedara más cerca de la iglesia, era una esperanza vana. Sin embargo, no era solo eso.

Resultaba que, por desgracia, Svartsjö era en primer lugar, un anexo del gran distrito parroquial de Bro. Desde antiguo se había ordenado así: el pastor titular de Bro también regía sobre el párroco de Svartsjö y la mitad del sueldo del párroco tenía que ir a parar al pastor. En lo que la tradición marcaba, no cabían los cambios, por supuesto. pero lo que ella pensaba era que su marido se ocupaba de todo el trabajo, y que por ello debería tener el salario completo. Sin embargo, no era más que un párroco auxiliar y debía conformarse con el salario que correspondía a los párrocos auxiliares. Además, aquella era una congregación pequeña y pobre, de modo que si el párroco hubiera vivido solo del sueldo que le daban, habría sido pobre de solemnidad.

Si el párroco de Svartsjö vivía un poco mejor que otros vicarios era porque aparte de la residencia, tenía su propia finca, de la que obtenía su sustento. De no haberla tenido, lo habría pasado bastante mal.

Debía contentarse con que su marido fuera el dueño de Lövdala. Tendría que ser la última en quejarse de eso. La finca era magnífica, contaba con buenas casas y tierra fértil. Lo único que fallaba era que quedaba muy lejos de la iglesia.

Bueno, había una cosa más: los que allí vivían se creían un poco por encima de los demás. Era algo que le causaba risa, a ella, una mujer que había visto sitios magníficos. Pero aquí, en la parroquia, el vivir en Lövdala se consideraba algo realmente muy bueno. Ni siquiera los condes de Borg tenían tan buena reputación como el clero.

Ella, por su parte, nunca había podido entender por qué las cosas habían llegado a ser así. Hacía unos cien años, Lövdala no era más que una granja. Aunque fuera grande y bastante rica, pues contaban con los magníficos pastos que habían crecido en lo que antes fuera el fondo de un lago, no era más que eso, una granja y nada más. Ni siquiera podía decirse que hubiera sido muy distinta a lo que era en la actualidad. Claro está, aquí en Värmland nadie había visto nunca ni sabía lo que era una mansión de verdad.

Por eso, no le extrañaba que el hijo de un granjero de una granja rica hubiera podido estudiar y hubiera conseguido ser un sencillo párroco que luego se había convertido en el vicario en Svartsjö. Incluso aunque se hubiera casado con la hija del pastor titular, no habría habido mucho de lo que presumir. Su única aspiración había sido esa, ser el vicario de Svartsjö, y allí se había quedado toda su vida. Se decía de él que era un hombre listo, pero resultaba difícil creerlo, porque de ser así, hubiera podido llegar a ser párroco en cualquier parroquia importante.

Es cierto que había vivido bien, porque había heredado Lövdala de

sus padres y podía vivir allí. No había tenido que hacerse el remilgado con los campesinos para cobrar impuestos o recibir regalos. La granja era suya y se las apañaba, y era tan bueno como uno de ellos. Y quizá fuera eso lo que les gustara a los demás de él, y a él también.

En tiempos del primer párroco de Lövdala, quizá no hubiera una casa parroquial, pero ahora sí la había. Era una pequeña granja, que estaba ubicada justo al lado de Lövdala.

Que la rectoría estuviera allí era pura malicia de los campesinos, pensaba. Ni siquiera se les había pasado por la cabeza lo lejos que tenía el párroco su iglesia. Pero lo que pretendían con aquella situación era otra cosa, y lo habían conseguido. El segundo párroco de Lövdala se había casado con una hija del primero y había heredado Lövdala. Y allí se quedó. De ese modo, el hombre acabó por convertirse también en un buen agricultor, autosuficiente, y así evitar ser solo un pobre párroco auxiliar. Y él también había pasado toda su vida en Svartsjö. Decían que había sido un predicador excepcional, pero tampoco se lo creía. La gente de Svartsjö afirmaba que había tenido grandes dotes de predicación, pero ella se imaginaba que era solo porque había estado casado con una de las hijas del propio párroco y vivía en Lövdala.

La esposa del párroco levantó el manguito calientamanos y se lo acercó a la cara. El camino seguía recto sobre el viejo fondo del lago y la corriente fría, que siempre se sentía allí, la envolvía. El frío hizo que siguiera pensando. Lo que hacía que fuera imposible conseguir que el camino que había hasta la iglesia fuera más corto era que los párrocos allí tenían que vivir en Lövdala por fuerza. Su marido era ahora el tercer párroco que vivía allí. Y había hecho lo mismo que su antecesor: se había casado con la hija del párroco y heredado la finca. Se instaló en Lövdala, pero la casa parroquial estaba tan cerca que podía cuidarla bien, y era un hombre rico con sus dos granjas. Todo estaba tan bien organizado que no había nadie en la parroquia que no quisiera que continuara de la misma manera, siempre que hubiera un párroco y una parroquia en Svartsjö.

Podía admitir que aquello fuera bueno para los demás párrocos de Lövdala, pues no merecían más que quedarse allí toda la vida. Pero era una lástima que su esposo se hubiera enamorado de la granja y la parroquia y se hubiera quedado. Porque podría apostar cualquier cosa a que él podría haber tenido la parroquia más grande de la diócesis, en cuanto se lo hubiera propuesto.

Conocía bien el porqué de que se sintiera a gusto. Como la misma familia de párrocos había vivido en la parroquia durante tantos años, y

tanto los párrocos como las esposas de los párrocos habían sido muy queridos allí, habían adquirido un gran poder. La gente no hacía nada sin ir primero a la rectoría y pedir consejo, y eso era lo que le gustaba. Ella le había comentado una vez que podría haber llegado a más. Sí, él también pensaba lo mismo. Sin embargo, puede que en otro lugar no hubiera tenido el mismo poder de decisión que allí. Aquí toda la parroquia era suya.

En verdad no era fácil cambiar este orden de cosas. Para un párroco joven, casarse con la hija del párroco de Lövdala salía a cuenta. Conseguía así su sustento de inmediato y una parroquia de fácil cuidado y, en cuanto a la esposa, todos decían que las hijas del párroco de Lövdala eran tan hermosas y se convertían en tan buenas amas de casa que era una bendición casarse con una de ellas.

Seguramente fuera cierto de las hijas de los párrocos anteriores, pero en el caso de Maja Lisa, no veía que hubiera nada especial en ella. Desde luego, no era hermosa, no con aquella cara alargada que tenía, y además, podía confirmar que no valía para nada.

Pensaba enderezarla, aunque nadie la apoyaba en aquel propósito, ni siquiera su marido, que debería haber sido el primero en desear que su hija tuviera carácter y pensara en algo más que no fuera divertirse. Sin embargo, ella cumpliría su deber para con su hijastra de todos modos. No había mucha gente que se atreviera a decir nada en contra de la joven que iba a heredar Lövdala y la parroquia entera.

Sonaban cascabeles en el aire, muchos. Aquí, en el pueblo de Lobyn, se cruzaban cuatro carreteras que venían de cuatro direcciones distintas. Por todas circulaban trineos con gente que venía para asistir a la boda. Sería una ceremonia grandiosa. ¡Menos mal que había podido evitar que viniera su hijastra! Era precisamente en aquellas antiguas granjas donde la gente más la adulaba.

No le sorprendía que la hija del párroco fuera perezosa y altiva y que pensara que podía hacer lo que quisiera. Sin embargo, sí sabía qué era lo mejor para su hijastra. Pero hasta ahora no había querido ni pensar en ello.

Quizá pudiera matar a dos pájaros de un tiro. Tal vez podría conseguir que el camino hasta la iglesia fuera más corto y que su hijastra supiera que no era una princesa, sino simplemente una joven que vivía en la rectoría.

En cuanto entró por la puerta, toda el mundo empezó a preguntar por qué no había venido Maja Lisa. Sí, sabía que le tocaría soportar aquello.

Antes de haber tenido tiempo de desabrocharse el abrigo de piel, ya le habían dicho diez veces lo triste que era que la joven no hubiera querido dejar a su anciana abuela sola en casa.

La mayoría de la gente se contentaba con eso, pero los anfitriones de la boda querían saber más.

El viejo Björn Hindriksson y su esposa habían tenido que insistir durante varios años, antes de que pudieran persuadir a la nieta más joven, la que heredaría la granja, para que se casara con un hombre que habían elegido para ella. Y a cambio de la indulgencia, querían que tuviera ahora una boda lo más honorable posible.

Björn Hindriksson era tan mayor que recordaba al señor Olavus, el primer párroco de Lövdala, y a su esposa, la señora Katarina Hesselgren. Siempre había sentido respeto por ellos, y así seguía siendo. Habiendo un descendiente del señor Olavus en la parroquia, la hija del párroco tenía que estar presente en la boda, pues de lo contrario la boda no sería como el señor Hindriksson la había planeado.

No quiso aceptar que Maja Lisa no pudiera salir de casa por causa de su abuela, así que preguntó de inmediato si no había alguna criada que pudiera quedarse aquel día con Beata. Después de todo, no se estaba muriendo, ¿no?

En la voz del hombre se notaba que aquello le entristecía mucho y que la conversación era algo más que una charla cortés. Estaba encantado de que hubiera venido la nueva esposa del párroco, pero desde luego, ella no pertenecía a la antigua familia del viejo párroco.

La mujer respondió que era del mismo parecer y que así se lo había hecho saber a Maja Lisa. Pero he aquí que la joven se preocupaba tanto por la anciana que no hubo manera de alejarla de la abuela, pues se asustaba en cuanto veía que tenía el más mínimo achaque.

La esposa del párroco se había quitado el abrigo de piel. Sabía que tenía un aspecto majestuoso e iba bien vestida y que nunca habían tenido una esposa del párroco más capaz, ni siquiera si hubieran ido a buscarla por todo el país. Sin embargo, parecía como si los campesinos no se hubieran fijado en eso.

La esposa de Björn Hindriksson preguntó si la propia señora Beata no había querido que su nieta fuera a la boda. Sabía que no se había celebrado ninguna en la finca en los últimos años sin que alguien de aquella respetada familia bailara con la novia.

La esposa del párroco se irguió y su voz se volvió áspera. No sabía que eso fuera tan importante, pues de haberlo sabido, ella misma se habría quedado en casa. Sin embargo, si quería, se iría a casa ahora

mismo, para que Maja Lisa pudiera venir.

Con tal argumentación, la mujer ganó la partida. Los allí presentes se sintieron tal mal por haberla ofendido que terminaron rogándole que se quedara.

Tuvo que escuchar las mismas preguntas y dar las mismas respuestas al subir al gran salón del piso de arriba, al tiempo que caminaba y saludaba a todos los que estaban de pie alineados a lo largo de las paredes, esperando que comenzara la ceremonia de enlace. Entró en calor de inmediato, ella, que se había pasado el día helada. No fue hasta que estuvo sentada en el sofá cuando, por fin, dejaron de preguntarle por su hijastra. Las dos campesinas más destacadas de la parroquia estaban sentadas a ambos lados de ella y permanecían calladas. Sabían que cuando uno espera algo tan solemne como una boda, no es apropiado hablar.

Sintió que las mejillas le ardían. ¡Todos se habían dirigido a ella! El párroco no había tenido que responder a nada. ¿Acaso creían que el hombre ya no decidía en nada?

Ulla Moreus, la esposa del campanero, apareció en la puerta. Se acercó a saludar. Seguro que le preguntaría por su hijastra. Era una de las mejores amigas de Maja Lisa. Sin embargo, no parecía estar pensando en ella, pues junto a su suegra, estaba ocupada vistiendo a la novia. Cuando hubieron terminado, para quedarse más tranquilas, decidieron que la señora Raklitz subiera a la alcoba para comprobar si el vestido de novia estaba bien.

La esposa del párroco sabía que nadie en Värmland sabía mejor que Ulla Moreus y su suegra cómo vestir a una novia campesina. Sin embargo, que quisieran escuchar su opinión era de buena educación.

Las acompañó a la alcoba, donde la novia ya estaba vestida, esperando a que el séquito nupcial viniera a buscarla. Aquí solo pensaban en flores y fruslerías. Fue un verdadero alivio que le preguntaran si la cadena de oro la habían puesto bien o no, si debían ponerle más collares de perlas a la novia o si la forma de la corona de cartón alta, que Ulla Moreus se había pasado la noche forrando de seda roja y verde y papel dorado era la adecuada. Durante mucho tiempo, pensaron que la antigua se podría usar, pero la noche antes, Ulla se dio cuenta de que aquella iba a ser la boda más destacada que se celebraría este invierno, por lo que había que hacer una corona nueva de cartón que luego había forrado.

La esposa del párroco elogió tanto la corona como todo lo demás.

Pero la abuela Moreus parecía preocupada por algo, y un momento

después le confió a la señora Raklitz qué era lo que la angustiaba.

Le parecía bien que estuviera satisfecha con el atuendo de la novia, pero la anciana consideraba que todo aquello no serviría de nada si no conseguían que la novia pusiera otra cara. No tenía mucho sentido vestir bien a una novia que más bien parecía que iba hacia el patíbulo.

La joven se dio la vuelta de repente y dijo unas cuantas palabras que apenas se oyeron. No le importada nada de todo aquello que le estaban poniendo, por bello que fuera, si Maja Lisa no acudía a su boda. Ella le había prometido mil veces que vendría a verla vestida de novia.

Entonces intervino Ulla Moreus. Con voz alegre y fresca, como suelen tener las personas que desean intervenir para arreglar las cosas, sugirió que seguramente Maja Lisa podría dejar a su abuela por unas horas. Podrían enviar a alguien a buscarla. No estaba muy lejos.

La anciana Moreus también dijo unas palabras conmovedoras.

—Maja Lisa y Britta eran compañeras de confirmación y han sido buenas amigas desde entonces.

Entonces, la señora Raklitz añadió algo no muy amable:

—Bueno, querida, parece que no hay campesina en la parroquia que no sea amiga de Maja Lisa.

La mujer se volvió, ofendida, y salió de la alcoba. Nadie se atrevió a decirle nada más.

Tenía la sangre hirviendo otra vez. Se daba perfecta cuenta de que solo habían hecho que subiera a la alcoba para hablar de su hijastra.

***

La ceremonia terminó y todo salió bien. La novia sabía que todos estaban hablando en aquel momento de la cara que había puesto durante la ceremonia. Por el bien de sus padres y abuelos, hubiera querido no llorar tanto como lo hizo.

Si su amiga Maja Lisa hubiera venido, habría pasado por todo con cara de felicidad. Le había hablado tanto de lo divertido que sería verla vestida de novia. Quizá lo hacía para animarla, aunque ahora pensaba que la única alegría que habría podido tener ese día, le había sido arrebatada.

Durante la ceremonia, había girado la cabeza un par de veces mirando hacia la puerta. Esperaba que Maja Lisa viniera en algún momento. No pudo evitarlo. ¡Que la gente pudiera ser tan mala y en un día como aquel le negaran lo único que pedía! Al pensar en eso, se le

saltaron las lágrimas.

Cuando la gran mesa en forma de U estuvo servida y todo el mundo se pudo sentar y empezar a comer, todo se volvió divertido y alegre a su alrededor. Todos comían, bebían y bromeaban, pero ella sentía la misma angustia que antes. No era capaz de probar bocado. Cortaba trocitos de un par de rebanadas de pan, para que pareciera que estaba comiendo. «¡Ojalá la señorita Maja Lisa hubiera venido hoy!», pensaba. «Todo habría sido diferente. Me lo hubiera puesto fácil».

Ella miró al novio, sentado junto a ella, confusa. Se preguntaba si él había oído algo. Al hacerlo, se dio cuenta de que estaba pensando en voz alta.

Un rato después notó lo mismo. Se dio cuenta de que estaba murmurando:

—¡Ay, ay, ay, qué pena que la señorita Maja Lisa no haya podido venir a mi boda!

—¿Qué estás murmurando por lo bajo? —preguntó el novio.

Ella lo repitió casi en contra de su voluntad.

—¡Ay, ay, ay, qué pena que la señorita Maja Lisa no haya podido venir a mi boda!

El novio sabía cuánto había tenido que pedir y rogar, antes de que la hija de este rico granjero decidiera aceptarlo. Se comentaba que sus abuelas la habían obligado a casarse con él, así que, mientras la novia tuviera aquella cara durante el banquete, ese rumor se haría más fuerte. Él comenzó a reprocharle su actitud. No hacía falta que se lo tomara tan mal. Podría ver a Maja Lisa otro día.

La novia no lo escuchó. Seguía cortando la corteza del pan y, poco después, volvió a suspirar.

—¡Ay, ay, ay, qué pena que la señorita Maja Lisa no me vea vestida de novia!

Una vez más, el novio intentó hacer que entrara en razón.

—¡Mira que montar un espectáculo por eso! —dijo—. ¿Acaso crees que la señorita se preocupa por ti? Todo el mundo sabe que a los señores les preocupan poco los campesinos como nosotros.

Esta vez la novia se volvió de repente hacia él y le dijo en voz alta:

—No hablarías así si supieras lo que voy a decirte. No estarías sentado donde estás ahora de no haber sido porque ella me habló bien de ti, diciendo que serías bueno conmigo.

El novio guardó silencio y se quedó pensativo. Aquellos que estaban sentados frente a él que querían hablarle, tuvieron que hacerlo a gritos para que les prestara atención.

Claro está, todos los sentados a la mesa se dieron cuenta, era inevitable. Se quedaron en silencio, nerviosos, mirando a los novios sin más.

Sin embargo, en el momento en que todo parecía ir a peor, el novio se volvió hacia la novia.

—Si no es más que esto lo que te entristece —dijo—, entonces bien se puede remediar. Soy suficiente hombre como para lograr que la señorita Maja Lisa te vea vestida de novia.

Ella lo miró ojiplática y comprendió que hablaba en serio.

—Nunca olvidaré este detalle, demuestra que tienes un gran corazón, pues quieres ayudarme —dijo. Y de inmediato se le iluminó la cara y se convirtió en otra persona.

***

Maja Lisa estaba sentada frente a la estufa en la alcoba que había junto a la cocina en Lövdala llorando.

Las lágrimas brotaban de sus ojos. No podía contenerlas. Quizá lo intentó, pues era muy fácil para los sirvientes creer que estaba sentada llorando solo porque había tenido que quedarse sola en casa cuando su padre y su madrastra estaban fuera divirtiéndose.

Pero no era esto lo que la entristecía, no, no lo era. Lo que le causaba ansiedad era que no le habían permitido cumplir su palabra para con Britta. Imaginad cuánto habían hablado las dos de aquella boda. Su amiga no era feliz por la persona con la que iba a casarse, pero sí se había animado cuando la hija del párroco le había dicho que se alegraría de verla vestida de novia. Ahora estaría llorando. Haberla defraudado le resultaba muy duro.

¡Qué raro! Parecía que se oía el tañido de unos cascabeles y los cascos de unos caballos. ¿Estaba sonando un violín? ¡No se lo podía creer!

Cada vez se oían más cerca. Estaba segura de que oía algo. Pero ¿de dónde provenía aquel sonido? Se levantó y fue a la ventana del este, desde donde se veía la alameda.

Había encendido el fuego hacía una hora y todavía entonces era noche cerrada. Ya se había consumido, así que la alcoba se había quedado a oscuras. Sin embargo, fuera se veía más luz. Había despejado y se veían las estrellas en el cielo. La nieve del suelo y la escarcha de los árboles habían comenzado a brillar con luz propia. Cuando llegó a la

ventana, fue como si mirara hacia una habitación iluminada.

Vio claramente que se acercaba un séquito nupcial por la alameda y por entre las casas viejas del patio trasero. En el trineo principal, los músicos tenían los violines bajo la barbilla y tocaban con todas sus fuerzas. En el segundo trineo iban los novios; la novia no se había cubierto la cabeza con un pañuelo para que se viera brillar la corona bajo la luz blanca de la nieve. Luego iban llegando un trineo tras otro con los invitados. Reconoció el caballo blanco de campanero Moreus, el trineo rojo del sacristán y la cabeza empezó a darle vueltas. Tuvo que sentarse en la silla junto a la ventana. No podía entender qué pasaba. ¿Por qué venía todo el mundo de la boda desde el pueblo de Lobyn hasta la rectoría si allí no había nadie? Tal vez solo se lo estuviera imaginando, pues se había pasado el día pensando en la boda.

Oyó que el séquito se detenía frente a las escaleras, cómo la puerta principal se abría y cómo la gente se apresuraba a entrar en el vestíbulo. Sin embargo, ella se quedó sentada donde estaba. No es que estuviera asustada. Pero, ¡qué embarazoso sería salir a recibirlos y no encontrar a nadie!

Ya habían llegado al salón y en aquel mismo momento estaban abriendo la puerta de la alcoba que había junto a la cocina.

Los violinistas entraron primero. Después el campanero Moreus con Ulla del brazo. Después los novios, iluminados por los padrinos de boda con candelabros de tres brazos, y tras ellos toda una multitud de jóvenes, tanto chicas como chicos.

Cuando todos hubieron entrado, Jan Öster y su compañero dejaron de tocar, y el campanero Moreus se acercó a la hija del párroco y pronunció un breve discurso. Britta de Lobyn había querido que ella viera lo hermosa que estaba vestida de novia. Los recién casados tenían la intención al principio de venir aquí solos, pero más tarde se les ocurrió a todos que le gustaría más ver a todo el séquito nupcial, y no solo a la novia. Por eso habían venido tantos, todos los que, tras el banquete nupcial, no se habían sentido cansados.

Desde que tenía madrastra, la hija del párroco siempre iba mal vestida. Pero tanto ella como los demás se olvidaron de eso, pues la alegría de que hubieran venido a verla hizo que brillara.

Era cierto, lo que decían sobre las hijas de los párrocos de Lövdala, que podían hacer perder la cabeza a cualquiera. Desde luego, nadie entendía cómo lo hacía, pero cuando abrazó a la novia y luego le dio la mano al novio y a todos los demás, por fin se notó que había alegría en aquella boda.

Maja Lisa dejó de estar triste y se puso contenta, lo que hizo que los demás pensaran también: «No hay nada tan bueno como vivir. No es verdad que la vida sea triste y preocupante. Es simplemente divertida».

Solo hizo falta que la hija del párroco mirara a la novia y elogiara la corona y su vestido para que todos abrieran los ojos. No se habían dado cuenta de lo guapa que estaba con su atuendo. Y cuando luego Maja Lisa se volvió hacia el novio y le dio las gracias por haber venido con Britta, además de felicitarlo por su esposa, él se dio cuenta de algo. Comprendió que no solo se había casado con la heredera de la granja más grande de Lobyn, sino también con la hija del mejor granjero.

Nadie pudo oír lo que Maja Lisa le dijo a Britta, pero todos se dieron cuenta de que, fuera lo que fuese, sirvió para que la novia estuviera feliz durante todo el día.

Traían comida, que pusieron en la mesa, pues querían que probara la comida de la boda. Maja Lisa pensaba que todo era muy bonito, y se notaba. Sin embargo, no probaría bocado hasta que se fueran. Sabía que no podrían quedarse mucho tiempo. Lo raro era que hubieran podido venir.

Ulla les dijo que habían aprovechado para escabullirse poco después de la comida. Los ancianos estaban sentados anhelando dormir la siesta. No se enteraron de que marchaban. Pero volverían tan pronto como la novia hubiera bailado con Maja Lisa.

Salieron al salón y la gente se alineó a lo largo de las paredes para ver el baile. El violinista Jan Öster empezó a tocar una polka, y la novia y la hija del párroco empezaron a bailar.

Pero a mitad de la primera vuelta, Maja Lisa palideció de ansiedad. Había estado tan feliz, que incluso se había olvidado de eso, del dinero del baile. El día de la boda, todo aquel que bailaba con la novia, ya fuera un niño o un adulto, debía darle un dinero por el baile. Pero ella, ay Dios, no tenía ni un real.

La novia no se había olvidado. Sobre la mesa en la esquina del salón, había preparado la botella de perfume y el cofrecillo nupcial con pastillas y pasas, las especias nupciales, que ofrecería después del baile.

La hija del párroco pensó que era lo más difícil que le había sucedido nunca. No podía romper la vieja costumbre. Todos pensarían que, si lo hacía, atraería la desgracia. Britta debió de darse cuenta, pues le susurró en mitad del baile que, simplemente, simulara que le daba algo en la mano. No podía tener preparado dinero para el baile, ya que se habían presentado de manera inesperada.

La hija del párroco tenía un par de pendientes de oro y un broche de

oro, que había heredado de su madre. Le hubiera gustado regalarle alguna de esas dos cosas a Britta, pero no sabía si se atrevería. ¿Qué pasaría si se enteraba su madrastra?

No era costumbre bailar más de un baile con la novia, pero la hija del párroco bailó dos y hasta tres, mientras reflexionaba. Aunque no estaba bien decir que estuviera pensando. Estaba tan nerviosa que se había perdido en sus pensamientos.

Bailó lo más lento que pudo, y entonces pensó en una cuchara de plata que le había regalado su padrino. Pero no estaba segura de que, si le regalaba algo tan valioso, Raklitza no fuera a casa de los padres de la novia al día siguiente para reclamarla.

«No tendré más remedio que decirle a Britta que le daré el dinero del baile en otra ocasión», pensó.

Inmediatamente dio un respingo y luego acabó una vuelta más con rapidez. Alguien había aprovechado mientras tanto para dejarle una moneda entre los dedos al pasar junto a ella bailando.

Cuando terminó el baile, tenía una moneda de plata reluciente para darle a su amiga.

La novia estaba tan asombrada que incluso se olvidó de ofrecerle las especias nupciales, así que tuvo que preguntarle si podía tomar alguna. Mientras la hija del párroco se ponía el perfume, miró a su alrededor para averiguar quién era el que le había dado la moneda de plata. Sabía que se la habían dado justo cuando pasaba por delante de la chimenea. Debía ser aquel hombre alto y moreno que estaba entre la chimenea y el armario quien la había ayudado.

Aunque creía que conocía a todo el mundo en la parroquia, no recordaba cómo se llamaba la persona que estaba junto al armario. Se inclinó hacia delante y sacó unas pastillas del cofrecillo. Al mismo tiempo, le susurró algo a la novia.

La novia respondió a media voz que no era extraño que no supiera quién era, pues aquel hombre venía de otra parroquia. Era un herrero de la fundición de Henriksberg, en Västmarken, que acababa de llegar a Lobyn para encargar el heno para su abuelo. No entendía por qué había venido. ¡No lo habían invitado a la boda! Y no iba vestido como un invitado.

Y era cierto, el forastero vestía piel de oveja negra con un cinturón de cuero alrededor de la cintura. Se preguntó cómo se lo podría agradecer, pero no tuvo la oportunidad de hacerlo, porque ahora se le acercaron los invitados para despedirse. Les dio las gracias por venir, los ayudó a ponerse la ropa de abrigo y los saludó desde el porche.

Cuando volvió a entrar en el salón, se sorprendió un poco al ver que aquel forastero, alto, seguía en mitad de la estancia.

Pero pronto encontró la explicación de por qué se había quedado. Querría saber cómo recuperar la moneda de plata que le había prestado. ¿Quién sabe? Quizá la había tomado del dinero que el administrador le había dado para comprar el heno.

Parecía como si quisiera negar lo que había hecho. Y cuando ella insistió, le explicó que no había nada de qué hablar.

Pero no podía aceptar una moneda de plata de un extraño. Así que le dijo que le pediría el dinero a su padre tan pronto como regresara a casa y que lo enviaría a la granja donde había tenido lugar la boda al día siguiente, para que así pudiera pagar el heno.

En el rostro del hombre se dibujó una amplia sonrisa que la iluminó como un rayo de sol. Podía hacer lo que quisiera. No necesitaba la moneda de plata, le quedaba suficiente dinero para comprar el heno.

Lo miró perpleja.

Bueno, había pensado que era por el dinero por lo que se había quedado. Si no era por eso, ¿por qué entonces?

Él se apartó el flequillo de la frente y miró más allá de ella hacia la otra pared.

—Vaya, pues no sé, —dijo él—. A lo mejor podríamos hablar de alguna otra cosa.

La joven dio un paso hacia la puerta. Se impacientó.

De nuevo, él volvió a mirarla con aquella amplia sonrisa.

—No puedo entender que se marcharan de aquí —dijo.

La hija del párroco se ruborizó. Continuó caminando hacia la puerta.

—Deberían habérsela llevado a usted también al baile, y no dejarla aquí sola.

Tenía una voz tan bondadosa que ella era incapaz de enfadarse. Se volvió hacia él y se rio.

—Bueno, ya no me importa que me hayan dejado sola. Ahora soy feliz. Y usted también debe marcharse. Estoy tan contenta que nadie debe preocuparse por mí.

LA TRAMPA PARA ZORROS

Bengt, el Alto, estaba de madrugada con un farol en la mano mirando la trampa para zorros. Había algo raro. Jamás había vaciado una trampa que tuviera este aspecto.

Sabía que una cosa que hacía bien era plantar una trampa para los zorros. Y la noche anterior la había preparado tan bien como de costumbre.

Había cubierto la abertura del profundo foso con palos estrechos de abedul, paja y nieve y le había colocado una cubierta traicionera, que ni la zorra más astuta y vieja sería capaz de distinguir del propio suelo. Y al pato, que debía estar sentado en el poste alto en medio del pozo y atraer al zorro, lo había atado con una correa que le sujetaba las alas y estaba tan sujeto al poste que no era posible que se hubiera movido. Era el mejor pato de la granja, el que tenía el graznido más fuerte. Desde que lo había atado al poste, lo había estado oyendo. El lamento del animal había estado sonando estridente y agudo durante toda aquella noche de invierno.

Si atabas el pato a la trampa tan mal que el zorro se lo acababa llevando, era una vergüenza. Y al él nunca le había pasado eso. Daba lo mismo que el zorro se llevara al pato hacia el bosque o que cayera con él al foso.

La pastora, que se ocupaba en general de los animales, nunca quería prestarle un pato. Si el zorro llegaba a matarlo, se burlaría de él cada noche que se dispusiera a plantar una trampa. Pero lo que no quería que pasara había acabado por suceder. Al iluminar la trampa con el farol, vio que el pato no estaba en el poste. Solo quedaban los cabos de la correa con que lo había sujetado, estaban colgando. Se enfadó tanto

que quiso marcharse, así que ni se dignó a mirar si el zorro había caído en la trampa o se había escapado.

Pero ¿y si lo había atrapado? Se iluminó con la linterna. En la cubierta de la trampa había varios agujeros. ¿Cómo había hecho el zorro para llevarse tanta paja al foso?

Moviera como moviese el farol, era imposible ver el fondo del foso. Iluminó la nieve en busca de huellas. De haber dos zorros en la trampa, podría entender que la cubierta estuviera tan deteriorada como estaba. En ese caso, que se hubieran llevado al pato no sería una vergüenza después de todo. Vio huellas en la nieve. Sostuvo el farol muy cerca y se inclinó cada vez más. Al final sacó la vela del farol, se puso de rodillas e iluminó el suelo. Cuando se levantó, sintió que le temblaban las piernas. Menos mal que nadie le había visto.

No pudo llegar al establo todo lo rápido que le hacía falta para conseguir una cuerda. Cuando regresó con ella, ató el farol y lo bajó al foso. Por fin pudo ver hasta el fondo de la trampa. Y de repente, una amplia sonrisa le iluminó el rostro. Estrechó los ojos y le centellearon. Los dientes le brillaron. No había prisa, así que se quedó allí durante mucho tiempo inclinado sobre el foso, disfrutando.

Después, se acercó a la casa principal. No fue por la entrada de la cocina, sino que con pasos pesados subió al porche, buscando a tientas las cerraduras y los pestillos de la puerta principal para entrar. Apenas eran las cinco y no había nadie levantado, salvo la anciana ama de llaves que, al oír que la puerta hacía ruido, la abrió asustada.

—Pero Dios mío, Bengt, ¿eres tú? ¿Qué te pasa? ¿Por qué entras por la puerta principal?

El joven la apartó sin decir palabra. Fue directo al dormitorio, donde el párroco y su esposa dormían profundamente, y abrió la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede? El párroco se incorporó en la cama.

—Soy Bengt, señor párroco. Era para decirle que el pato ha desaparecido de la trampa esta noche.

—Muy mal, Bengt, pero no hace falta que vengas en mitad de la noche para…

—Tanto el pato como el zorro están en el foso.

—Y eso qué importa Bengt. Sabes que acabo de llegar a casa de la boda. Acababa de dormirme.

Pero Bengt intervino de nuevo, después de que el párroco hiciera una pausa:

—Un lobo seguía al zorro. El lobo también ha caído en la trampa.

El párroco se apresuró a decir:

—¡Di en la cocina que vengan a encender las velas, voy a levantarme!

Pero Bengt, el Alto, se quedó allí, como si fuera sordo.

—Había otro lobo, que seguía al primer lobo, y también ha caído al foso.

Sin decir ni una palabra más, se dio media vuelta y se fue.

Cuando se hizo de día, toda el mundo se reunió en el patio alrededor de la trampa. Estaban el párroco, su esposa y su hija, el ama de llaves, las cinco criadas, la vieja tejedora y Pequeñita. También estaban Bengt, el Alto, y su esposa Maja, la Alegre, y la madre de Bengt, la anciana Bengta, los dos muchachos de Vetter y Jöns, el músico, además de Backman, el viejo soldado que trabajaba en la rectoría.

Todos estaban en silencio. Se inclinaron para mirar un instante dentro del foso y luego se retiraron.

Pequeñita estaba un poco apartada y no había podido llegar hasta el borde del foso. El párroco la vio y le hizo señas con la mano. También tenía que ir a mirar. En otras ocasiones, siempre había querido ponerse delante. Pero ahora no podía dar un paso. Sentía escalofríos. No se atrevió a mirar a los lobos.

Jamás había visto un lobo, aunque los había oído aullar en el bosque que rodeaba Koltorp. Sabía que los lobos eran las peores bestias que existían. Eran peores que un basilisco. El párroco estaba más contento aquella mañana de lo que nunca lo había visto. La agarró por el cuello del abrigo de piel.

—Yo te sostengo, pequeña Nora, para que no te caigas. Tú, que eres solo una niña, tienes que mirar en el foso, para poder decirles a los jóvenes, cuando seas mayor, que nosotros en Lövdala conseguimos en una sola noche atrapar a dos lobos y un zorro en una sola trampa.

Estando en el borde del foso, miró al fin hacia abajo. Era un agujero cuadrado y estaba revestido con tablas, como un pozo, aunque era mucho más ancho. Intentaba ver a los grandes monstruos con fauces abiertas, unas fauces que podrían engullir a una niña como ella de un solo bocado. Pero no pudo verlos, se volvió y miró al párroco.

—¡Mira en los rincones!

Se inclinó hacia delante una vez más. El foso estaba bastante oscuro, pero empezó a vislumbrar algo. Había cuatro animales ahí abajo, uno en cada rincón. Los cuatro estaban completamente quietos, y cuando miraban a la luz y la gente, sus ojos destellaban.

En el rincón que había frente a ella yacía el zorro, pequeño y rojo, enroscado, de modo que no era más grande que un cojín de sofá. En el

siguiente yacía un animal, que era como un perro grande despeinado. En el tercer rincón, el pato se mantenía firme sobre ambas patas, y en el cuarto había otro de aquellos grandes perros, también con el pelo revuelto. Había algo extraño y que daba miedo en la quietud que reinaba en el foso. Pequeñita estaba tan callada como todos los demás, mientras se alejaba del borde.

Cuando todos hubieron mirado, los hombres se apartaron formando un grupo para hablar. Tenían que matar a los lobos, pero no sabían cómo hacerlo. Hubiera sido fácil matarlos de un tiro, pero si caía sangre al foso, este quedaría inutilizado. Nunca más podrían atrapar a ningún animal allí.

Cuando se trataba de un zorro, un hombre solía saltar al foso, darle un golpe en la cabeza para que perdiera el sentido, atarle una soga al cuello y sacarlo. Saltar al foso cuando solo había un zorro no era peligroso. Sin embargo, bajar a un foso donde había nada menos que dos lobos era algo distinto.

Bengt sacó el garrote que solía emplear para golpear a los zorros, se acercó al foso y miró hacia abajo. Negó con la cabeza y volvió donde estaban los demás. Uno de los muchachos de Vetter agarró una cuerda e hizo un nudo corredizo. Se colocó en el borde del foso y bajó la soga hacia uno de los lobos. Si conseguía pasarla por la cabeza de una de los lobos, subirlo sería fácil.

La soga bajaba cada vez más hasta que llegó a la altura del hocico del lobo, pero el animal no se movió. Cuando de repente lo hizo, movió la cabeza de manera brusca y gruñó. Dos hileras de dientes brillaron y de un mordisco rompió la soga, que cayó hasta el fondo del foso. La angustia reinó entre los allí reunidos. Sería difícil enfrentarse a una bestia que podía destrozar una soga de un mordisco.

—No nos va a quedar más remedio que matarlos de un disparo dentro del foso —dijo el párroco—. Tendremos que cavar un nuevo foso para el próximo invierno.

Un hombre se acercó ahora al borde. Era alguien que hasta ahora se había mantenido un poco por detrás de los demás. Se trataba del herrero de Henriksberg, que había llegado a Lobyn la noche anterior para comprar heno. Pero como habían llegado tantos invitados para la boda, nadie había podido ofrecerle un lugar para dormir, así que Björn Hindriksson le había pedido al párroco que le diera alojamiento. Bueno, la alcoba en la buhardilla de la rectoría siempre estaba preparada para recibir invitados, y allí se había ido a dormir anoche. Sin embargo, aquella mañana en lo único en lo que todos estaban pensando era en los

lobos, por lo que se habían olvidado por completo de él.

Miró hacia abajo y luego recogió el garrote de Bengt y lo sopesó. Nadie pensó que fuera a hacer nada con él. Era un hombre muy alto y delgado y no parecía demasiado fuerte. Tenía las manos estrechas y blancas, no eran manos de herrero. Tampoco tenía aspecto de ser un hombre muy valiente. Si le mirabas a los ojos, te dabas cuenta de que era un hombre que había sufrido, el dolor se le había quedado ahí y nunca había salido en forma de lágrimas. Cuando se movía, también se podía entender que llevaba algo a cuestas que le pesaba y atormentaba, pues lo hacía de manera pausada y lenta, como si estuviera cansado. Se quedó escuchando a los demás hombres discutir durante un rato, pero cuando se dio cuenta de lo indecisos que estaban, corrió hasta el borde del foso y saltó directamente hacia los animales allí atrapados.

Antes de que nadie tuviera tiempo de pensar, se puso a dar golpes con el garrote. Se oyó un sonido leve. Fue uno de los lobos, que había recibido un golpe ensordecedor en el cráneo. Se oyó otro más y otro. El otro lobo había tenido tiempo de levantarse, pero recibió un golpe en el espinazo que hizo que se derrumbara. Después, lo remató propinándole un golpe mortal en la cabeza.

—¡Pásenme la cuerda! —gritó el forastero a los demás.

Bengt le lanzó la soga. Primero la pasó por la cabeza de un lobo y luego por la del otro, e hizo que los subieran. El zorro, mientras tanto, había cobrado vida y se tiraba dando saltos contra las paredes del foso. En cambio, el forastero no le prestó atención.

—¡Ahora bajad la escalera! Que el criado se encargue de los otros dos.

Cuando el hombre subió, todos, hombres y mujeres, lo miraron asombrado. Se habían quedado sin palabras. Las mujeres se habían asustado tanto al verlo saltar al foso que todavía estaban temblando y lo hombres se sentían avergonzados por no haberse atrevido a saltar. En cambio, Maja Lisa se acercó a él con ojos brillantes.

—Por fin he visto a un hombre de verdad —dijo—. Llevo toda la vida deseándolo.

La miró con ojos tristes. Unos ojos que parecía que le estuvieran diciendo: «No hay nada en el mundo que valga la pena, y yo menos que nada». Pero al mismo tiempo, en su rostro apareció su amable sonrisa.

—Me pareció que era una pena que tuvieran que matarlos de un tiro y echar a perder el foso —dijo él.

LA MONEDA DE PLATA

En realidad no había porqué preocuparse. Pero Maja Lisa llevaba un par de semanas un poco alicaída, pues no sabía cómo conseguir una moneda de plata.

¡Si al menos se la hubiera pedido a su padre la mañana después de la boda, como tenía previsto! Pero su madrastra le había echado una buena reprimenda por lo que le había dicho al herrero cuando salió de la trampa para zorros. Y no solo por lo que le había dicho, sino también por el modo en que se había acercado a él, corriendo. Solo le había faltado echarse en sus brazos. ¿Es que no iba a aprender cómo se comportaba una mujer decente y por eso se había comportado como una niña de doce años?

Después de aquello, en lo último en que pensó fue en pedir el dinero. No había podido quedarse a solas con su padre. Y pedírselo a su madrastra no le serviría más que para volver a pelearse a gritos.

En cualquier caso, era una lástima que lo hubiera pospuesto, pues al día siguiente ya no se atrevió. Solo entonces fue cuando su madrastra se enteró de que tanto los novios como el séquito nupcial de Lobyn al completo habían estado en la rectoría. Y eso la ofendió. Pero peor hubiera sido aún que se hubiera enterado de que Maja Lisa había sido tan generosa con la novia y le había regalado una moneda de plata nada más y nada menos.

Sin embargo, cuanto más esperaba para hablar sobre el préstamo con su padre, más difícil le resultaba confesarle, y también a su madrastra, que había contraído semejante deuda. Así que al final tuvo que convencerse a sí misma de que nunca reuniría el valor suficiente para pedirles el dinero. No había solución. Tenía que conseguir la moneda de

plata de otra manera.

Siempre estaba pensando en esto, daba igual que estuviera cosiendo sábanas durante el día o cuando estaba en la cama por la noche. Porque, por supuesto, tenía que devolverle el dinero al herrero. No podía soportar la vergüenza de no ser capaz de saldar una deuda con alguien que había acudido en su ayuda de aquella manera.

¡Si al menos hubiera podido viajar para visitar a Anna Brogren! Pero no podía. Su madrastra nunca dejaría que fuera a visitar a alguien que la quería.

Pero ¿a quién más podía acudir? La abuela era tan pobre como ella y no tenía nada más que lo que su propio padre le daba. Y Ulla Moreus seguramente no había visto nunca una moneda de plata en su mano.

Desde luego, estaba preocupada. Tampoco podía acudir a cualquiera y decirle que no se atrevía a pedirles a sus padres una moneda de plata.

Cuando más desesperada estaba, recordó que le quedaba una tía por parte materna que aún vivía. Tal vez pudiera ayudarla. ¡Pero, no! Tuvo que reírse, al pensar en la cara que pondría su tía si iba a pedirle dinero.

Se asombraría, porque su sobrina le era más ajena que cualquier desconocido. Las separaba un abismo enorme, ancho e insuperable.

Bien es cierto que no estaban enemistadas, pero su tía se había casado muy joven, con el hijo de un campesino rico que se había atrevido a proponerle matrimonio. Según se rumoreaba, no había sido una boda por amor. A él le había gustado la idea de casarse con la hija de un párroco, era algo de lo que enorgullecerse, y ella había dicho abiertamente que prefería ser la señora de una granja rica que quedarse en casa esperando a un pastor adjunto pobre.

Desde que su tía se mudara a la granja, se mantuvo alejada de toda su familia por voluntad propia. Quería olvidarse de su pasado y, en particular, no quería que nadie de Lövdala la visitara.

Vivía en la parroquia de Bro, que no estaba lejos, pero nunca iba a la rectoría. En cambio, Maja Lisa, su padre o la abuela solían ir todos los años a la granja de Svanskog para visitarla.

Pero Maja Lisa debía confesar que nunca le habían gustado mucho esas visitas a la granja. Con los años, su tía se había convertido en la esposa de un granjero normal y corriente, y Maja Lisa no se sentía incómoda por eso, sino porque se comportaba de manera muy extraña cuando venían huéspedes de Lövdala. No salía a recibirles al porche para darles la bienvenida, y cuando entraban en la casa, insistía en decirles que no hacía falta que vinieran a la granja. Poco después, les

contaba cuánto tiempo había pasado desde la última vez que la visitaron, cosa que no hacía de manera amistosa, sino haciendo que los visitantes se sintieran miserables hasta tal punto que, al final, no sabían si habían hecho bien o mal en ir y si no habría sido mejor que se quedaran en casa.

¡En fin! Una mañana, cuando Maja Lisa estaba sentada junto a su padre y su madrastra desayunando, se le ocurrió mencionar como por casualidad a su tía de Svanskog, como queriendo decir que no había que olvidarla del todo.

Apenas acabó de hablar, se arrepintió. Porque ¿qué haría ella en Svanskog? No tenía sentido. Su tía no era más amable con ella que su madrastra. ¡Ay, Dios! Incluso aunque dejaran que fuera, no estaba muy segura de que fuera a atreverse a pedir ayuda.

Su padre levantó la vista de inmediato del plato de gachas. Le daba pena que quien había sido una señorita de la rectoría hubiera acabado convirtiéndose en la esposa de un granjero. El hombre se cuidaba bien de que no pensara que en su antiguo hogar la habían olvidado. Pero ahora se preguntaba cuándo había sido la última vez que alguien había ido a visitarla. ¿Tal vez hacía tanto tiempo que deberían ir de visita a Svanskog?

Su esposa guardó silencio, porque no sabía mucho sobre aquella familia, y Maja Lisa tuvo que responder que ninguno de ellos había estado en Svanskog desde la última Navidad. Se atrevió a añadir que puede que su tía se pusiera más contenta si además la visitaban su padre y su nueva madre.

Sin embargo, pronto se dio cuenta de que no se saldría con la suya tan fácilmente. Su padre se reclinó en su silla, no parecía muy complacido. Desde luego, en su opinión había que tener moderación en el amor por los parientes. Al final explicó que la tía lo había visto tantas veces que no necesitaba ir a Svanskog a dejarse ver. Pero ella y su esposa podían viajar allí ese mismo día. No había problema para que lo hicieran, pues Bengt estaba libre y el caballo, *Svarten*, dispuesto.

Así se decidió mientras desayunaban. «¡Pobre de mí!», pensó Maja Lisa. Ojalá se hubiera mordido la lengua. ¿Por qué había empezado a hablar de Svanskog? ¡Viajar veinte kilómetros en el mismo trineo que su madrastra!

Pero después del desayuno, la mujer siguió a su padre a su alcoba, y cuando ella volvió a salir, todo había cambiado. Su madrastra dijo que la única que necesitaba ir a Svanskog era Maja Lisa. Seguro que se le notaba a esta que no tenía muchas ganas, pero a los jóvenes le venía

bien hacer de vez en cuando algo que no les apetecía. Además, tendría que ir andando y no con el trineo, porque la esposa del párroco necesitaba que Bengt la ayudara en la cocina a cortar el sebo. Sin embargo, al día siguiente sí podría ir a buscarla.

Maja Lisa no se atrevió a decir si aquello le gustaba o no. Sin embargo, debía admitir que, ya que tenía que hacer el viaje a Svanskog, era mejor ir sola andando que en trineo con su madrastra.

Dado que estaría fuera tanto tiempo, pidió, sin embargo, que Pequeñita se ocupara de hacer compañía a la abuela y estuviera pendiente por si necesitaba algo.

Lo malo era que su madrastra no iba a decir que sí a algo que ella hubiera sugerido. Así pues, dio orden de que Pequeñita la acompañase a Svanskog, pues no convenía que Maja Lisa fuera sola tan lejos. No tendría que preocuparse por la abuela, Cualquier otra mujer de la finca podría ocuparse de ella.

Caramba, su madrastra se había salido con la suya, claro, y gracias a eso, cuando todavía no había pasado una hora, estaban ya en camino, Pequeñita y Maja Lisa.

Iban caminando lentas y muy serias, a veces por la alameda a veces por la carretera, mientras todavía veían Lövdala. Luego se internaron en un bosquecillo de abetos, donde nadie podía verlas desde la rectoría.

Hacía un hermoso tiempo invernal y el camino discurría cuesta abajo. La cuesta era empinada y larga. Maja Lisa, que había pensado que el viaje a Svanskog sería aburrido e innecesario, se sentía en cambio libre y liberada. Hacía meses que no se sentía así. Era como si hubiera salido de una jaula pequeña. Durante el camino, la joven de diecisiete años le tendió la mano a la de trece y salieron corriendo. Llegaron hasta un gran montículo de nieve que había sobre la colina. Se tiraron sobre la nieve y se echaron a reír.

Cuando llegaron a Svanskog era la una de la tarde. Por suerte no les hizo falta hacer más de la mitad del camino, ya que desde Broby viajaron con un criado de Svanskog que iba de regreso a casa con el trineo vacío tras haber ido a llevar a alguien a su casa.

Svanskog era una posada, aunque no tan grande como Broby, donde había un movimiento constante de idas y venidas. Svanskog estaba lejos, al norte de la parroquia, y allí llegaba como máximo un viajero al día. A veces, podía pasar una semana entera sin que llegara nadie.

Todo estaba como siempre. Ni su tía ni ninguna de las criadas salieron para ayudar a Maja Lisa y a Pequeñita a apearse del trineo. ¡Dios mío! Maja Lisa estaba tan nerviosa que tenía el corazón en un

puño, como si se lo hubieran atado y no tuviera el espacio suficiente para latir. Mientras iban por el camino, albergaba todavía esperanzas. Sin embargo, al bajarse del trineo se dio cuenta de que su tía no la ayudaría.

Svanskog era un edificio grande, que tenía la puerta principal en el centro de la fachada y no en una esquina, como solía ser en las granjas. Delante de la entrada había un porche, no tan grande como el de Lövdala, pero parecido, con el mismo tipo de tejado y el mismo tipo de pilares.

¡Qué extraño! Todas las veces que había estado allí antes ni siquiera se había fijado en el porche. Quería quedarse allí fuera un rato para mirarlo, el porche y todo lo demás. La casa era vieja, pero la habían rehabilitado y modificado en tiempos de su tía, guiándose por el que había sido el hogar de la infancia de esta. Había tantos ventanales y tan grandes como en Lövdala y los tragaluces semicirculares bien podrían haber sido transportados de un edificio a otro sin que nadie se hubiera dado cuenta.

Parecía que el corazón volvía a su sitio. Después de todo, quizá no había sido tan mala idea venir. Puede que la hija del antiguo párroco no hubiera cambiado tanto, como quería imaginarse ella misma y aparentar ante los demás.

El vestíbulo era más pequeño que el de Lövdala. Igual que allí, aquí había armarios semicirculares en los rincones y las paredes estaban pintadas de gris y salpicadas de lunares de color blanco y negro. En el hueco de la escalera podían verse las vigas, toscas como las de casa, y las escaleras que llevaban hasta la buhardilla eran igual de peligrosas y empinadas, con sus pequeños y estrechos escalones. Seguramente aquí también se podía hacer lo mismo que hacía en Lövdala; agarrarse al pasamanos y deslizarse hacia abajo sin tocar con los pies.

Enfrente del vestíbulo había una puerta que conducía a una gran estancia, destinada para los viajeros. Era un lugar donde los de la casa nunca entraban. No obstante, la hija del párroco giró la llave y miró dentro. Era como ella esperaba: estaba amueblada con sillas de abedul amarillas y mesas blancas con hojas plegables, igual que el salón de Lövdala. Incluso había una planta grande con flores blancas junto a una ventana. Sin embargo, una cosa era diferente. El estampado de las alfombras azules era distinto. Pero cuando Maja Lisa lo pensó, comprendió que no era culpa de la tía. La mujer las había tejido siguiendo los viejos patrones de las alfombras de la casa de su infancia. Eran las alfombras de Lövdala las que habían cambiado.

Maja Lisa cerró la puerta con llave y se quedó quieta en el vestíbulo. Se le habían llenado los ojos de lágrimas. Sin embargo, no creía que su tía apreciara ningún tipo de sensiblería. Así que decidió que tenía que parecer tranquila y feliz cuando entrara a ver a su tía.

¡Y otra vez, tuvo mala suerte! Al abrir la puerta de la estancia principal, vio que su tía estaba lavando. Tenía una gran olla de agua para lavar colgada sobre el fuego en el centro de la habitación había una tina llena de ropa para aclarar. Así que, al ver que llegaban huéspedes precisamente ahora, la mujer se enfadaría. En el suelo había mucha agua que se había derramado y, sobre un banco largo, reposaba la ropa recién lavada. Tenía que admitir que a nadie le apetecía recibir invitados en una habitación tan desordenada como lo estaba aquella.

Aquí no había nada que recordara a Lövdala. Esta era la casa de un campesino. Maja Lisa siempre había pensado que era una habitación hermosa y elegante con aquellos grandes armarios hasta el techo, la enorme cama con dosel y aquellos largos bancos de pared. Pero ahora la colada había ahuyentado la comodidad.

La tía estaba junto a una tina de espaldas a la puerta frotando con todas sus fuerzas. Maja Lisa había oído hablar muchas veces de cómo eran su madre y sus tías, altas y delgadas como ella. Sin embargo, su tía era ahora una mujer grande y fuerte, no parecía nada frágil. Llevaba una falda de lana cardada negra y un corpiño rojo con una blusa blanca. El traje se completaba con una pelliza de piel de becerro, que la mujer se había quitado para trabajar.

La tía no se volvió hacia la puerta cuando la abrieron, y no dijo palabra. Maja Lisa se arrepintió, no quería estar allí. Pero no tenía elección, debía acercarse a ella y darle la mano para saludar.

La mujer tenía las dos manos metidas en el agua. Sacó una, pero no se molestó en secársela, sino que se la tendió a su sobrina.

—Vaya, al final has venido tú —dijo de forma brusca—. Seguramente la nueva esposa de tu padre sea demasiado elegante para visitar a unos campesinos.

No dijo nada más que eso, pero como Maja Lisa no estaba en su mejor momento, rompió a llorar. Puede que se lo tomara tan mal porque había venido a mendigar ayuda, y ahora no se atrevía a hacerlo.

Cuando las lágrimas le sobrevinieron, se sintió muy mal. ¡Ay, ay, mostrarse débil ante una tía que no tenía corazón! Además, no es que llorara un poco y que las lágrimas se las pudiera secar con facilidad. Es que se puso a llorar sin parar, de manera que la garganta se le contrajo tanto que no podía ni hablar.

Sintió pena de sí misma. Lloraba porque estaba llorando, y ya se sabe que si uno ha llegado hasta ese punto, se llora sin fin.

Ojalá pudiera salir corriendo e irse a casa de inmediato. Llegó hasta la puerta, pero entonces se sintió tan débil que le cedieron las piernas. Había un banco pequeño y corto cerca de la puerta, y allí se quedó sentada.

Todo el rato estuvo pensando en lo que su tía opinaría de ella, una llorona que llegaba allí y la molestaba cuando estaba haciendo la colada. Sin embargo, la mujer no parecía estar tan molesta en ese momento. Dejó de frotar la ropa, pero se tomó el tiempo necesario para añadir un poco de agua caliente a la tina y añadir un par de leños al fuego, antes de acercarse a ella.

—No deberías tomártelo tan mal —dijo—. Quizá yo no sea tan mala como aparento.

Pero si la mujer había pensado que con aquellas palabras calmaría el llanto de su sobrina, se equivocaba. Aquel llanto surgía de un fondo que albergaba tanto dolor que, ahora que había comenzado, continuaría durante horas.

Maja Lisa no podía hablar, aunque entendía que su tía se impacientaría, pues tenía que estar pendiente de la olla que tenía al fuego. Sin embargo, la mujer no se quedó callada, sino que se volvió hacia Pequeñita, que había permanecido todo el rato junto a la hija del párroco. Estaba asustada y no dejaba de acariciarle una mano.

—Tal vez tú sepas por qué está llorando. No creo que sea porque yo no tuviera tiempo de saludarla como es debido.

La mujer tenía una voz que parecía que quisiera reírse de todo. Pequeñita seguramente lo percibió, porque de repente se puso muy furiosa.

—¡Cómo no va a llorar habiéndola tratado de esa manera! Ha venido a ver a la hermana de su madre en busca de ayuda, y usted no le ha dedicado ni una palabra amable.

Maja Lisa quiso taparle la boca a su joven acompañante, pero no sirvió de nada. Pequeñita no podía soportar verla llorar así y se había puesto de un humor de perros.

No es que la tía se hubiera enfadado con Pequeñita, pero comenzó a hablar de forma más dialectal, como solían hacer los campesinos, diciéndolo todo con voz quejumbrosa.

¿Qué debía de necesitar su sobrina Maja Lisa? Lo más probable es que le fuera muy bien en Lövdala, tanto que ¿para qué iba a necesitar la ayuda de una pobre campesina?

No pudo decir nada mejor para que Pequeñita empezara a contarle cuál era la situación.

—Entonces quizá sea usted de la misma calaña que su madrastra —dijo—. Sin embargo, le diré que Maja Lisa ha venido aquí para pedirle una…

Ahora la hija del párroco la agarró del brazo con tanta fuerza que tuvo que callarse. Pero la tía no hizo caso de la interrupción.

—¿Tan difícil es para Maja Lisa tener una madrastra? Suelen decir que quien la tiene también tiene un padrastro, pero a ella no le ha pasado eso. No habrá nada que ella quiera y no obtenga.

Maja Lisa hizo todo tipo de señas hacia Pequeñita, pero no le sirvió de nada, pues la tía le pidió que siguiera.

—Ya ve usted misma cómo está —continuó Pequeñita—. No va mucho mejor vestida que yo y está en los huesos. Dicen que la sangre es más espesa que el agua, pero ciertamente usted no piensa así. A usted no le importa que su madrastra la atormente.

Todo esto fue muy doloroso para Maja Lisa. No podía dominarse y dejar de llorar y, lo que era peor, su tía estaba incitando a Pequeñita a que se lo contara todo. ¿Quién sabe cómo se lo tomaría la tía? Quizá le guardaba rencor a su sobrina y lo que le estaba contando le estaba gustando.

Maja Lisa no pudo soportarlo más. Se levantó y se dirigió a tientas hacia la puerta. Pero cuando estaba a punto de levantar el gancho del cerrojo, se encontró con que se había atascado. No pudo levantarlo de inmediato, tiró varias veces y finalmente se desplomó y cayó al suelo.

Cuando recuperó el sentido de nuevo, se encontró en una cama en la habitación de las alfombras azules con cuadros blancos. Descansaba sobre almohadas y sábanas tan suaves que no tenían igual en Lövdala. Junto a la cama había una mesa y sobre la mesa una bandeja y sobre la bandeja un plato, y cubriendo el plato había un paño.

Sintió un poco de hambre y se apresuró a retirar el paño del plato. Sin embargo, debajo no había nada comestible, sino una moneda de plata grande y brillante.

De momento, no entendió nada, pero luego lo hizo. Su tía había sabido por Pequeñita cuál era la situación. Estaba tan feliz y aquello la había conmovido tanto que se echó a llorar otra vez. Tras llorar un rato, se quedó dormida.

Durmió del tirón, hasta que el reloj de pared de la estancia principal dio las tres. Cuando levantó la mirada, la moneda de plata había desaparecido y en su lugar le habían servido una buena comida junto a

la cama. Al principio se asustó, porque la moneda había desaparecido, pero se dio cuenta de que ahora estaba en buenas manos, así que se calmó y comió.

Cuando hubo comido, volvió a estar tan conmovida por haber encontrado tanta bondad, que volvió a llorar. Y lloró hasta que se durmió.

La siguiente vez que se despertó, había anochecido. La estufa estaba encendida y su tía estaba sentada junto a la cama mirándola.

Lo primero que hizo fue pedirle disculpas, aunque luego le informó de que se había tomado la libertad de enviar la moneda de plata al hombre que se la había prestado. La habían llevado a Henriksberg esa misma tarde. El criado que había ido a llevarla tenía instrucciones de averiguar cuál de los herreros de allí había encargado el heno en Lobyn esa Navidad. Le daría la moneda y le mandaría recuerdos de parte de la hija del párroco. Su tía había pensado que eso era lo mejor. Puede que no fuera muy fácil para Maja Lisa conseguir un mensajero que fuera a Henriksberg desde Svartsjö.

Una vez más, la hija del párroco se sintió tan conmovida que apenas pudo contestar. Pero su tía no dejó que siguiera llorando, sino que comenzó a preguntarle sobre Lövdala. La mujer no quiso hablar de su madrastra ni de cosas tristes, solo de aquellas por las que no podía entristecerse. ¿Cómo estaba la abuela? ¿Su alcoba sobre la bodega estaba tan cuidada como siempre? ¿Y cómo estaba la vieja Bengta en la casa de los criados? ¿Seguía la casa de los criados tan sucia como antes? ¿Y el búho seguía en la buhardilla? ¿Y el tordo seguía cantando desde la punta del abeto en la roca de Vilarstenen las tardes de primavera? ¿Y seguía habiendo lirios del valle en el bosque de abedules detrás del jardín? ¿Y seguía en pie el antiguo cobertizo? Y el nuevo edificio de la rectoría que había levantado su padre, ¿era exactamente igual al anterior? ¿Y todavía tenían las ovejas en aquel redil viejo y oscuro?

Maja Lisa se quedó bastante sorprendida escuchando. No había nada que a su tía le quedara por preguntar.

Finalmente, habló un poco sobre sí misma.

—Te contaré que, al inicio de mi matrimonio, volvía a casa a Lövdala, tan a menudo como podía. Me di cuenta de que aquí en Svanskog eso no gustaba, pero iba de todos modos, porque lo echaba de menos. Me costó mucho acostumbrarme al principio. Tienes que saber que no fue muy fácil para mí. Tenía a mi suegra en mi contra, como ahora te pasa a ti con tu madrastra. También había alguien más, que

era bastante estricto y severo. No éramos tan buenos amigos como lo somos ahora, y eso fue lo peor. Pero luego me di cuenta de que cada vez que iba a Lövdala, se me hacía más difícil regresar. Hasta que un día me planteé cómo quería vivir. Yo había elegido este lugar para que fuera mi hogar, y aquí debía vivir. Era una tontería por mi parte pasar la vida añorando lo que había dejado atrás. Tomé una decisión: no volvería a Lövdala y tampoco me mezclaría con su gente. Tenía muchas ganas de alejarme de lo de antes. Eso era lo que tenía que hacer. Desde ese momento me tranquilicé y la actitud de los demás hacia mí cambió cuando entendieron que quería formar parte de esto de verdad.

»Cuando veníais a visitarme, me vigilaban. Sin embargo, me veían y se dieron cuenta de que me esforzaba por mantenerme alejada.

»Sí, había levantado un muro tan firme entre nosotros que creí que nada en el mundo podría derribarlo. Lo que nunca pensé fue que la hija del párroco de Lövdala vendría a mí, pequeña y débil, como lo era yo cuando tenía su misma edad, y me pediría ayuda. En ese momento, sentí que debía ayudar. No vayas a creer que tu presencia aquí vaya a ocasionarme problema alguno. ¿Sabes lo que acabo de hacer mientras dormías? Bueno, agarré a mi marido de la manga de la camisa y lo traje hasta la puerta para que te echara un vistazo. Y luego le conté lo que pasaba y le pregunté si tenía algo en contra de que te ayudara. Y lo que dijo fue lo siguiente:

—Ella, así como está, se parece muchísimo a ti cuando viniste a mí por primera vez, y quien no la ayude y la apoye tendrá que vérselas conmigo.

EL PÁRROCO FINÉS

¡Qué desastre! Maja Lisa no pudo evitar pensar en su madrastra. No se la pudo quitar de la cabeza en toda la mañana y, aunque sabía que estaría ocupadísima haciendo velas en Lövdala, no podía evitar dar un respingo cada vez que alguien abría una puerta, por temor a que la mujer entrara por ella y viese lo mal que se estaba portando.

¡Sería terrible que supiera que había dormido hasta las ocho de la mañana! Y peor aún: que su tía la había tratado tan bien que incluso había venido a traerle café a la cama, a pesar de que Su Majestad el Rey, en esta época, prohibía tomar café. Su madrastra era de las que seguían al pie de la letra todas las órdenes del Rey. Seguro que se habría indignado tanto que las mejillas se le habrían puesto más que coloradas.

O, si su madrastra hubiera visto que su tía ese día dejaba todo lo que tenía que hacer para sentarse en el banco entre la ventana y la amplia mesa para hablar con ella. O si hubiera oído reír a su tía cuando le contaba cosas de su madrastra y sus fechorías. Porque ahora, después de haber descansado, el llanto había quedado atrás y, no solo eso, sino que se reía de todos sus problemas. Seguramente su madrastra esperaba que su tía la tratara de la misma manera que ella lo hacía. Si hubiera sabido que se equivocaba se habría enfado y mucho.

Sin embargo, de habérsela encontrado a solas junto a su tía, no habría pasado nada. De haber llegado un poco más tarde, la cosa habría sido mucho peor.

A media mañana, llegó un viajero a la posada. Maja Lisa se apresuró a volverse hacia la ventana y vio a un hombre alto y apuesto que se bajaba de un pequeño trineo pintado de verde.

Iba vestido con ropa de lana cardada tejida en casa, tan clara que era casi blanca, y no llevaba pelliza, así que, por el modo en que estrechó la mano del posadero, se dio cuenta de que se trataba de un caballero.

Su tía estaba tan acostumbrada a los viajeros que ni siquiera se molestó en mirar. Maja Lisa tuvo que pedirle que se acercada a la ventana para hacerlo. En ese momento, le preguntó si sabía quién era aquel hombre tan apuesto.

Por suerte, su tía lo sabía. El que se encontraba allí fuera era el párroco de Finnerud, el pastor Liljecrona.

Ojalá hubiera estado allí su madrastra para ver el respingo que dio Maja Lisa al oír quién era el forastero. Su tía también se dio cuenta y sintió curiosidad. A la joven no le importó contarle a su tía, que era muy comprensiva, la historia de la torta salada y el sueño. Hubiera sido imposible contarle esa misma historia a su madrastra. Lo único que hubiera hecho sería mover la cabeza con desdén.

Su tía, en cambio, se lo tomó muy en serio.

—No sería un mal partido si pudieras conseguirlo —dijo—. No solo es guapo, también es un hombre bueno.

Maja Lisa estaba bastante sorprendida. Su tía no podía estar insinuando que se casara con el párroco de Finnerud, ¿verdad? Finnerud estaba muy lejos, en el norte, incluso más lejos que Västmarken. Y allí solo vivían los fineses, un pueblo que había llegado hacía unos doscientos años y que no hablaba sueco. Para ella, hablar de Finnerud era algo tan lejano como hablar de Laponia.

Sin embargo, su tía la tranquilizó. No debía darle miedo vivir allí. El pastor Liljecrona había sido el párroco de la localidad durante once años. Ahora, seguramente, se iría de allí para ser el párroco de Sjöskoga.

Entonces Maja Lisa empezó a entender por qué su tía se había emocionado tanto. Ella, que era hija de párroco, sabía que Sjöskoga era el mejor pastorado de la diócesis.

Sin embargo, a Maja Lisa no le importaban realmente ni Finnerud ni Sjöskoga. Su marido debía ser párroco de Svartsjö y vivir en Lövdala.

—Bueno, eso es lo que dices ahora, pero si encuentras el amor verdadero, no te importarán ni la finca ni la parroquia.

Su tía habló con tanta seriedad que Maja Lisa tuvo que volverse hacia la ventana y mirar fuera. Desde luego, aquel párroco era un hombre guapo de veras, con aquella figura majestuosa y aquellos ojos azules brillantes. Tenía una voz fuerte y alegre, que te llegaba hasta dentro. El posadero lo escuchaba con rostro complacido, y desde el

establo y el granero los criados se apresuraban para encargarse de su caballo.

—¡Mira cómo vienen de todas partes! Se nota que es el párroco de Finnerud el que ha llegado. A todo el mundo le agrada. Esperemos que no se marche de inmediato, sino que se quede un rato, para que puedas cruzar unas palabras con él.

Apenas su tía había dicho esto, se abrió la puerta y entró el párroco.

Mientras estaba de pie en la puerta, gritó que el posadero le había pedido que entrara al hermoso salón. Sin embargo, no quería quedarse allí solo. A la señora Margareta no le podía importar que se acercara a la estancia principal y charlara con ella, ¿verdad? Quizá tuviera que quedarse bastante tiempo esperando en la posada. Su hermano, el administrador de Henriksberg, había concertado una reunión con él aquí, pero todavía no había llegado. No sabía qué pasaba, había recibido el mensaje anoche y había emprendido el viaje temprano esa mañana. El administrador de la fábrica debería haber llegado antes que él.

Las palabras le salían a borbotones. Su tía fue a saludarlo, lo que hizo que Maja Lisa pensara que la mujer estaba tan contenta de verlo como todos los hombres que había fuera. Por fin, su tía pudo tomar la palabra para decirle que podía quedarse en la estancia principal tanto tiempo como quisiera. Quizá fuera la última vez que vendría. Lo felicitó por la gran responsabilidad que le había sido encomendada, aunque le dijo que ella echaría de menos no volver a verlo.

Él hombre hizo un movimiento impaciente.

—No sé qué hacer señora Margareta. Creo que tengo que renunciar a todo. Pero qué diablos... No, no puedo negarme, ¡soy párroco!

Eso último lo dijo al ver a Maja Lisa. La joven seguía sentada en el alféizar de la ventana y fue justo en ese momento cuando la vio, no antes.

Maja Lisa se avergonzó un poco cuando él preguntó en voz alta:

—¿Quién es su hermosa invitada, señora Margareta?

Su tía le contó quién era. No obstante, el hombre siguió comportándose de manera osada.

Claro, tenía que ser una de las hermosas hijas del párroco de Lövdala. ¡Ya era hora de que la conociera! Le había pedido muchas veces a la señora Margareta que lo invitara cuando su sobrina estuviera de visita, para comprobar si era cierto lo que la gente decía de ella.

Maja Lisa no solo estaba avergonzada, sino realmente asustada. No era decente estar escuchando tales cosas. Su madrastra… ¡Por suerte no

estaba allí, sino haciendo velas en Lövdala!

Su tía vio que estaba angustiada. Trató de hacer que él dejara de mirarla intensamente.

—¡No se le ocurrirá renunciar a Sjöskoga! —exclamó la señora Margareta. Tendría que estar feliz por que le hubieran adjudicado una parroquia tan grande siendo tan joven. Había oído decir que solo los viejos conseguían acceder a semejante pedazo de tarta.

Él se encogió de hombros. Nunca había tenido la intención de llegar tan lejos. La suerte había sido demasiado buena con él. Tenía suficiente con lo que tenía.

Pero lo había solicitado, ¿verdad?

Pues sí, claro, pues no fueron pocos los familiares que le habían estado insistiendo.

En ese momento se olvidó de Maja Lisa, como si nunca hubiera existido. Se quedó pensando en lo suyo, mientras iba arriba y abajo haciendo movimientos bruscos y frunciendo el ceño. Se agarró un rizo que le colgaba sobre la frente y se lo echó hacia atrás, pero el rizo volvía a caérsele. No parecía ni mucho menos cuidadoso con su apariencia. Sin embargo, tenía que admitir que era tan guapo que daba igual lo que hiciera. Finalmente se detuvo frente a la tía y le preguntó si podía pedirle consejo. Porque había pensado mucho sobre el asunto. No sabía qué hacer.

Al oírlo, Maja Lisa se levantó. No debía quedarse escuchando sus secretos. Pero él era de los que lo percibía todo. Tan pronto como se dio cuenta de que ella se estaba moviendo, le pidió que se quedara sentada. Le encantaba tener algo hermoso hacia donde mirar.

¡Qué curioso que se hubiera acostumbrado tanto a él que ni siquiera se sonrojaba! En fin, tampoco había nada de qué avergonzarse. Después de todo, veía que la miraba como si fuera una preciosa muñeca. Lo que no se le ocurrió fue que esa muñeca pudiera oír y pensar.

Cuando el hombre empezó a hablar con la tía, se sentó en la amplia mesa, de espaldas a la hija del párroco. La joven pensó que él se había olvidado de ella por completo. Pero de repente, él se volvió y se sentó a horcajadas sobre una silla, mirándola fijamente.

Bueno, en primer lugar, quería preguntar si la señora Margareta sabía algo sobre qué había dicho la gente de Finnmarken desde que llegó allí. ¿Sabía que desde que diera el primer sermón en la capilla de Finnerud, los ancianos fineses no habían dejado de preguntarse qué podía haber hecho mal para que lo hubieran enviado allí?

Su tía quiso responder, pero él no le dio tiempo. Sí, era cierto que se

lo habían preguntado, y quizá tuvieran motivos para hacerlo. Sabían el tipo de vivienda que podían ofrecer a su párroco y el sueldo que allí le pagaban. También sabían que allí no conseguían más párrocos que aquellos que nadie quería. Y ahora que le habían visto…

Impotente, el hombre se interrumpió y no supo cómo proceder, pero la tía de Maja Lisa completó la frase por él.

—Han debido de pensar que el nuevo pastor era demasiado joven y bien parecido como para aceptar un cargo en un lugar tan alejado como este.

Él siguió hablando a toda velocidad. Bueno, vieron que no era muy mayor, y aunque no entendían lo que decía, pues hablaba en sueco, se dieron cuenta de que sabía hablar y cantar. Todos estaban de acuerdo, hombres y mujeres: aquel era un pastor que podía vivir en una buena rectoría con los techos altos y grandes ventanales de cristal. De no haber habido algo extraño, nunca se hubiera mudado a un sitio como aquel.

—Puede que fuera lógico que pensaran así.

—Supongo que sí. Al llegar, pidieron a todos aquellos que viajaban a tierras suecas para vender pieles de oso o de oveja que preguntaran qué le pasaba al párroco.

Saltó de la silla y caminó de un lado a otro por la estancia. Todavía le molestaba todo aquello. La tía de Maja Lisa se rio y preguntó si los viajeros se habían enterado de algo.

—Y, ¿qué iban a descubrir? No se habían enterado de nada más que del hecho de que estaba en Finnerud por petición propia.

Los ancianos fineses no sacaron nada en claro. No podían creerse que alguien hubiera ido allí solo porque estaban abandonados, desatendidos y separados de su propia gente. Tenía que haber algo más.

—El pastor sabe que allá en Finnmarken saben mucho. No se podían imaginar otra cosa.

—Cuando supieron con certeza que no había ido a parar allí porque hubiera hecho algún daño a alguien, tuvieron que creérselo. Pero no estuvieron satisfechos hasta que llegaron a su propia conclusión. Lo más probable era que el hombre hubiera ido allí siguiendo su vocación. Sin duda, se marcharía tan pronto como se sintiera cómodo en un púlpito.

—¡Y tampoco acertaron en eso!

—No, claro que no. Llevo allí once años —dijo riéndose de manera airada—. Y todavía le siguen dando vueltas a ese asunto. No hay ningún terrateniente en la parroquia con quien hablar. De haberme lamentado por la soledad que me rodea, me habrían entendido. Y si me

hubiera encerrado en la rectoría con mis libros como compañía, lo habrían entendido. En cambio, un párroco que siempre está en la calle, contento hablando con los grajeros fineses, que les pregunta cómo extraen la turba o cómo la queman, y que va con ellos de caza, no, es un párroco al que no pueden entender.

Sentado de nuevo a horcajadas en la silla, la giró de modo que se quedó frente a Maja Lisa. Pero siguió hablando con su tía.

Cuando llevaba unos años en Finnerud, un domingo comenzó a predicar en finés. Todos en la iglesia se pusieron a llorar emocionados. Y ciertamente no pensaron en ello, hasta que terminó el servicio. Sin embargo, en cuanto salieron de la iglesia, siguieron como antes. ¿Qué hacía un párroco hablando finés? Habían ido a ver a Pekka, que era un criado de la rectoría, para preguntárselo. ¿Quizá el párroco quería una nueva casa parroquial? Pekka nunca había notado nada raro, el párroco parecía feliz de vivir en una cabaña sencilla de una sola habitación, sin chimenea y que solo tenía una lumbre baja que, para evacuar el humo, contaba solo con una trampilla en el techo. Eso todavía lo entendían menos. Al final, uno se hartaba de tanta sospecha.

—Sin duda, el pastor debe de saber que aquí no siempre se ha tratado bien a los fineses.

¿Cómo era posible que no entendieran algo tan sencillo como su deseo de querer hacer el bien? Si se le hubiera puesto cara de pena, como si hubiera estado llorando la pérdida de la juventud allí entre unos labriegos fineses pobres, lo habrían entendido. Lo que no entendían era que pareciera feliz y contento.

Un año estuvo hablando con unos cuantos niños fineses, para que acudieran a él para aprender sueco, de manera que no estuvieran tan indefensos como sus padres frente a las autoridades, o para poder vender en los mercados de la campiña sueca. Pero cuando los ancianos del lugar se enteraron de que los niños empezaban a hablar sueco, volvieron a preocuparse. Y volvieron a hablar con Pekka. ¿Acabo estaría buscando que le pagaran un sueldo mejor? Pekka les hizo saber que nunca había oído nada al respecto, salvo que el párroco estaba satisfecho con un salario que no era mayor que el que tenía el criado de un granjero sueco. Pekka era el único allá arriba que tenía un poco de sentido común.

Lo mismo había sucedido cuando enseñó a las mujeres finesas a cultivar lino. Las había acompañado y se lo había enseñado todo, él mismo lo había sembrado, peinado y sacudido. Pero en cuanto tuvieron su propio lino para hilar en sus casas, la preocupación volvió. ¿Por qué

les había enseñado el párroco a cultivar lino? Nadie lo entendía. Tuvieron que volver a acudir a Pekka. ¿Acaso era que el párroco quería que hicieran un camino nuevo hasta la rectoría? Pekka respondió que el hombre estaba satisfecho con el camino que tenía, aunque estuviera lleno de baches y agujeros que impedían llegar hasta allí a caballo, excepto en invierno con el trineo.

Sí, claro, eso era molesto, la señora Margareta lo entendía. ¿Sería por eso por lo que quería marcharse?

Sin duda, había contribuido. Le daba pena no haber podido llegar a ganarse la confianza de sus feligreses. Pero lo peor había sido, que su propia madre siempre se lo había suplicado, ella y toda la familia. Eran tan pesados como los agricultores fineses. Su madre le escribía sin cesar diciendo que estaba malgastando su vida. Lo tentó a que se mudara hacia el sur, tan pronto como un distrito parroquial decente quedara vacante. Seguramente, aquello había sido la gota que colmaba el vaso, pues el estaba decidido a esforzarse en su apostolado. ¿Pero cuando Sjöskoga…

Se interrumpió, se levantó y se colocó frente a la hija del párroco y la miró.

Pensativo dijo que, por supuesto, nunca podría conseguir a una mujer como ella, si se quedaba en Finnerud.

En ese momento quedaba clara una cosa: la consideraba hermosa. Pero tampoco había nada más. La miró sin más, como si fuera una imagen inanimada. Ni su propia madrastra habría visto la más mínima ternura en las largas miradas que le dedicaba.

Poco después, volvió a hablar de sus preocupaciones.

Cuando Cameen, el anciano viudo y pastor titular de Sjöskoga murió ese verano y su puesto quedó vacante, se le ocurrió que debía presentar una solicitud. Pensó que hacerlo haría que su madre se alegrase, aunque no creía que le dieran el puesto. Sjöskoga siempre caía en manos de algún antiguo catedrático o de un párroco escolar, de alguien que hubiera solicitado el puesto directamente al rey. Menuda cara pondrían en Finnerud, le hubiera gustado verlo. En cualquier caso, fue a Karlstad con los documentos por puras ganas de hacer una travesura.

Vaciló muchas veces por el camino. Quizá la gente se burlaría de él. Para un párroco de Finnmark, solicitar el puesto en aquella parroquia era mucho pretender. Aun así, viajaría a Karlstad. No entregaría su solicitud hasta que averiguara quién más estaba interesado en el puesto.

El viaje le tomó más tiempo de lo que pensaba, y llegó a la ciudad, solo una hora antes de la hora límite para entregar la solicitud. Apenas

tuvo tiempo de dejar el caballo, tuvo que apresurarse hacia el consistorio.

Cuando subió las escaleras, se arrepintió de nuevo, y estuvo a punto de dar media vuelta.

Pero el notario era un buen amigo suyo, y como estaba allí, quiso entrar a saludarlo. No mencionaría Sjöskoga. Podría decir que había viajado a Karlstad para visitar a su madre.

Apenas había asomado la cabeza por la puerta cuando el notario le gritó:

—¡Por fin viene alguien a solicitar el puesto en Sjöskoga! Le he estado esperando durante todo el periodo de solicitud.

Al principio, pensó que le estaba gastando una broma, sin más. Le dijo que había ido a la ciudad para ver a su madre. ¿Cómo podía creer que solicitaría el puesto en Sjöskoga? Estaba claro que Su Majestad el Rey le daría ese puesto a algún lumbreras de la Universidad de Uppsala o Lund.

—Eso es lo que todos esperan, —dijo el notario del consistorio—. Por eso nadie se atreve a solicitarlo. Sin embargo, los tiempos han cambiado, son distintos de los del último rey. Al verle me he alegrado, pues no he recibido más que dos solicitudes. Deberíamos tener al menos una más. ¡Acérqueme los papeles!

De esa manera, lo engatusaron para que presentara su solicitud. Cuando llegó a casa, estuvo un par de días preguntándose si serviría de algo. Pero en cuanto se sumergió de nuevo en sus quehaceres, se olvidó de todo aquello. Hasta que, un buen día, llegó una carta del consistorio. Habían revisado las tres solicitudes y dentro de unas cuantas semanas lo esperaban en Sjöskoga para que diera un sermón de prueba.

Eso no le produjo ninguna alegría, ni siquiera durante un segundo. Más le hubiera valido retirar su solicitud, aunque no lo hizo, pues tampoco quería que se dijera que predicar en una parroquia le daba miedo, cuando en dicha parroquia había tantos campesinos importantes y tanto señorío. La señora Margareta sabía que él pertenecía a una antigua familia de párrocos. No quería que la gente pensara que era peor que su padre o su abuelo. Así que fue y lo intentó, mientras los feligreses lo seguían con bastante devoción en la iglesia. Aunque no sabía qué les parecía. No obstante, al regresar a casa estaba bastante contento. Por fin había terminado esa historia. Pero poco antes de Navidad, se le informó de que se había votado para elegir candidato y que él había resultado elegido por unanimidad.

Lo dijo con tal cara de preocupación que la señora Margareta tuvo

que reírse.

Si no quería, podría retirar su solicitud, ¿no?

Eso era lo que había intentado hacer, pero luego llegó una carta del propio obispo, instándolo a quedarse y ser nombrado. Su madre se enteró, le escribió, le suplicó y rogó que no desperdiciara su felicidad. Y no solo su madre, sino sus hermanos y primos. Nunca se había fijado en que tenía una familia tan numerosa.

—También tenían razón, por supuesto. El pastor no podía…

Él la interrumpió. Ahora casi se había puesto a correr por la estancia, llevándose los puños a la frente como si estuviera desesperado, triste. Era por culpa de los dichosos campesinos fineses. ¿Sabía la señora Margareta lo que habían hecho? Cuando se enteraron de que podía marcharse, talaron árboles en el bosque y los trasladaron a la rectoría para construir una vivienda nueva. Aunque no le habían subido el sueldo, habían hecho otras cosas. Un día le dejaron una piel de alce recién curtida en el trineo; en otra ocasión se encontró con un gran cuenco de mantequilla delante de la puerta. No decían nada cuando se los cruzaba, pero cuando estaba en el púlpito, todos tenían los ojos fijos en él, tanto los mayores como los pequeños. Se daba cuenta de que estaban pensando, todos y cada uno de ellos: «No puedes querer abandonarnos. Si es así, ojalá nunca hubieras venido».

Así que ahora, por fin, supo que querían que se quedara. Se acercó a la tía, se sentó a su lado y la tomó de la mano, una mano marcada por el trabajo duro.

—Piense, señora Margareta, si alguien viniera ahora y le dijera que tiene la oportunidad de mudarse a una gran mansión con la condición de que deje esta granja y todo lo que ha hecho aquí durante toda su vida. ¿Qué haría? —preguntó tan hermosa y sinceramente, que tanto a la tía como a Maja Lisa se les llenaron los ojos de lágrimas.

Pero lo que pretendía contestar la tía, nadie lo supo, porque Maja Lisa no pudo quedarse callada por más tiempo. Corrió hacia el párroco con las mejillas encendidas y la voz temblorosa por el entusiasmo y le dijo que debía quedarse en Finnerud. ¿Por qué tenía que mudarse a Sjöskoga? Seguro que allí se las apañarían sin él. ¡Él, que había hecho tanto por los campesinos fineses! No podía creerse que pensara abandonarlos.

Habría podido seguir hablando, de no haber sido porque alguien abrió la puerta. Entonces perdió el hilo, y aunque no era su madrastra, sino solo una de las criadas, se quedó completamente confundida y no pudo continuar.

Pero el joven párroco había entendido lo que ella quería decir. Se levantó y corrió hacia donde estaba. Abrió los brazos. Parecía como si fuera a abrazarla, pero lo único que hizo fue tomarle las dos manos y apretárselas entre las suyas.

—Señorita Maja Lisa, querida señorita Maja Lisa —dijo con mucho cariño—. Es usted la primera de mi posición social que cree que lo estoy haciendo bien allí. Se lo agradezco desde el fondo de mi corazón. Desde luego, desde luego voy a…

Se interrumpió en el mismo instante en que iba a hacer su promesa. Se quedó sin voz, las manos le temblaron y cuando la hija del párroco lo miró sorprendida a la cara, notó que todas las facciones le temblaban con una pasión intensa. Él se dio la vuelta, caminó por la estancia y regresó para inclinarse hacia ella y decirle con voz emocionada:

—Renunciaré si soy capaz. Si soy capaz, será gracias a usted, señorita Maja Lisa.

EL HERRERO DE HENRIKSBERG

Maja Lisa estuvo pensando durante todo el día en su madrastra pero, por la tarde, sentada junto al fuego del salón con el párroco Liljecrona y los demás habitantes de la casa, dejó de hacerlo. Estuvieron escuchando al herrero de Henriksberg, alto y moreno, que tocaba el violín del posadero apoyado en uno de los grandes armarios.

Se lo estaban pasando tan bien que fue en ese momento cuando Maja Lisa entendió cómo su tía podía disfrutar siendo la esposa de un granjero. Era muy relajante estar junto al fuego por la tarde junto a tu esposo y con los criados alrededor, cada uno ocupado en sus quehaceres y todos divirtiéndose y con ganas de charlar. Hablaban entre ellos, el criado y el amo, la señora de la casa y la criada, como si no hubiera diferencia entre ellos. Pues ¿acaso no era una bendición vivir como un señor sin tratar de ser más que la mayoría? ¿Se cosechaba algún beneficio que no fuera la soledad y la tristeza?

¿Dónde podía encontrarse tanta seguridad y protección como en una vieja granja? Maja Lisa era de la opinión que allí se estaba más cerca de la tierra que en cualquier otro lugar, que se vivía sobre cimientos más firmes y no se estaba expuesta a tantos trastornos.

Y por todas partes tanto cambio, tantos peligros. Ahora, mientras el herrero tocaba, recordó lo que acababa de oír ese mismo día sobre el administrador de Henriksberg, que había sido un gran violinista hacía tiempo.

El párroco Liljecrona era quien le había hablado de su hermano. Lo había estado esperando en Svanskog todo el día, y probablemente por eso habían empezado a hablar tanto de él.

Maja Lisa estaba encantada, pues el apuesto párroco, que al principio

solo la miraba como a una muñeca, apenas había hablado con nadie más que con ella desde el momento en que ella, por así decirlo, se había acercado a él y le había dicho que tenía que quedarse en Finnerud y que se olvidara de Sjöskoga.

Fue en aquel momento cuando el hombre debió de darse cuenta de que ella también era un ser humano. A partir de ese momento, había dejado de mirarla como si fuera una muñeca y no había dejado de charlar con ella durante toda la tarde. Había sido estupendo, pues aquel era un hombre bondadoso, sincero, que se comportaba con naturalidad. Le había resultado tan fácil hablar con él como con su padre.

Después del almuerzo habían salido a caminar juntos, pues el hombre no soportaba estar cerrado durante mucho tiempo. Habían ido por un camino rural y había llegado el anochecer mientras hablaban de su hermano.

Los Liljecrona eran de una antigua familia de párrocos, igual que la suya. Maja Lisa podía presumir de que tanto su madre como su abuela y su bisabuela habían sido esposas de párrocos en la misma congregación, pero él también podía decir que su padre, su abuelo y su bisabuelo habían sido pastores titulares de la misma parroquia.

Si no hubiera muerto su padre, entonces Sven, que era el más joven de los hermanos, habría podido estudiar como los demás. Pero cuando su madre quedó viuda con muchos hijos a su cargo, el chico no pudo seguir en escuela. Por otro lado, un viejo amigo del párroco Liljecrona, el señor Altringer, patrón de la fundición de hierro de Ekeby, se había ofrecido a encargarse de él con la condición de que pudiera criarlo como herrero. Su madre había aceptado esta oferta con la mayor gratitud. Así, cuando Sven tenía catorce años fue enviado a la fundición de Henriksberg, que Altringer acababa de adquirir. Su benefactor quería que aprendiera el oficio y todo lo que implicaba, con lo que tuvo que empezar por la oficina, llevar el carbón a la herrería y hacer de recadero.

Sven siguió ocupándose de esas tareas hasta los dieciséis años. Pero entonces, un día, uno de los herreros se puso muy enfermo. Hicieron llamar al administrador de la fundición. Cuando este fue a verlo, se detuvo en la puerta de la habitación del herrero, lo miró un momento y luego fue directamente a la oficina, donde el inspector estaba escribiendo.

—Inspector, tiene que ocuparse de la fundición un par de días —dijo el administrador—. Voy a viajar a la zona finesa a comprar carbón.

Se fue, y el inspector se tiró en el sofá de la oficina, pensando que

era una maravilla ser el que mandaba. Sin embargo, no pasó mucho tiempo hasta que lo llamaron de la fundición. Uno de los cerrajeros había enfermado al igual que el herrero. El inspector bajó de inmediato para ver al enfermo, se quedó en la puerta de la habitación, lo miró un rato y luego se fue directamente al río, donde el aprendiz, como de costumbre, estaba pescando alburnos.

Le pidió a Sven que lo acompañara a la oficina.

—Escucha, Liljecrona —dijo—, el administrador se ha ido, y yo me voy a Björnidet a una fiesta. Tienes la oportunidad de cuidar de la fundición durante un par de días. Aquí tienes las llaves y aquí está la caja del dinero. Todo lo que necesitas hacer es asegurarte de que la gente trabaje como de costumbre.

Dicho esto, se marchó, y el aprendiz se sentó en la silla de la oficina pensando que era fantástico hacer de dueño en Henriksberg. Pero la noticia de que los enfermos habían empeorado no tardó en llegar. Bajó corriendo y entró en la habitación del herrero, pero no se paró en la puerta como los demás, sino que se acercó al enfermo, que yacía allí tirado, enrojecido e hinchado, con un aspecto horrible.

—¿Sabe qué tipo de enfermedad tiene usted? —le preguntó al herrero.

—Es viruela —contestó el herrero—, y ahora, Sven, usted subirá a la oficina, y del armario donde el administrador tiene los medicamentos, me traerá el alcanfor y las gotas ácidas. Si es que se atreve a quedarse y no se marcha como los demás.

Y Sven se quedó, a pesar de que casi todos los trabajadores de la fundición acabaron por caer enfermos. Ni el administrador ni el inspector se interesaron por nada y el médico estaba a cien kilómetros. Él y una vieja ama de llaves iban entre los enfermos dándoles las medicinas que había. Algunos murieron y otros se recuperaron. Sin embargo, como la epidemia no iba a durar siempre, al final terminó. Y luego todo volvió a la normalidad. El inspector se pasó cinco meses divirtiéndose. Luego regresó. El administrador se pasó seis meses comprando carbón. Luego él también volvió. Así que el aprendiz volvió también a barrer la oficina y a pescar alburnos en el río, como hacía antes.

Pero a pesar de que la fundición de Henriksberg estaba lejos de la civilización, la historia se conoció a lo largo y ancho del país. Y un día, Altringer, el patrón de la fundición, vino de visita. No dijo palabra sobre el asunto ni al administrador ni al inspector, solo preguntó cómo se comportaba el joven Liljecrona. El administrador de la fábrica le dio

unas referencias bastante buenas. Pensaba que el chico podría aprender a ser un buen trabajador si mostraba un poco más de interés. No es que fuera un incompetente, pero sí holgazaneaba un poco, como si el funcionamiento de todo aquello no fuera con él. Altringer pidió que se lo trajeran a la oficina y, cuando llegó, lo miró fijamente a los ojos y le preguntó por qué no se había marchado, él como los demás, cuando empezó la epidemia de viruela.

Sven no respondió. Simplemente se puso colorado, como si esto fuera lo peor que alguien podría haberle preguntado.

—¿No tenías miedo?

—Pues sí.

—¿Creías que estabas a cargo de la fundición?

—Claro que no.

Pero Altringer, al final, consiguió que le dijera la verdad. El joven se había quedado porque el violín del administrador estaba colgado en la pared de la oficina. Podía tocarlo todos los días, cuando estaba solo.

—¿Ah, sí? ¿Te gusta tocar el violín? —le había preguntado Altringer —. Le pediremos al administrador que te lo preste una vez más y toques para nosotros.

Y a Sven no le dio miedo. Lo afinó y tocó una sencilla melodía que había aprendido de los herreros. Altringer se rio al principio, pero pronto se puso serio. Notó que el chico agregaba algo a la conocida melodía, haciendo que sonara de una manera completamente nueva.

—¿Sabes qué? —dijo Altringer—, mañana viajarás conmigo. Iremos a Estocolmo para que asistas a clases de violín.

Maja Lisa pensó que aquella era una historia muy hermosa. Pero había una cosa que no podía entender. ¿No le había ido bien en Estocolmo? ¿Por qué había vuelto a Henriksberg?

Sí, sí que le había ido bien. Durante cinco años estuvo estudiando en Estocolmo, pero entonces ya era un maestro, sabía tanto que nadie en este país tenía nada más que enseñarle. Altringer estaba satisfecho con él y pensaba en enviarlo al extranjero, para que no tuviera que ser menos que nadie.

Pero hacía tres años había pasado algo. Sven había llegado un día de forma del todo inesperada a Ekeby, para preguntarle a Altringer si no tenía un puesto de inspector en alguna de las muchas fábricas que tenía.

—Bueno, seguro que podríamos encontrar algo, —dijo Altringer—. ¿Tienes algún buen amigo que necesite el puesto?

No, Sven quería pedírselo para sí. Había estado tantos años en la

fundición que pensaba que podría hacer bien el trabajo de inspector.

—¿Y la música?

Se acabó la música. No volvería a asir un arco para tocar. Altringer lo miró más de cerca. Sven siempre había tenido ojos un poco tristes, pero en aquel momento todo él era la imagen del dolor.

—Veo que te ha pasado algo grave —siguió Altringer—. Me lo tienes que contar. Te diré que, justo cuando entraste en la oficina, estaba calculando si podía permitirme enviarte al extranjero.

Sven tuvo dificultades para responder. Se mordía el labio mientras luchaba por mantener la voz firme.

—¿No se ha enterado usted de lo que pasó la última vez que toqué?

No, Altringer no había oído nada, así que tuvo que contarle lo sucedido. Se celebraba una gran fiesta en una mansión en Näset, y él estaba entre los invitados. Habían tocado música de baile en un piano viejo que estaba desafinado. Fue un baile sin vida. Entonces sacó su violín y de inmediato la cosa cambió. Jóvenes y ancianos se movían, y cada vez que quería parar, aplaudían y marcaban el compás con los pies, gritando que tenía que empezar de nuevo. Pero al final sucedió algo terrible. Una de las hijas de la casa, que había estado bailando con demasiado entusiasmo uno de los bailes con más ritmo, se desplomó en los brazos del caballero que la acompañaba y luego cayó al suelo. Y no se volvió a levantar. Había muerto.

Altringer comprendía que algo así resultaba duro de asumir, pero no creía que aquel joven tuviera que desviarse por eso.

—Tienes que superarlo —dijo—. Fue un accidente que le pudo haber pasado a cualquiera. Creo que el caballero que bailaba con ella fue el mayor de los culpables.

—No —replicó Sven—, fui yo quien la obligó a bailar. Toqué para ella toda la noche. Me encantaba verla bailar. Bailaba vivaz, ligera como si fuera una llama. Bailaba para mí y yo tocaba para ella.

Altringer simplemente se encogió de hombros.

—Eso son tonterías. Quizá no sea extraño que ahora te sientas así, ha pasado poco tiempo, pero la semana que viene te enviaré al extranjero y se te pasará.

—No, patrón, no se me pasará. Dondequiera que me envíe, nunca podré olvidar que alguien perdió la vida con mi música.

Altringer lo miró una vez más.

—¿Estabas enamorado de ella?

—Sí —contestó Sven—, le había propuesto matrimonio esa misma noche.

El hombre no dijo una palabra más sobre el viaje de Sven al extranjero.

—Serás el administrador de Henriksberg durante el tiempo que te haga falta hasta que se te olvide —declaró—. No creo que sepas todo lo que se necesita para encargarse del puesto, pero sí que puedes aprender, y por eso sé que puedo confiar en ti.

Y de esa manera, Sven Liljecrona dejó de tocar el violín y se convirtió en el administrador de la fundición.

Maja Lisa había escuchado en completo silencio sin interrumpir. Le resultó extraño pensar que, pronto, conocería al protagonista de aquella triste historia, una persona capaz de albergar dentro de sí un amor tan profundo como aquel.

Durante mucho rato fue incapaz de decir nada, pero de repente se volvió hacia el pastor Liljecrona y le preguntó si su hermano era moreno.

Sí, desde luego que lo era, muy moreno, como la noche.

Poco después, pensó que había sido una pregunta bastante estúpida. Sin embargo, mientras el pastor hablaba de su hermano, ella se preguntaba si se parecería al alto y moreno herrero de Henriksberg. ¿Tendría los ojos tan tristes y llenos de congoja como él? No sabía decir por qué, pero ambos se habían fusionado en uno en su imaginación.

E incluso en aquel momento, mientras el herrero tocaba alegres polkas junto al armario, le costaba trabajo no creer que fuera él quien había pasado por todo lo que le habían contado esa tarde.

Había llegado con el trineo, mientras Liljecrona y ella paseaban juntos por la carretera, justo cuando se había hecho tan oscuro que ambos empezaron a pensar en regresar. El trineo pasó junto a ellos a tal velocidad que no habían tenido tiempo de ver quién lo llevaba. Liljecrona pensó que debía de ser su hermano, de Henriksberg, quien finalmente había llegado. Sin embargo, a Maja Lisa le había parecido ver que era el herrero quien iba sentado en el trineo, aunque no había dicho nada.

¡Y fue así! Cuando llegaron a la granja, el posadero estaba en las escaleras y les dijo que había llegado un hombre de Henriksberg con un mensaje: decía que el administrador no podía reunirse con su hermano en Svanskog ese día. En cambio, traía una carta para él. Bueno, el hombre estaba metiendo al caballo en el establo, por si el pastor Liljecrona quería verlo.

Liljecrona fue al establo y Maja Lisa buscó a su tía, que debía de estar en el salón. La mujer estaba sentada con sus criadas frente al gran

fuego de leña hilando. Maja Lisa se sentó junto a su tía y se puso a pasarle la lana cardada. Después llegaron el amo y los criados con sus diversas tareas, y entre todos, el círculo de gente reunida en torno al fuego creció. Por último, entró el pastor Liljecrona y el herrero con él. Ambos se marcharían juntos esa misma noche a Henriksberg, pero primero, el caballo tenía que descansar. El atractivo párroco buscó un lugar para él lo más cerca posible de Maja Lisa, pero el herrero se sentó en la parte más oscura de la estancia, tan lejos de ellos como pudo. Estuvieron charlando y riendo, contando historias, hasta que su tía se volvió hacia el herrero y le preguntó si no le apetecía tocar unas cuantas canciones para ellos. La mujer había oído decir que sabía tocar.

El herrero no se resistió mucho tiempo. El posadero le prestó su viejo violín y el joven se puso en pie y empezó a tocar polkas y viejas melodía, ni mejor ni peor que lo haría cualquier violinista del campo.

Maja Lisa no pudo evitar sentirse un poco decepcionada. Lo que ella había soñado era algo muy distinto y le costaba discernir entre imaginación y realidad. Estuvo pensando toda la noche en aquel hombre, que había tocado la danza de la muerte para su amada, pero a quien veía ante ella era al herrero. En cierto modo, había temido que el poder de su arco al tocar hubiera sido tan grande y peligroso que tocara y acabara con la vida de todos los presentes.

No obstante, seguía sin librarse del sueño y, sin darse cuenta, volvía a mirar al herrero, preguntándose si ya no pensaría en nadie más que en ella, la joven a la que había perdido.

El herrero llevaba un gran abrigo de piel, rígido y ajustado, que acabó quitándose para poder mover mejor los brazos. En ese momento, ella le dedicó una mirada furtiva y al hacerlo vio que, de la cadena del reloj que le colgaba del bolsillo, había sujeta una moneda de plata grande y brillante.

Maja Lisa dio un respingo. ¿Sería la moneda de plata que ella le había enviado? Los herreros solían ser muy pobres. ¿Cómo podía ser que este tuviera un reloj? ¿Se lo habría regalado el administrador? E incluso, aunque ese fuera el caso, ¿cómo podría permitirse ir con una moneda de plata colgando de la cadena del reloj? No sería…

Se sorprendió a sí misma por haberse quedado quieta y no levantarse de repente gritando al darse cuenta de la relación que había en todo aquello.

¡Era él! Era Sven Liljecrona, el que estaba allí. Él era el violinista que había tocado hasta que su amada murió. Estaba tan segura que podría haberse acercado a él y pedirle que no disimulara más. Sabía quién era.

Que hubiera ido a Lobyn aparentando ser un sencillo herrero hacía un par de semanas era algo que no podía entender. Quizás se había vestido así porque le resultaba más cómodo cuando salía a visitar a los campesinos. Y como nadie lo reconoció, todos lo tomaron por herrero y él permitió que siguieran creyéndolo. Puede que le hubiera dado vergüenza decir quién era en realidad, allí, en mitad de la celebración de una boda.

Dejó de pasarle la lana a su tía y se tapó los ojos con las manos. ¿Por qué había venido hoy vestido de la misma manera?

No tuvo que pensarlo mucho. Todo le quedó claro de inmediato. Él quería algo. Esta vez tenía una intención determinada. Deseaba que su hermano y ella…

Le pareció algo dulce y extraño a la vez. Comprendió que él había querido que su hermano y ella se conocieran y tuvieran tiempo de hablar. Seguramente, cuando la noche anterior le habían dado la moneda de plata había enviado al mensajero para que llamara a su hermano y lo trajera aquí a Svanskog. Y había hecho que se quedara aquí esperando, todo el día. Cuando ya era bien entrada la tarde, apareció como un simple herrero. No quería dejarse ver. No quería que ella pensara en nadie más que en su hermano.

¡Y ahora estaba tocando polkas sencillas para divertir a los campesinos! Había dicho una vez que no volvería a tocar, así que, lo que estaba tocando en ese momento no era para él, seguramente, música de verdad.

No era su mente la que le decía todo aquello. Tenía la sensación de que podía adivinar en qué estaba pensando él. Y no sabía si reír o llorar por él.

Una cosa era segura, que el herrero la apreciaba, porque había organizado aquel encuentro entre su hermano y ella. ¿O lo habría hecho solo porque ella le daba pena al ver que lo pasaba mal en su casa? Quizá lo que quería era conseguirle un buen amigo, uno inteligente, que pudiera alejarla de todo aquello.

Porque a él lo embargaba un gran dolor. Un dolor del que jamás podría escapar. Su amada estaba muerta y nunca la olvidaría. Para él, Maja Lisa Lyselius no era más que una pobre niña a la que conoció cuando estaba sentada en un rincón de la cocina llorando y a quien quería ayudar para que fuera feliz.

Tuvo que levantar la cabeza para mirar a los demás. Le entraron ganas de llorar al pensar que aquel joven no le pedía nada a la vida.

Pero en ese momento, al abrir los ojos, se le empezaron a pasar

muchas cosas por la cabeza. Estaba triste y contenta al mismo tiempo, y muy muy lejos de todo lo que habitualmente la atormentaba. De pronto, alguien abrió la puerta y asomó la cabeza.

Ella miró a quien entraba, como si fuera una extraña, y no se acercó a ella. Su tía apartó la rueca y se levantó, pero Maja Lisa permaneció inmóvil y no pudo dejar de lado sus pensamientos. Apenas podía entender quién había venido cuando oyó a la extraña decir con voz áspera que había venido con Bengt, el Alto, para llevarla a casa. Su tía Le dijo a la recién llegada que no podía tener tanta prisa como para que no pudiera quitarse el abrigo y cenar, antes de emprender el viaje de vuelta a casa.

EL ALFÉREZ

La nueva esposa del párroco de Lövdala tenía la costumbre de usar a todo el mundo para enviar mensajes y hacer pequeños recados. Ya fuera un granjero o un caballero que pasaba por delante de la rectoría, ella solía pararse en las escaleras de la cocina saludando y gritando hasta que se detenían. Luego les tocaba a Maja Lisa o a Pequeñita correr hasta la carretera y pedir a los viajeros que fueran tan amables de llevar media libra de mantequilla que la señora Raklitz había vendido a la familia del capitán de Berga, o devolver una lanzadera que le había prestado la anciana señora Moreus.

A veces encontraba formas de pedir cosas que eran a la vez complicadas y pesadas, así que a la gente le daba miedo tomar la carretera que pasaba por Lövdala. Nadie se atrevía a decirle que no a la esposa del párroco y no podían pasar por allí sin que ella los viera.

Tenía una habilidad inusual para hacer que la gente se encargara de sus asuntos. Incluso fue capaz de conseguir que el alférez Örneclou, un hombretón que era un bribón, le hiciera un favor.

Cuando el alférez Örneclou llegó a Lövdala la última semana de enero, no parecía que fueran a ser amigos. Siempre venía en esa época y se quedaba ocho, quince días. Pero la esposa del párroco decidió tan pronto como llegó el alférez, que se encargaría de que ese vago no se quedara mucho tiempo en la rectoría. Acababa de empezar con todas las tareas que venían tras las fiestas de Navidad y no quería extraños en la casa de los que tener que ocuparse.

Y es que no solo había que ocuparse del propio Örneclou, sino también de su caballo pues, a pesar de lo pobre que era, tenía uno. Había que alimentar y cuidar al animal, al igual que al amo.

La esposa del párroco hizo todo lo posible para que se sintiera incómodo. Primero, lo llevó hasta la peor habitación de invitados, en la que la criada dejó la pesada bolsa de lona, donde él tenía sus rizadores y pelucas. Örneclou estaba acostumbrado a hospedarse en la mejor habitación, donde había una chimenea y una cama con dosel, con bonitas almohadas y edredones de plumas. Pero aun así, se le veía complacido, incluso más que cuando estaba en la mejor.

El hombre decía que siempre había querido hospedarse allí. En esa habitación, a la que llamaban «el cuarto nocturno», era donde acogían a cualquiera que llegara a la rectoría pidiendo alojamiento. Allí podía estar casi seguro de que todas las noches tendría compañía y, como era un hombre que no dormía bien, necesitaba que hubiera alguien con quien hablar. Comentó que la gran cama con dosel de la habitación de invitados le resultaba muy sofocante. Prefería dormir en el estrecho diván de aquella habitación.

Lo mejor era que no había estufa, sino que la habitación recibía el calor de la chimenea que subía desde la cocina y que ocupaba cerca de la mitad de la habitación. Además, era un calor sin olores ni humo, con un calor uniforme y confortable que duraba todo el día.

También estaba amueblada con muebles espléndidos y robustos; una gran mesa de madera natural y sillas sin tapizar. Así no había nada que se pudiera estropear cuando se rizaba la peluca o se teñía el bigote.

Así siguió hablando mientras la criada permaneció en la estancia. Nadie podrá saber qué cara debió de poner cuando esta se fue. Aquel día hacía frío y lo más probable es que no hiciera mucho calor en una habitación sin estufa. No obstante, quiso cambiarse de ropa y ponerse elegante. Tenía las mejillas rosadas y las cejas tan bien peinadas cuando bajó a cenar, que nadie hubiera dicho que le tocó hacer todo aquello para crear esa obra de arte con los dedos rígidos por el frío.

La esposa del párroco sabía muy bien que aquel tipo era un vividor. No solo quería comer bien, sino hacerlo en un comedor bonito, que le sirvieran la mesa con un mantel de damasco y le pusieran cubiertos de plata. Seguramente, otras veces le hubieran permitido comer en el salón y le habrían servido lo mejor que tenían para comer. Sin embargo, ahora que estaba ella y que quería acabar con su visita cuanto antes, le mandó la comida a la alcoba que había junto a la cocina sin reverencias y no le ofreció más que pan de sangre[3] y sopa de repollo.

Örneclou estaba de lo más amable y se pasó toda la cena felicitando al párroco por ser tan inteligente y haberse vuelto a casar. Lo comparó con cómo había vivido el viejo pastor titular de Sjöskoga, que había

permanecido viudo durante tantos años. La última vez que lo visitó, el comedor donde habrían tenido que comer estaba sin limpiar y le tocó comer en uno de los dormitorios. En la casa no había ni un mantel limpio, todos estaban llenos de manchas. Y las criadas de aquel entonces eran tan perezosas que nunca se ponían a cocinar nada nuevo, sino que ponían un día tras otro la sopa de repollo que habían preparado el domingo y gracias que hubiera suficiente.

Pero el viejo amigo del alférez aquí en Lövdala vivía de manera completamente diferente. No había una ama de casa tan hábil cocinando como su esposa. Le habían hablado muy bien de ella, así que al llegar se había preguntado qué habría esta vez en la rectoría para comer. Además, así Maja Lisa podría aprender cómo se ponía una mesa y cómo se servía la comida en condiciones, ya que su nueva esposa sabía cómo se hacía en las mansiones.

Örneclou era bastante hábil diciendo groserías y, probablemente, logró su objetivo. Sin embargo, Anna Maria Raklitz no era alguien que fuera a achantarse solo por unas cuantas palabras, así que dijo con voz áspera:

—Si no estaba a gusto con ese viudo, podría haber seguido su camino.

Entonces el hombre comprendió que si seguía por esa vía, ni comería en el salón ni dormiría en la mejor habitación de invitados, así que tendría que cambiar de táctica.

Hubiera preferido marcharse de inmediato, pero había algo más. Le sorprendía que una mujer quisiera echarlo. Jamás le había pasado algo así y no podía tolerarlo.

Aunque había entrado en la cuarentena, seguía siendo un hombre guapo y ninguna mujer se le había podido resistir hasta ahora.

El alférez se quedó. Durante un par de horas estuvo disfrutando con el párroco de unos juegos de mesa, y cuando este salió al anochecer para charlar con Bengt sobre la granja, Örneclou entró en el salón para hablar con la esposa del párroco. La mujer estaba sentada, erguida, en una silla junto a la ventana, aprovechando la poca luz que quedaba del día, para remendar calcetines.

En ese momento, el hombre empezó a hablar de que sentía que estaba envejeciendo y que, con los años, había alcanzado cierta madurez. Las jóvenes que conocía eran volubles y solo se dedicaban a revolotear a su alrededor. Así que tenía la intención de dejar de jugar a las mariposas y se preguntó si su prima —esperaba que él, como viejo amigo de su marido, pudiera llamarla prima— conocería a alguna

señora un poco mayor, bueno, no demasiado mayor, pero que tuviera algo más de veinte años, tranquila y hogareña, que aceptara a un pobre hombre como él.

La esposa del párroco permaneció inmóvil. Bajo el tenue crepúsculo, no podía ver la cara que había puesto. Pero Örneclou pareció notar una ligera sonrisa. Tal vez estuviera riéndose de él.

¡Lyselius se había casado con una mujer terrible! Era de lo más habitual, cuando hablabas con señoras mayores, pedir consejo sobre planes de matrimonio.

Örneclou jamás había hablado con una mujer sobre otra cosa que no fuera el amor o el matrimonio. No se le ocurría de qué otra cosa hablar. Por lo tanto, volvió a empezar con lo mismo. Pero ahora dijo exactamente lo contrario de lo que acababa de decir antes.

—Me doy cuenta —dijo—, de que mi querida prima ha oído hablar tanto sobre mí, que no se cree que yo podría contentarme con una esposa que ya no fuera ni tan hermosa ni realmente joven. Debe de creer que quiero que sea sabia y prudente, al mismo tiempo que tenga las demás cualidades. Así que creo que Maja Lisa Lyselius, ahora que está bajo su tutela…

Örneclou hizo una pausa con cautela, tenía que cerciorarse de si seguir adelante o de si estaba cometiendo un error. Ya estaba muy oscuro, así que se hacía difícil ver qué cara ponía aquella intransigente que tenía sentada frente a él. Pero casi le parecía que había empezado a sonreír ligeramente.

—Por supuesto, la intención es que Maja Lisa se case con un párroco y viva y gobierne aquí en Lövdala —dijo Örneclou—, y sería lo más natural. Lyselius probablemente elija para ella a un hombre fuerte y espléndido, que sepa algo más que estar en un púlpito y que pueda cuidar la granja tan bien como él lo ha hecho. Uno como yo necesitaría la ayuda de su suegra en todo momento, y eso podría ser un engorro. Seguro que mi querida prima querrá que, cuando se quede viuda —que quede entre nosotros, pero es terrible cuánto ha perdido Lyselius en este último año— pueda sentarse en una alcoba como la señora Beata Spaak y no tener que preocuparse por nada.

La esposa del párroco seguía sentada de la misma manera, erguida y tiesa, pasando la aguja de un lado a otro. Sin embargo, en ese momento se volvió hacia la ventana para ver mejor, y entonces sí, vio que incluso se reía.

Örneclou empezó a creer que nada la afectaba. Se levantó para subir a su habitación para rizar las pelucas o airear las chorreras de su

camisa, como solía hacer cuando estaba de mal humor.

En ese momento, la esposa del párroco se volvió hacia él y le dijo:

—El señor alférez, que siempre anda viajando de aquí para allá, conocerá a ese Liljecrona que es párroco en Finnerud.

El hombre se sobresaltó. Parecía que lo que había dicho sobre el futuro yerno había surtido efecto. Puede que Liljecrona estuviera destinado a ser el yerno que ella quería y que lo que había dicho él fuera un desacierto.

—¡Olle Liljecrona! —exclamó él—. Por supuesto que lo conozco. Incluso estuve con él allí arriba en Finnmark. Es un hombre espléndido, sabe de todo, ha enseñado tanto a hombres como a mujeres en todo tipo de quehaceres.

—Me pregunto si no le habrá echado el ojo Maja Lisa —dijo la esposa del párroco con toda franqueza—. No se oyen más que alabanzas sobre él.

Su interés parecía solo maternal, pero Örneclou se dio cuenta de que había algo en su tono de voz que indicaba que no le importaría nada escuchar algo negativo sobre aquel pretendiente.

—Mi querida prima supongo que es tan sensata que será tolerante con las cosas de la juventud —continuó Örneclou—. Hay que pensar en que se ha sentido muy solo allí en el norte, entre los fineses. No seré yo quien lance la primera piedra. Pero lo cierto es que Liljecrona tiene una relación desde hace varios años. Por supuesto, es algo que se podría arreglar sin que Maja Lisa tuviera idea del asunto.

La oscuridad obligó finalmente a la mujer a dejar de remendar calcetines, pero no encendió las velas, sino que empezó a hacer calceta, algo que podía manejar sin tener que seguir el trabajo con la mirada. Movía las agujas sin hacer ruido, pero cuando Örneclou le contó que el joven párroco tenía una relación, hizo que sonaran bien fuerte.

—¿Qué me dice? ¿No puede ser que un párroco…? ¿Cómo puede el obispo...? —preguntó con voz bastante alterada la mujer.

—Querida prima, no sabe lo lejos que está Finnerud. Tengo que decirle que no creo que nadie lo sepa, ni siquiera sus parientes más cercanos. Fue una pura casualidad que yo me enterara. Y, por supuesto, no he dicho nada hasta ahora, ya que considero un deber expresar mis preocupaciones a una madre tierna y preocupada.

Las agujas sonaron de nuevo con el mismo fervor.

—¿Seguro que es cierto? Todo el mundo sufre calumnias.

Örneclou se aclaró la garganta.

—Querida prima, me obliga a traicionarlo más de lo que quisiera.

Pero, como dije, considero un deber hacer que usted se haga una idea clara del asunto. Le aseguro que yo no tenía ni idea de la situación, hasta que lo visité por última vez poco antes de Navidad. No estaba en casa cuando llegué, pero su ama de llaves me recibió de la mejor manera y me pidió que esperara al señor. Bueno, pues tardó bastante en llegar, y mientras tanto me puse a charlar con la mujer. Ella es, a su manera, una persona magnífica, ¿sabe? No es de raza finesa, sino del «territorio sueco», como dicen allá arriba, y tan capaz que sorprende. Siempre he admirado el celo incansable con el que ha logrado hacer soportable la vida para el pobre Liljecrona entre los fineses.

»Bueno, estábamos hablando. Verá, ella no es de buena familia, en realidad solo es una criada, pero bastante sensata en todo lo que decía. Sin embargo, no habíamos intercambiado muchas palabras cuando me di cuenta de que había algo que la preocupaba. Yo le hablaba con amabilidad —usted sabe que entiendo de mujeres— y ella confiaba en mí. Me preguntó directamente qué opinaba que sucedería si a Liljecrona le daban una gran parroquia. Él le había prometido, cuando ella llegó allí hacía ocho años, que se casaría con ella tan pronto tuviera una posición mejor. Pero ahora, tenía miedo, porque Sjöskoga era una parroquia demasiado grande. ¡Ojalá Liljecrona no pensara que no era lo suficientemente buena como para convertirse en esposa del pastor!

»Querida prima comprenderá que estaba completamente desesperada. No pude hacer más que calmarla, y le prometí averiguar qué planes tenía Liljecrona. Al día siguiente le dije a él a la cara que había descubierto su relación, y le pregunté por qué no la legalizaba. Respondió con toda franqueza que era demasiado pobre. Si se casaba con su criada, como él dijo, ella se convertiría en su esposa, y entonces tendría que tener otra criada para que la cuidara.

»—Puedes estar seguro —dijo—, que ella dejaría de ordeñar las vacas y de ayudar a Pekka en el campo. Pero, por supuesto, me casaré tan pronto como me lo pueda permitir.

»—Cuando vaya a Sjöskoga… —dije yo.

»—Oh, Sjöskoga, no quiero ese puesto. Tengo la intención de renunciar —repuso él.

Örneclou guardó silencio. Apenas podía ver a la esposa del párroco en la oscuridad, ni oía el ruido de las agujas. Se sintió fatal. Puede que fuera algo más que un descuido tremendo; un delito.

—Acabo de decirle todo lo que sé —añadió—. Y debo pedirle que no me haga mucho caso. No hay ningún párroco joven mejor en toda la diócesis que Liljecrona. Imagínese el sacrificio que ha hecho por los

pobres agricultores fineses. Vivir en la pobreza, como él ha hecho, durante once años. Tengo que decir que es un héroe, él, igual que el corso ese, del que tanto se habla hoy en día.[4]

El silencio continuó. El alférez se sentía cada vez más inquieto. Comenzó a elogiar a Liljecrona nuevamente, hasta que la esposa del párroco se levantó de su asiento y dijo con una voz que tenía un timbre completamente diferente al de su conversación anterior:

—Oigo que Lyselius está entrando. Y ahora, querido primo Örneclou, debes ir a hablar con él y no quedarte aquí en la oscuridad conmigo. Seguramente se pondrá muy contento de hablar un rato a solas con su viejo amigo.

Y después de eso, la esposa del párroco le pareció otra persona. Le permitió comer en el salón, dormir en la mejor habitación de invitados y que le sirvieran platos que ni siquiera el párroco había probado.

Örneclou no se sorprendió demasiado. Sabía desde hacía tiempo que ninguna mujer se le podía resistir, y más cuando se había esforzado tanto como lo había hecho con la vieja Raklitz. Sin embargo, todavía veía algo raro en todo aquello. Hasta que se le ocurrió que la mujer había considerado su oferta y tenía la intención de aceptarlo como yerno.

Bueno, en realidad no le había pedido la mano de su hijastra en serio. Pero ¿por qué no? No estaría tan mal casarse con Maja Lisa Lyselius. Y que estaba a su alcance quedaba claro como el agua. Además, su futura suegra ya había empezado a mimarlo.

Pero antes de dejarlo todo bien atado, pensó que debería hacer un viaje por toda la región de Värmland, visitando todos aquellos lugares en los que había disfrutado de la hospitalidad de la gente. Por supuesto, cuando se casara y tuviera esposa y una granja, tendría que quedarse en casa. Desde luego, no podía quedarse tanto tiempo en Lövdala en esta ocasión. Debía partir cuanto antes mejor. Aunque solo para poder regresar también cuanto antes, por supuesto.

Cuando declaró la mañana siguiente que tenía que seguir su camino, se dio cuenta que tanto la esposa del párroco como su hija lo lamentaban. Querían persuadirlo para que se quedara, pero no se dejó convencer. Tenía que estar en Karlstad antes del anochecer.

Por supuesto, no dijo abiertamente que solo se marchaba para poder volver y convertirse en el dueño de la finca, algo que resultaba obvio. La esposa del párroco, que parecía ser una mujer inusual, seguro que entendió muy bien lo que quería decir.

Tenía ganas de regresar, incluso antes de marcharse. Aquí estaría a

gusto, seguro.

Justo cuando estaba a punto de ponerse el abrigo de piel, la esposa del párroco se acercó y le preguntó si podía hacerle un favor. Resultaba que su excelencia en Lökene le había pedido que comprase un gallo, y ahora ella se preguntaba si tendría la amabilidad de llevárselo él. Si tenía la intención de ir a Karlstad, Lökene le pillaba de camino.

El alférez respondió de inmediato que sí. Estaba muy contento. En primer lugar, podía hacerle un favor a su futura suegra, y en segundo lugar, tenía un motivo para parar en Lökene y que le dieran de comer.

Pero cuando el hombre dijo que sí, lo que no sabía era que el gallo que tenía que llevarse estaba vivo.

El alférez viajaba en un trineo muy pequeño. La única solución era colocar la caja con el gallo en el asiento delantero y ponerse él de pie detrás.

Sin embargo, siguió poniendo buena cara hasta el final. Era importante demostrarle a la vieja Raklitz que no podía tener un yerno que fuera más educado e indulgente que él.

El hombre se marchó un día de enero claro y maravilloso. El sol brillaba como a finales de marzo, y no hacía para nada frío.

Se sentía como una persona diferente hoy que cuando había llegado ayer. ¡Lövdala y Maja Lisa! ¡Poseer y gobernar! Tener su propia casa y poder recibir a sus amigos cuando quisiera era mucho mejor que viajar de finca en finca todo el año, sin estar nunca seguro de cómo te iban a recibir cuando te acercabas a las escaleras de una mansión.

El estado de la nieve era bueno, así que llegó pronto a Lobyn. Se le acercó un granjero con una carga de heno. ¡Era el mismísimo Björn Hindriksson!

«Un hombre rico y espléndido, ese Björn Hindriksson». Tuvo que tirar de las riendas e intercambiar algunas palabras con él. Era vecino de Lövdala, así que, cuando él fuera allí el señor, mejor sería tenerlo como amigo.

Pero ¿qué pasaba? ¿Qué bicho iba cantando en el momento en que se detuvo? Casi se cae del trineo. Se había olvidado por completo del gallo.

Fingal, el caballo de Örneclou, no se movió. Había pasado por tantas cosas que nada en el mundo podía asustarlo. Pero *Bruning*, el caballo de Björn Hindriksson, no estaba tan acostumbrado a las sorpresas. Partió desbocado y volcó la carga de heno en la cuneta de la carretera.

Desde luego, aquella no era una buena manera de inaugurar la amistad entre vecinos. El alférez blandió el látigo sobre *Fingal* para su

disgusto. Tan pronto como arrancó el trineo, el gallo guardó silencio.

De nuevo salió a buena velocidad por la carretera y volvió a tener en mente a Maja Lisa. Era hermosa, no tenía más de diecisiete años y poseía la mitad de Lövdala. Solo un hombre como él podría ganar tanta felicidad, cuando ya no estaba en la flor de la juventud.

Allí, por el camino, venía alguien. Eran un caballero y una dama a caballo. No podía ser otra que la condesa Dohna, que estaba cabalgando por este camino.

¡Menuda señora, la condesa viuda de Borg! Era de agradecer encontrarse con una jinete que supiera montar tan bien a caballo. La única molestia era que siempre llevara consigo a ese pequeño inmigrante de piel oscura, al que ahora había tomado bajo su protección.

Örneclou se detuvo, se bajó del trineo y la saludó con admiración, con el sombrero en la mano. Entonces cantó el gallo. La condesa tiró de las riendas y miró a su alrededor, sorprendida. ¿De dónde venía ese ruido? ¿Cómo era posible que un gallo estuviera en el camino, tan lejos de cualquier granja?

No habría entendido nada si el gallo no hubiera vuelto a cantar. Pero luego lo entendió. Y como ella era una persona importante, se vio obligado a conversar con ella un rato, lo que hizo que se detuviera en el camino durante tres minutos.

El gallo cantaba sin parar, cantaba con cada palabra que decían.

¡Pero cómo tenía que soportar aquello! Un caballero de Värmland tan destacado como él no podía tolerar que se burlaran de su persona de esa manera.

La condesa estaba sentada quieta sobre el caballo y simplemente conversaba. No hacía el menor caso del gallo. No parecía darse cuenta de que el animal no la dejaba oír una de cada dos palabras que decían.

Sin embargo, Örneclou no lo podía soportar. Un sudor frío le perló la frente. No pudo más, así que se subió al trineo y se marchó.

Entonces el gallo se calló de inmediato, pero en cambio él pudo escuchar la risa de la condesa con claridad. Aquella risa lo siguió hasta el límite de la parroquia, lo siguió durante todo el viaje, lo siguió durante toda su vida. Nunca podría olvidarla.

Se sentía tentado de abrir la tapa de la caja y soltar al gallo. Pero pensó en Maja Lisa y en Lövdala y decidió perseverar. No podía quedar mal con su futura suegra. Y tan pronto como pasó por delante de la iglesia de Svartsjö, el camino se internó en una zona boscosa y solitaria, donde creía que no se encontraría con nadie.

Pero, por desgracia, hacía tan buen tiempo que todo el mundo parecía haber tenido ganas de emprender un largo viaje ese mismo día. No pasó mucho tiempo antes de que el alférez se encontrara con el comandante del regimiento. Örneclou había dejado el cargo hacía mucho, pero a pesar de que había acabado su servicio, puso todo su empeño en comportarse siempre con nobleza y dignidad, como corresponde a todo aquel que haya prestado sus servicios a la patria.

En el momento en que se estiró para saludar con dignidad, por supuesto, el gallo cantó.

Era para desesperarse. Un encuentro desafortunado tras otro. No tenía más que mala suerte.

Finalmente, en las lejanas montañas de Sundgårdsbergen, se encontró al nuevo patrón de la fundición de Björne, Melchior Sinclaire.

¡Lo que le faltaba! Era lo peor. La gente solía llamar a Sinclaire, el Gallo, porque era altivo, hablaba en voz alta y siempre estaba dispuesto a discutir y a pelear.

Sinclaire conocía su apodo y no le gustaba. La gente apenas se atrevía a hablar de gallinas o huevos cuando él estaba cerca.

Era una situación angustiosa, así que lo mejor sería no pararse para saludar a Sinclaire. Seguiría tan rápido como *Fingal* pudiera trotar.

Pero todo le salía mal. El patrón de la fundición acababa de estar en Karlstad y había comprado un juego de cascabeles nuevos, que tañían tan magníficos que el gallo se animó y se puso a cantar justo cuando pasaban por delante.

Örneclou se levantó para alcanzar a *Fingal* con el látigo y le dio un fuerte azote sobre la grupa. Tenía que alejarse lo más rápido posible.

Pero no le resultaría tan fácil. Melchior Sinclaire estaba furioso. No había tenido tiempo de ver la caja con el gallo, pero había reconocido a Örneclou y pensó que el alférez había imitado a un gallo cuando pasaba por delante, para burlarse de él. Giró el caballo y lo persiguió para darle su merecido.

El alférez oyó que venía y pensó que lo mejor sería detenerse y explicarle el asunto. Entonces el gallo cantó de nuevo, de modo que retumbó en todo el bosque. Y el gran patrón de la fundición, que pensaba que era el alférez, se puso tan furioso que rugió como una bestia. Örneclou no se atrevió a esperarlo, sino que siguió hacia delante.

Fueron un par de minutos de persecución salvaje por las montañas de Sundgårdsbergen. Pero Sinclair tenía un buen trotón y *Fingal*, el caballo de Örneclou, era un rocín viejo y agotado, por lo que era obvio

que pronto lo alcanzaría. Y cuando miró atrás, vio cómo su perseguidor llevaba el látigo levantado para pegarle un latigazo.

Entonces perdió la esperanza de conseguir a Maja Lisa y Lövdala. Se inclinó hacia delante, levantó la caja con el gallo y la arrojó delante de Melchior Sinclaire. De esa manera se salvó. De lo contrario, aquel hombre lo habría matado, porque no era de los que escuchaban razones ni aceptaba explicaciones cuando se creía objeto de burla.

Cuando el alférez llegó a la posada de Ilberg, estaba completamente exhausto. Pensó que jamás se recuperaría de ese viaje.

Por muchos años que pasaran, cada vez que hablaba de aquel viaje, maldecía su mala suerte. Nunca volvió a aparecer por Lövdala. Aquella fue la aventura más repugnante que había vivido en toda su vida. ¡Poseer y gobernar! Vaya. No podía soportar que se lo recordaran.

3 Nota de la Ed.: El pan de sangre, *paltbröd*, es un pan hecho con sangre que se hornea y se deja secar. Se come desmigándolo en sopas aunque hoy en día apenas se consume.

4 Nota de la Ed.: Se refiere a Napoleón Bonaparte (1769-1821). Había nacido en Ajaccio, Córcega, por eso se refiere a él como «el corso ese». Se habló mucho de él en la época, pues empezó siendo general republicano durante la Revolución Francesa y se convirtió en primer cónsul en 1799. En 1804 fue coronado emperador de los franceses y en 1805 rey de Italia.

UN DÍA CUALQUIERA

El trabajo estaba en pleno apogeo en Lövdala, y a todas horas se podía escuchar desde la cocina el susurro de las nueve ruecas, tan fuerte como el zumbido de un molino. Mientras hubiera luz natural no se podía holgazanear, había que emplear el tiempo en coser y tejer.

Parecía como si la esposa del párroco se hubiera olvidado de que Pequeñita estaba en la casa. No la había puesto a trabajar, solo tenía que limpiar y encender el fuego en la alcoba que había junto a la cocina. Pero el mismo día en que el alférez se marchó, la esposa del párroco apareció en la puerta de la cocina y le indicó que se acercara. Quería que la acompañase al salón un rato.

Pequeñita se levantó de inmediato, temía estar a solas con la esposa del párroco. Le tenía tanto miedo que le recorrían escalofríos por la espalda cada vez que la veía.

Nunca había tenido tanto miedo de otro ser humano, y tenía sus propias ideas sobre el porqué. Sabía que había algo extraño en la esposa del párroco, eso no podía quitárselo de la cabeza. Nadie podía tener el pelo tan blanco y un rostro tan joven. Además, no era natural que una mujer hablara con una voz que sonaba como un río bravo. Tampoco una persona normal podía causar tantas desgracias y tanta tristeza.

Pensaba constantemente en lo que su madre le había dicho una vez sobre el lago Svartsjö y sobre las tres cosas que habían quedado cuando el agua se secó. La señorita Maja Lisa no quería oír hablar del asunto, pero ella sabía bien cuál era la tercera cosa y lo que había sufrido Lövdala, más de una vez.

Si la hija del párroco no quería hablar de esas cosas, había otras personas en la finca que podían y querían hacerlo. Pequeñita solo tuvo

que escabullirse para ir a la casa de los criados una tarde, donde Bengt, el Alto, y la anciana Bengta, su madre, y Maja, la Alegre, su esposa, estaban sentados frente a la estufa hablando.

Entonces, Bengta le contó que la ninfa del antiguo lago Svartsjö sintió que, cuando el lago se secó, se había quedado sin casa, pues no se podía pretender que una señora tan fina como ella pudiera sentirse bien en el miserable riachuelo de Svartsjöbäcken, que fluía por el antiguo fondo del lago. Por eso, la ninfa intentaba constantemente colarse en alguna de las granjas. Se había infiltrado aquí y allá, pero en los demás lugares habían descubierto a tiempo quién era y se habían deshecho de ella, antes de que tuviera tiempo de hacer algo malo.

Maja, la esposa de Bengt, contó la historia del hijo del señor Olavus, el primer párroco de Svartsjö, que se había ahogado en el riachuelo de Svartsjöbäcken una noche de primavera. Estaba claro y era obvio que había sido la ninfa quien lo había engañado, de lo contrario no habría sido posible que se ahogara en un riachuelo tan pequeño.

Bengt habló de esa mañana, cuando él y los dos muchachos de Vetter fueron a segar heno en el campo sur. Tanto los muchachos como él habían visto enseguida quién era la que salía de entre el heno. Estaba tan mojada, que la ropa le goteaba. Era señal suficiente de lo que era. Y tenía los ojos idos, como si fuera una bruja.

Ninguno de los tres tenía la menor duda sobre quién era la actual esposa del párroco en Svartsjö y todos estaban seguros de que no se marcharía hasta que hubiera arruinado toda la finca.

Pequeñita pensaba como ellos, especialmente por las noches y en la oscuridad. Durante el día, era más difícil entender que la ninfa sin hogar del lago Svartsjö organizara el hilado y el tejer en Lövdala. Pero le quedaba la sospecha, así que se estremecía en cuanto la veía.

En cualquier caso, cuando la esposa del párroco apareció en la puerta de la cocina, tuvo que acompañarla a través de la alcoba, donde Maja Lisa estaba bordando sábanas, y hasta el salón, una habitación grande y hermosa con muebles de abedul teñidos de amarillo y alfombras de cuadros azules. Había dos ventanas en la habitación. Junto a una había una gran planta y junto a la otra una mesita de costura. La tapa estaba abierta, de modo que se podían ver los muchos compartimentos pequeños, en los que se guardaban hilos de bordar y madejas de hilo de seda, cera y agujas, dechados y rollos de cinta, corchetes y muchas más cosas prácticas y útiles.

La esposa del párroco le mostró todo lo que había en los compartimentos y dejó que adivinara para qué se usaban. Era tan

amable con ella que incluso trató de reír cuando la niña se equivocaba, aunque la risa era tan inusual en ella que parecía que le tiraban las comisuras de los labios.

Cuanto más amable se volvía, más apretaba la boca Pequeñita y más despierta se volvía la mirada en sus ojos brillantes. ¡Ojalá la esposa del párroco no la incitase a hablar sobre algo que pudiera ser malo para Maja Lisa!

Pero esa vez no pareció haber ninguna mala intención. La esposa del párroco se sentó a la mesa de costura y ella tuvo que sentarse a su lado. Tenía que aprender a coser, porque la esposa del párroco le había prometido a su madre que recibiría una buena educación.

Primero, le mostró cómo tenía que enhebrar una aguja.

Eso solía ser algo difícil para las niñas pequeñas, pero Pequeñita pasó el hilo por el ojo de la aguja a la primera.

La mujer quedó realmente sorprendida. Pensó que lo había hecho bien. Si tuviera la misma habilidad con todo lo demás, podría convertirse en una gran costurera.

Entonces, la esposa del párroco le dio un trocito de tela para que practicara, y le enseñó a hacer un nudo en el hilo y a meter y sacar la aguja a través de la tela.

Pequeñita aceptó la lección en silencio. Luego tomó el trozo de tela, lo dobló sobre su dedo índice izquierdo y dio puntada tras puntada, como si no fuera nada extraño.

¡Dios bendito! ¡Qué sorpresa para la esposa del párroco! Era la cosa más notable que jamás había visto.

Entonces Pequeñita dejó de estar seria y se echó a reír.

La mujer entendió finalmente qué pasaba. Le preguntó si había aprendido a coser antes de llegar a Lövdala.

—No —respondió la niña—, no había dado una puntada hasta que llegué aquí.

Bueno, entonces probablemente había alguien aquí que le había enseñado. ¿Quizá la señorita Maja Lisa?

La niña se asustó en cuanto la esposa del párroco mencionó a su hijastra. Se apresuró a decir que había sido la anciana señora Beata en la alcoba encima de la bodega quien le había enseñado.

—Pues qué bien —siguió entonces la esposa del párroco—. ¡Y pensar que la señora Beata pueda coser con esas manos!

—¡Sí que sabe coser! —exclamó Pequeñita—. Probablemente no haya nadie en esta finca que sepa coser como la señora Beata.

—Entonces te diré lo que tenemos que hacer —dijo su interlocutora

—. Iremos a verla y le agradeceremos que te haya enseñado tan bien.

Y así, se llevó a Pequeñita. Sin embargo, la esposa del párroco no fue directamente al ala donde estaba la bodega, sino que dio un rodeo más allá del establo y las vaquerizas. La señora Beata solía estar sentada todo el día junto a una ventana desde la que podía ver a todos los que iban a verla desde la casa principal, pero no las vaquerizas.

Cuando la esposa del párroco y Pequeñita llegaron a la difícil escalera, que subía por la parte exterior de la pared, la mujer le pidió a la niña que se adelantara. Era muy fácil subir si uno era joven. Ella la seguiría. Y Pequeñita fue por delante y subió las escaleras haciendo ruido, de manera que nadie podía oír que alguien la seguía sigilosamente.

La señora Beata solía estar sentada con las manos cruzadas cuando la esposa del párroco venía a verla. Y solía hablar de lo difícil que era no poder hacer nada. Había sido una persona trabajadora, en sus tiempos mozos, aunque no tan capaz como Anna Maria Raklitz.

La esposa del párroco ciertamente había sentido pena por ella. ¡Porque el día se hacía realmente largo, cuando solo se podía estar sentada, quieta, sin usar las manos para nada!

En cambio, en aquella ocasión, cuando entró la esposa del párroco, la anciana estaba bordando una sábana, y subía y bajaba el brazo tan rápido como si fuera el ala de una alondra.

Cuando la mujer vio a la esposa del párroco, hizo un movimiento, como si quisiera ocultar la costura. Pero al darse cuenta de que la otra ya la había descubierto, continuó con el trabajo.

La esposa del párroco se acercó a ella y se alegró mucho de encontrarla sentada a la mesa de costura. Era bueno que la gota hubiera cedido, para que pudiera trabajar. Y tuvo que mostrarle lo que estaba haciendo, porque había llegado hasta sus oídos que la señora Beata Spaak sabía coser tan bien que las puntadas que daba eran todas iguales.

—¡Pero qué extraño! —señaló la esposa del párroco, inclinándose cada vez más sobre la costura de la señora Beata—. Creo reconocer esta sábana. Es del mismo juego en el que puse a coser a Maja Lisa esta mañana. ¿Quizá la está ayudando con una de las sábanas? Bueno, no es que sea nada malo, ni mucho menos, pero creo que debería habérmelo dicho, para que pudiera darle suficiente trabajo a Maja Lisa. Porque si solo tiene que coser una sábana del juego, entonces es que se pasa el día holgazaneando.

La señora Beata se quedó con la costura en la mano. No fue capaz de

responder, pues la mandíbula inferior y toda la cabeza se le movían, como si alguien se hubiera puesto detrás de ella y la estuviera sacudiendo.

La esposa del párroco se volvió hacia la puerta para irse. Podía ver que la abuela tenía prisa y, por lo tanto, no quería molestar más. Seguramente, a la anciana le sobraba compañía ahora, ya que era tan buena trabajando.

La señora Beata balbuceó algo sobre el trabajo excesivo para una joven, y que podría costarle la vida y la salud.

—Quizá sepa que Maja Lisa se encuentra perfectamente para quedarse leyendo por las noches. No creo que una joven sufra por trabajar. Pero lo que es dañino es escabullirse, ocultar y no ser sincera.

Con eso se marchó, y la anciana no pudo decir nada en su defensa hasta que la puerta se cerró. Pero las escaleras, por las que ahora iba a bajar la esposa del párroco, estaban resbaladizas y eran empinadas, por lo que había que ir despacio. Mientras tanto, la señora Beata logró sobreponerse, y justo cuando la esposa del párroco estaba en el último escalón, abrió la puerta.

—¡Madrastra! —le gritó tan fuerte que se oyó por todo el patio. No esperó respuesta, sino que volvió a entrar y corrió el pestillo, para que no la sorprendieran de nuevo.

A la esposa del párroco no le importó lo más mínimo lo que aquella mujer le hubiese gritado. Todavía estaba de muy buen humor, así que, cuando subió la pendiente hacia la casa principal, le dijo con mucha calma a Pequeñita que fuera al salón y se sentara a coser. Ella iría enseguida después de decirle unas cuantas cosas a la señorita Maja Lisa.

Pequeñita apretó los labios y no respondió, pero se le quedó la misma cara que el día de San Esteban, cuando la azotaba el viento helado.

Cuando entraron en el vestíbulo, Pequeñita no entró al salón como le habían ordenado, sino que se dirigió hacia la puerta de la cocina.

La esposa del párroco le preguntó de inmediato adónde iba. ¿No había oído que tenía que ir a coser?

La niña respondió en voz baja que pensaba que era innecesario.

—¿Por qué es innecesario? ¿Crees que ya sabes tanto que no tienes nada más que aprender?

No, no era eso lo que Pequeñita quería decir. Lo que pasaba era que ya no necesitaba aprender más, pues se iba a casa, a Koltorp.

Se acercó a la esposa del párroco y le tendió la mano. De hecho podía darle las gracias y despedirse de inmediato.

—¡Por Dios! —exclamó la mujer—. No entiendo nada. ¿Por qué te vas a marchar?

La niña retrocedió unos pasos, como para estar fuera de su alcance, cuando le dijera por qué.

—Mi madre fue niñera aquí en Lövdala y a ella le gusta Maja Lisa. Y cuando estuvo aquí en Navidad, me dijo que si yo le ocasionaba más problemas a la señorita, no podría quedarme aquí, sino que tendría que volver a casa.

Cuando Pequeñita hubo dicho esto, se alejó caminando a lo largo de la pared, hasta llegar al rincón junto a la puerta de la cocina. Allí se quedó a esperar lo que vendría.

A Raklitza[5] se le pusieron las mejillas rojas por la rabia, tanto que se acercó a ella con la mano levantada. Pequeñita se acurrucó y sus ojos brillaron fríos. Sabía que la pegarían, pero estaba tan llena de odio que no sintió miedo, sino que se alegró de que las cosas hubieran quedado claras.

Pero entonces sucedió lo último que se habría podido imaginar. La esposa del párroco ni siquiera le dio una bofetada, sino que en el último momento se contuvo e intentó sonreír.

—Querida niña, pareces un gato que tiene la intención de saltar sobre un perro. ¡Pero tranquila! No te pegaré porque eres fiel a quien sirves. Eso es algo que me gusta, y por eso te prometo que Maja Lisa no oirá ni una palabra de lo que me he enterado hoy. Y ahora las dos iremos al salón y nos olvidaremos de todo esto.

Pequeñita se sintió mareada. Había algo que no entendía. Pero estaba tan feliz de quedarse en la rectoría, que no se molestó en resolver el misterio.

Cuando de nuevo se sentaron a la mesa de costura, no empezaron a coser, sino que la esposa del párroco abrió una caja, que estaba escondida debajo de todas las demás, y sacó primero un libro de lectura y luego un papel, una pluma y un tintero.

Pequeñita pensó que tenía la intención de ponerla a prueba en lectura y escritura, pero ese no era el caso. La mujer le contó que cuando ella era niña, siempre había tenido tanto trabajo ayudando a su madre con sus hermanos pequeños, que nunca había aprendido a leer y escribir. Sin embargo, desde que se había convertido en esposa del párroco, había pensado que era una lástima no saber hacerlo. Quería que ella fuera su maestra. Lo había tenido en mente desde que había llegado a Lövdala esa Navidad, pero no había tenido tiempo hasta ahora.

La niña se sintió bastante complacida. Inmediatamente dijo que quería ayudar a la señora lo mejor que pudiera.

Pues entonces, decidido. Sin embargo, la mujer le pidió que no le dijera a nadie que ella le estaba enseñando a leer. Tenía miedo de que la gente se riera de ella. Fingirían que la esposa del párroco le estaba enseñando a coser y que por eso iban al salón un rato todas las mañanas.

No podía haber nada de malo en eso.

La esposa del párroco dijo que aquello la hacía muy feliz. Tenía que entender lo difícil que era para la esposa de un párroco no saber escribir. Si era posible, ese mismo día quería enviar una carta. Se preguntaba si… ¿Quizá podría ella escribir las palabras en un papel si ella se las dictaba?

Pequeñita estuvo de acuerdo. Se sentó a la mesa, estiró el papel, destapó el tintero y se sentó a escribir según las instrucciones de la esposa del párroco.

5 Nota de la Ed.: La madrastra Raklitz es un personaje negativo. Aquí se la llama «Raklitza», como antes se la había llamado «Vabitza».

UNA TARDE DE PRIMAVERA

Maja Lisa había salido a caminar una tarde de primavera en compañía de Pequeñita. Era una vieja costumbre salir un rato todas las tardes, y su madrastra no se había opuesto, solo había ordenado que Pequeñita la acompañara, porque no era apropiado que una joven de diecisiete años anduviera sola por el camino.

Fue hacia el sur como siempre, pues esa ruta era la mejor. Se movía lentamente y Pequeñita se impacientaba por ir a ese ritmo. A veces iba por delante y a veces se quedaba atrás, solo para tener la oportunidad de correr desbocada, antes de alcanzar a la hija del párroco.

El camino discurría a lo largo del bosque, que estaba en el límite de Lövdala. Dondequiera que fuera la hija del párroco, no dejaba de pensar lo extraño que le resultaba que Pequeñita encontrara tanto para entretenerse en el corto tramo de camino por el que paseaban cada tarde.

Primero era el eco. Pequeñita corría por delante de ella por la alameda para poder conversar con él. Sabía que había eco un poco más adelante en la carretera, frente al granero de centeno de Lövdala, y allí se detuvo, se volvió hacia la pared del granero y comenzó a gritar:

—¡Eco, eco, dime tú!

—¡Dime tú! —respondió el eco.

—¡Dime si me casaré este año!

—¡Casaré este año! —respondió el eco.

—¿Será mi prometido muy hermoso?

—¡Muy hermoso! —respondió el eco.

—¿Tendrá mucho dinero?

—¡Mucho dinero! —respondió el eco.

—¿Estás diciendo la verdad o estás mintiendo?

—¡Mintiendo! —respondió el eco.

La propia hija del párroco le había enseñado todo esto hacía unos meses, pero las cosas eran muy distintas ahora respecto de entonces. Maja Lisa ya no tenía fuerzas para jugar y burlarse del eco.

Pequeñita permaneció junto a ella hasta que llegaron al pequeño guijarral, que quedaba en el lado izquierdo de la carretera, cerca de la pared de roca. Entonces dejaba a Maja Lisa y corría hasta el fondo del pozo y cavaba en busca de mica brillante entre las piedras caídas. Cuando le faltaba poco para perder de vista a la hija del párroco en la curva del camino, corría hacia ella.

Luego seguían juntas todo el camino hasta el arroyo. Pequeñita no podía entender que la hija del párroco pudiera pasar por delante del arroyo sin siquiera detenerse a mirarlo. Bajaba fuerte y agreste por la colina del bosque y había pequeñas cascadas, una más hermosa que la otra, antes de llegar al camino. Pasaba por debajo de este haciendo un ruido infernal, sin querer quedarse en el viejo surco, liberándose y desbordando por el camino. Pero Pequeñita no podía resistirse. Se apresuraba a bajar desde el camino para cavar, construir presas y obligar al arroyo a que regresara a su cauce.

Ojalá Maja Lisa se hubiera detenido para ayudarla. Pero la hija del párroco apenas lograba caminar por el camino. A Pequeñita le parecía que no estaba caminando en realidad, sino que solo se arrastraba hacia delante. Años atrás, la hija del párroco también había construido presas en el arroyo, pero entonces solo era una niña.

Maja Lisa se detuvo, porque, de repente, comprendió lo que le había sucedido. Se estaba haciendo mayor: la juventud y el deseo juvenil le habían sido arrebatados.

La joven caminaba y caminaba, así que Pequeñita tuvo que abandonar el arroyo y seguirla. Sin embargo, la niña no se quedó mucho tiempo en el camino.

Llegaron a una verja que llevaba hasta un prado, donde Pequeñita había oído que se podían encontrar anémonas blancas. Aún no habían florecido, pero ahora, tan entrada la primavera, saldrían cualquier día. Pequeñita abrió la verja para echar un vistazo al interior. Había decidido que sería ella la que regresaría a casa ese año con la primera anémona blanca.

La hija del párroco caminaba como una anciana cansada y lo que menos le apetecía era buscar flores de primavera.

Un poco más allá, Pequeñita tenía un buen amigo, al que nunca

dejaba de visitar. Era el cárabo, el búho que vivía en el gran abedul hueco, el árbol más grande de todo Lövdala. Pequeñita tomó un palo de madera y lo metió en el nido del búho. El ave estiró una garra y trató de empujar el palo. Pequeñita no veía del búho más que sus grandes garras. Maja Lisa lo sabía bien, porque también había jugado con aquel búho en sus tiempos. Ahora no podía entender qué había habido de divertido en eso.

Tan pronto como hubieron pasado por el abedul del búho, Pequeñita vino corriendo. La hija del párroco sabía que ahora la niña no se alejaría de ella durante un rato, pues tenían que pasar junto al viejo muro de piedra cubierto de musgo, donde podía haber fantasmas. Ay, ojalá volvieran los tiempos en que ella misma también tenía miedo del párroco sin cabeza, horrible, al que te podías encontrar en el muro.

El camino iba cuesta arriba y la hija del párroco notó que avanzaba a paso de caracol. Pensó que nunca llegaría a la cima.

Nunca solía ir más allá del final de la colina. Allí había, cerca de la carretera, una gran roca, llamada de Vilarstenen, sobre la que se sentó un rato. En la parte delantera de la roca había un pequeño asiento esculpido en la piedra, de un tamaño tal que Pequeñita y ella apenas cabían. Maja Lisa cerró los ojos y se sintió tan cansada que no pudo decir palabra. Pequeñita también guardó silencio. Al cabo de un rato, la joven abrió los ojos porque pensó que la niña se había ido en busca de una nueva aventura. Pero estaba allí quieta, acariciando con suavidad un volante del vestido de Maja Lisa.

Todo era muy triste para Maja Lisa. Ella, que heredaría Lövdala y la parroquia. Pequeñita era la única que no la había abandonado.

Se sentía tan mayor y tan cansada precisamente por eso, porque todos la habían abandonado. Estaba más sola que la una.

Desde que había vuelto de Svanskog, no había tenido a nadie que la quisiera bien y la cuidara. Nada más llegar, soñaba todos los días con que alguien viniera y la liberara de todas sus dificultades. No sabía quién sería ni cómo se comportaría para ayudarla, pero como en Svanskog habían sucedido cosas tan maravillosas, no podía pasar otra cosa que el curso de los acontecimientos siguiera siendo así.

Sin embargo, con el paso de los días, nada cambiaba. Una semana siguió a la siguiente, y todas eran tan parecidas que ni siquiera era capaz de diferenciarlas al recordarlas.

No entendía, y le resultaba extraño, que hubiera tanto silencio a su alrededor. A veces fantaseaba con que pasaban cosas que le concernían muy lejos de ella. Era como si pudiera oír a alguien hablando sobre

ella. Otras veces, sentía ansiedad, como si alguien la añorase y quisiera encontrarse con ella. Pero ya había pasado todo el mes febrero, todo el de marzo y todo el de abril, sin que le hubieran llegado mensajes o cartas de aquellos que eran libres y podían moverse a su antojo. No como ella, que vivía encerrada en una jaula con barrotes de hierro.

Empezó a comprender que nadie vendría en su ayuda. Tendría que luchar sola, sin la ayuda de nadie. Pero perder la esperanza le resultaba difícil. Había hecho buenos amigos, amigos poderosos, así que no podía entender por qué no se preocuparan por ella.

La vieja roca sobre la que estaba sentada llevaba aquí, en el mismo lugar, junto al lado del camino, desde los tiempos en que Lövdala no era más que un prado con pastos de verano en mitad del bosque, donde las pastoras pasaban todo el verano con sus vacas y cabras. Seguramente, algún muchacho habría esculpido aquel asiento en la roca para que su prometida tuviera un lugar para descansar. Desde donde estaba ella, en la cima de la colina, podía verse todo el camino hasta el lago de Löven y la iglesia. En la roca, seguro que muchas pastoras habían pasado muchas tardes esperando a que vinieran a buscarlas para llevarlas de vuelta a casa, desde el bosque hasta el pueblo. Estando sentada allí, notaba que aquel lugar siempre había sido un sitio en el que se sentía un fuerte deseo.

Maja Lisa apoyó la cabeza en la mano y suspiró. Los que tenían que ayudarla deberían llegar pronto. No podría aguantar mucho tiempo más. No estaba enferma, pero se estaba muriendo de tristeza y abandono. Lo más probable es que no pudiera venir hasta aquí muchas más veces.

Además, no solo ella necesitaba ayuda, sino también Lövdala. Era su casa, el hogar del que amaba cada una de sus piedras, el que ahora se estaba perdiendo.

Eran los últimos días de abril y hacía frío para quedarse quieta sentada. Caminó despacio de vuelta a casa, aunque no pensando en sí misma, sino solo en Lövdala.

Un domingo a finales de marzo, su padre volvió a casa de la iglesia con la noticia de que el pastor Liljecrona había renunciado ante el rey al puesto de párroco en Sjöskoga. Su padre había hablado de ello mientras comían. Maja Lisa se había puesto colorada y muy nerviosa. Enseguida le preguntó si se había enterado de por qué no había aceptado un puesto así. Sin embargo, su padre no pudo responder a eso. Solo sabía que el pastor Liljecrona hacía mucho bien entre sus feligreses y que comentaba que debía de ser un hombre de mérito excepcional,

puesto que renunciaba a la prosperidad y a un alto estatus social para poder quedarse con quienes lo necesitaban.

Su madrastra, para su sorpresa, también se había interesado por las noticias que traía su padre. Le había preguntado si era realmente cierto que Liljecrona había rechazado el puesto. Y cuando su marido confirmó que así era, le dijo a su manera brusca que era él quien debería solicitarlo.

Desde luego, el padre de Maja Lisa no se había quedado sin palabras muchas veces en su vida, pero en esta ocasión se quedó en silencio mirando fijamente a su esposa. Casi parecía asustado, como si le hubiera parecido mal que ella hubiera tenido ese pensamiento. Ya no estaba seguro de ser capaz de decirle que no a su esposa.

Maja Lisa también se quedó consternada. Hubiera preferido creer que su madrastra estaba bromeando, pero ese no era el caso. Tampoco era una mala idea, ella misma había pensado muchas veces que su querido padre debería ser al menos obispo, pero desde que tuviera el derrame cerebral, animarlo a que solicitara un puesto en una parroquia grande y problemática sería muy injusto. Sin duda, su padre se sentía mucho más fuerte últimamente y ya casi se había recuperado del todo, pero su madrastra sabía que no por completo.

Maja Lisa había tenido que callarse. De haberse atrevido a objetar, su madrastra habría seguido insistiendo con más fuerza.

Como la esposa del párroco no recibía respuesta ni de uno ni de otro, siguió insistiendo:

—Si uno se queda atrapado en un lugar durante demasiado tiempo, envejece prematuramente. Lo mejor es deshacerse de la comodidad y conseguir un nuevo puesto.

Maja Lisa pensaba que su padre era demasiado mayor para solicitar un puesto con más trabajo, pero aun así no dijo nada.

Entonces su madrastra comenzó a hablar, como si ya se hubiera decidido que su marido estaba de acuerdo con su propuesta. Seguro que ahora tendrían que repetirse las elecciones. En cualquier caso, su marido debería viajar a Karlstad al día siguiente para enterarse de todo. Y lo mejor sería que fuera hasta Estocolmo para que presentara él mismo su solicitud a Su Majestad el Rey. Sus credenciales académicas lo avalaban y conseguiría muchos y buenos apoyos, pues el hombre había sido preceptor de varios de los altos cargos que ahora estaban en el poder, ella lo sabía.

Hasta entonces, Maja Lisa solo se había preocupado por su padre. Sin embargo, ahora estaba pensando en otra cosa, y al hacerlo ya no pudo

controlarse e interrumpió a su madrastra.

—Si padre se muda a Sjöskoga, no podrá quedarse con Lövdala.

Entonces la esposa del párroco se volvió hacia ella, doblando los dedos a modo de garras. Todo el odio y todo el desprecio que sentía por ella le nublaron la voz, de modo que casi no se le entendió cuando respondió:

—¡Tu padre no tiene que quedarse cuidando de Lövdala para ti! Bien puede ser capaz de deshacerse de esto, para convertirse en un hombre libre y que pueda ocupar la posición que más le convenga.

El hombre, que había terminado de comer, se levantó de la mesa a toda prisa. Quería dar por finalizada aquella conversación.

Maja Lisa acababa de darse cuenta de lo que su madrastra había querido decir cuando afirmó que algún día le enseñaría a llorar. Su padre tendría que solicitar el puesto en Sjöskoga solo porque su madrastra sabía que ella amaba Lövdala más que cualquier otra cosa, y que nada la hundiría más que perder el hogar de su infancia.

La esposa del párroco tuvo que insistir durante toda una semana para que el hombre decidiera marcharse. Le había rogado e insistido todos los días y había puesto todo su empeño en que al menos fuera a Karlstad y averiguara cómo estaban las cosas. Aunque durante varios días pareció que no lo conseguiría. Y lo más seguro es que hubiera tenido que renunciar a su propósito de no haber sido por lo que sucedió unos días después.

Lyselius había sido párroco en Svartsjö durante veinte años, y durante todo ese tiempo había tenido muchos problemas y muchas preocupaciones. La más importante, la reconstrucción de la iglesia después de que una tormenta hubiera incendiado la antigua. No solo había tenido que ir a ver al rey para pedirle dinero, sino que también había solicitado la ayuda de muchos nobles, viajando de parroquia en parroquia para recoger las donaciones. Cuando la iglesia estuvo terminada, hay que decir que fue obra del hombre. Por esa razón, en su congregación le estaban agradecidos y le respetaban.

Pero últimamente, eso era verdad, el párroco había notado que sus feligreses comenzaban a alejarse de él. No acudían a él como antes para pedirle consejo. Quizá fuera porque la gente pensaba que ahora era su esposa la que se los dictaba. El hombre no lo entendía, y se sentía rechazado.

Y de la misma forma que con sus feligreses, le empezó a suceder con la gente de su casa. La casa también se había incendiado, igual que la iglesia, y eso le había ocasionado grandes preocupaciones y muchos

gastos. Todos los campesinos, que llevaban en Lövdala toda la vida, incluso antes de que él fuera párroco, estaban muy contentos por lo que había logrado como constructor y como agricultor, lo que hacía que siempre se hubiera encontrado con caras amables. Pero últimamente, eso también había cambiado. El hombre veía a la gente malhumorada, tanto en la casa de los criados como en la cocina, y no quería culpar de esto a la que tenía la culpa, sino que se preguntaba una y otra vez por qué sus buenos sirvientes de toda la vida eran tan ingratos y antipáticos.

Todo esto le sirvió a su nueva esposa para persuadirle de que solicitara el puesto en Sjöskoga. Aunque no lo hubiera conseguido de no ser por el molesto incidente que se produjo con Vetter.

Maja Lisa estaba tan cansada y letárgica que le costaba recordar cuándo había sido, aunque creía que debía de haber sido a mediados de marzo, cuando su madrastra se asustó al saber que habían soltado a Vetter de la cárcel.

Vetter vivía en una pequeña cabaña que quedaba un poco al norte de Lövdala. Era un ladrón, así que cuando se dijo que regresaba a casa, todos deberían haber sentido miedo. Pero Vetter había sido vecino de Lövdala durante muchos años, así que que estuviera en casa o no era lo de menos. Además, se sabía que era tan listo que nunca robaba a sus vecinos más cercanos.

Cada vez que salía de la cárcel, se prometía a sí mismo que no robaría más, pero nunca fue capaz de cumplir su promesa. Le gustaba el oficio de ladrón y estaba tan orgulloso de ser tan hábil en lo suyo como la esposa del párroco por sus dotes de cocinera. La consecuencia de todo ello fue que Vetter se pasó en la cárcel buena parte de su vida. Cuando el párroco y su nueva esposa se casaron estaba entre rejas, así que la mujer no tenía ni idea de que tendría como vecino a un gran ladrón.

Ahora, el miedo la estaba volviendo loca. La mujer tenía la firme creencia de que todas las personas robaban, incluso las más honradas, y ella siempre vivió con el temor de perder lo que era suyo. Durante los muchos años que había sido ama de llaves en buenas casas, le habían regalado varios objetos de plata que guardaba en un cofre, que guardaba debajo de la cama por la noche. Esa plata era lo más preciado que poseía, pero ahora, teniendo a un ladrón como aquel cerca, estaba segura de que la perdería.

La mujer ya tenía los armarios y cajones tan bien cerrados que no se podía hacer mejor. Pero desde que Vetter había vuelto a casa, apenas

tenía tiempo para otra cosa que no fuera tocar las cerraduras y contar las llaves del llavero. Por la noche, tomaba un hacha grande del cobertizo de leña y la colocaba junto a la cama, y no descansó hasta que su marido colgó un rifle cargado sobre la cabecera.

El párroco trató de convencerla de que era cierto que Vetter nunca robaba a sus vecinos. Sin embargo, acabar con los miedos de su esposa le resultó imposible.

Como siempre solía hacer, cuando Vetter llevaba ya en casa un par de días, fue de visita a Lövdala. La mujer estaba en la cocina, lo vio pasar por la ventana e inmediatamente preguntó quién era.

—Es Vetter —dijo el ama de llaves, que no parecía sorprendida—. Debe de venir por aquí para informar al párroco de que ha regresado a casa.

Aquello era algo que no se esperaba, pues el hombre, que había entrado para hablar con su marido, no parecía más que un granjero amable y modesto. Las piernas no la sostenían. Simplemente, se derrumbó.

Tan pronto como pudo, la esposa del párroco se apresuró a entrar en las habitaciones. Tomó el cofre de plata, se sentó en el sofá y lo abrazó mientras Vetter estuvo en la casa.

La mujer tuvo que estar bastante rato abrazando el cofre, porque su marido siempre había sentido cierto aprecio por Vetter, y no lo dejó marchar hasta que hubo escuchado todas sus últimas hazañas. Después de eso, tenía que advertirlo y amonestarlo un poco, para que no parecería que lo había dejado hablar solo para pasarlo bien.

Después de la visita, su esposa se quedó más tranquila respecto de lo que guardaban en la casa. No así por lo que se guardaba en los graneros y otras dependencias y, sobre todo, estaba preocupada por la despensa. Tenía una cerradura tan vieja y en tan mal estado que cualquiera que quisiera podía abrirla. Si no se tenía la llave a mano, era muy fácil abrirla con un palo.

Justo esa semana, cuando se habló tanto de Sjöskoga, la esposa del párroco había enviado a buscar a Olaus de Smedsby, un maestro herrero. Lo puso a trabajar para que hiciera una cerradura nueva, tan bien hecha que ningún ladrón en el mundo pudiese abrirla. Y durante cuatro días enteros, Olaus estuvo en la herrería. Hizo una cerradura tan grande y pesada que incluso a ella le costaba girar la llave.

Cuando estuvo colocada en la puerta de la despensa, la mujer se sintió feliz. La cerró por la noche y se llevó la llave al dormitorio. Dijo que dormiría más tranquila esa noche de lo que lo había hecho en

mucho tiempo.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, la llave grande estaba debajo de la almohada, pero eso no impidió que hubiera sucedido algo extraño en la despensa durante la noche.

Allí la puerta estaba tan firmemente cerrada como lo había estado por la noche, pero a pesar de eso, todo aquello que se había guardado allí y que podía moverse, tanto los barriles de carne como los panes, jamones y salchichas, medidas y pesos, cajas y sacos, estaban fuera, dispuestos de manera ordenada en las escaleras de la despensa.

Todo lo habían movido, pero no habían destrozado nada ni robado nada. Al verlo allí todo, colocado y fuera de la despensa cuando esta había permanecido cerrada con llave, nadie podía dejar de preguntarse cómo había sucedido tal cosa.

La esposa del párroco, como todos los demás, pensó inmediatamente que había sido Vetter. Pero cuando examinó y registró y descubrió que no faltaba nada, ni siquiera un trozo de pan, no pudo entender del todo al ladrón.

Cuando el párroco salió a caminar por la mañana, se encontró con Vetter. Fue entonces cuando se enteró de lo sucedido.

—¡Vetter, Vetter! —dijo el párroco—. ¿Qué está haciendo? ¿Es usted quien ha estado en mi despensa esta noche?

El hombre parecía completamente ofendido cuando le respondió:

—Señor párroco, puede usted decirle a su esposa que nunca robo a los vecinos. No debe dejar que crea que si tiene cerraduras muy buenas me impedirá acceder a lo que quiera.

¡Ay, ay! Si el párroco hubiera sido como antes, se habría estado riendo de aquello durante mucho tiempo. Sin embargo, ahora le molestaba. Entendió que aquella historia recorrería toda la parroquia y que todos se reirían de su esposa y puede que incluso de él mismo.

Lyselius no le dijo a Vetter una sola palabra. Sentía como si todos lo traicionaran, como si ya no tuviera amigos entre sus feligreses. Quizá que sería mejor que dejara Svartsjö.

Cuando regresó a la finca, le dijo a su esposa que quería ir a Karlstad al día siguiente para averiguar cómo estaban las cosas con Sjöskoga.

El hombre había ido y vuelto, y desde luego, parecía que su esposa había tenido razón, porque se había sentido bastante mejor cuando regresó a casa. Había estado tanto en Karlstad como en Estocolmo y recibido buenas impresiones. Se alejaría de Svartsjö, desde luego.

Durante el viaje, había llegado a sus oídos una noticia extraña: el pastor Liljecrona de Finnerud se había casado en primavera. Decían que

lo había hecho con una persona sencilla, no con un buen partido. Le habían dicho que esa era la verdadera razón por la que se había quedado en el territorio finés.

Maja Lisa no se había atrevido a preguntarle nada más acerca de lo que había de cierto en eso, pues los ojos de su madrastra la miraban con atención. Pero ahora al menos había entendido por qué su buen salvador no se había puesto en contacto con ella. Y fue principalmente después de esto cuando acabó por desanimarse y perder toda esperanza. El pastor Liljecrona le había parecido combativo e ingenioso, y ella había confiado en él como en un buen hermano. Había esperado hasta ahora que viniese corriendo con toda la fuerza de su juventud y la ayudara.

LA ACUSACIÓN

Todo el mundo en Lövdala tenía tanta curiosidad que apenas podía contenerse. ¿Cómo podía ser que el administrador de Henriksberg hubiera venido en un carruaje, en compañía de una dama a la que nadie conocía, y que no hubieran entrado en el salón, como hacía la gente cuando venía de visita, sino que habían ido a buscar al párroco a su despacho para hablar con él a solas durante varias horas?

Ni Raklitz, ni Maja Lisa, ni el ama de llaves, ni ninguna de las criadas podían imaginarse por qué habían venido. La criada, que los había ayudado a salir del carruaje, había notado que se les veía serios y tristes, pero no podía contar nada más.

La esposa del párroco hizo el intento de sentarse en la antesala para coser. Esa habitación estaba al lado de la de su marido y, de haber podido quedarse allí, seguramente se habría enterado del asunto que se traían entre manos los forasteros. Pero después de un par de minutos, el párroco entreabrió la puerta y le pidió que se fuera a coser a otra habitación. A su debido tiempo, ya se enteraría de lo que habían hablado cuando él mismo se lo contara.

Los forasteros habían llegado a primera hora de la tarde y a la esposa del párroco le preocupaba que no hubieran podido almorzar. Envió a la criada al despacho de su marido para preguntarle si podía invitarlos a cenar, pero la criada regresó con el mensaje de que no querían nada.

Mientras la criada estuvo dentro del despacho, nadie había dicho nada. Lo único que pudo contar cuando regresó fue que la forastera había permanecido sentada secándose los ojos, como si hubiera llorado.

El mozo, que los había traído, fue invitado a la cocina para comer un poco. Le gustaba hablar de todo lo que sabía, pero no era mucho.

Nunca había visto a esa mujer. Había llegado caminando a Henriksberg anoche y había pedido hablar con el administrador. Esa mañana temprano, el administrador en persona había ido al establo y le había ordenado que los llevara a Lövdala. Aquel hombre era capaz de no decir nada durante semanas enteras y, hoy, no había dicho una palabra en todo el viaje.

La esposa del párroco no había podido concentrarse en su trabajo desde que llegaran los forasteros, iba inquieta de habitación en habitación. En un momento dado, se llevó a Pequeñita al salón para preguntarle si le había contado a alguien que le estaba enseñando a leer y escribir.

Que lo hubiera contado no sería nada malo, continuó la esposa del párroco, pero es que a ella le gustaría darle la sorpresa a su marido diciéndole que sabía leer en sus libros, así que le pidió a la niña que lo mantuviera en secreto por un tiempo más.

Pequeñita le aseguró que no había dicho nada. Lo de la escritura nunca había tenido el menor deseo de contárselo al párroco ni a nadie más. Había otras cosas que le costaba más mantener en secreto. No podía entender por qué Maja Lisa había mandado tan estrictamente que no se le permitiera decirle al párroco cómo la madrastra se comportaba con ella. ¿Qué pasaría si el hombre averiguaba el tipo de bruja que tenía por esposa?

Maja Lisa era la menos curiosa. Últimamente era como si se le hubiera paralizado el alma. No podía estar ni feliz ni triste y no le importaba lo que le pasara. Creía que la madrastra no dejaría de atormentarla hasta matarla. Pero eso tampoco importaba. Tampoco tenía miedo a morir. Sería un descanso.

Estaba sentada junto al telar cuando Pequeñita entró y le dijo que el administrador de Henriksberg había llegado a Lövdala, y solo detuvo el telar un momento. «El administrador de Henriksberg». Le parecía muy extraño. ¿Por qué tenía que importarle que viniera? Si hubiera sido el invierno pasado, se habría esperado cualquier cosa ante su llegada, pero ahora…

A las cinco, el párroco hizo sonar la campana y pidió que trajeran una bandeja con pan y mantequilla y tres vasos de leche a la antesala.

Como él había dicho específicamente solo tres vasos, la esposa del párroco entendió que no estaba invitada a entrar y hacerles compañía, así que permaneció en el salón cosiendo hasta que oyó que su marido y los invitados habían salido a la antesala. Entonces dejó la costura y se fue a la cocina.

—¡Ven conmigo! —le dijo a Pequeñita—. Iba a sacar la ropa de los domingos de mi marido para cepillarla, porque mañana es domingo, pero no he podido entrar al despacho. Vamos a intentarlo ahora mientras cenan.

Fueron de puntillas por el vestíbulo. La mujer abrió la puerta del despacho tan silenciosamente que era imposible molestar a los que estaban sentados en la antesala. También abrió con cuidado la puerta del armario.

—Entra ahora —le susurró a Pequeñita—, pero estate callada.

La niña entró en el armario, e inmediatamente la esposa del párroco cerró la puerta.

—Ya vienen! ¡Tienes que quedarte donde estás! —dijo a través de la rendija de la puerta. Y la oyó escabullirse.

Pequeñita, por supuesto, se quedó de pie inmóvil, aunque no se dio cuenta de que nadie había entrado hasta pasado un buen rato.

Pero si la esposa del párroco había aprovechado la oportunidad para encerrar a la niña en el armario y así averiguar qué asunto se traían los forasteros entre manos, se había molestado en vano. Porque en ese momento, el párroco hizo llamar a su esposa y a su hija, e incluso a la abuela Beata, que estaría en su alcoba de la bodega.

Cuando entraron, el administrador de Henriksberg estaba de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, apoyado contra una gran estantería, y la mujer que lo acompañaba estaba sentada en el pequeño sofá esquinero. Ella iba muy bien vestida, pero tenía las manos demasiado grandes y ásperas para ser de casa bien. Era joven y hubiera sido hermosa de no haber tenido la cara colorada e hinchada por las lágrimas.

A medida que entraban, el párroco daba un paso al frente y presentaba a los forasteros. Dijo que ella era la mujer del párroco Liljecrona de Finnerud y él el administrador Liljecrona de la fundición de Henriksberg.

No se dijo nada más, hasta que su esposa y la señora Beata tomaron asiento en dos grandes sillones, mientras que su hija se sentó cerca del escritorio en un taburete, donde siempre se había sentado cuando estaba con su padre.

Todos notaban que algo malo estaba a punto de suceder, pero nadie sabía a quién afectaría, hasta que Lyselius se volvió hacia Maja Lisa.

—Ya conoces a la esposa del párroco Liljecrona, aquí sentada, ¿verdad? —afirmó.

Maja Lisa mantuvo la mirada fija en el suelo. No se atrevió a mirar a

su padre. Tan pronto como entró en la habitación, se dio cuenta de que le había sucedido algo terrible. «Ya está aquí lo que acabará con mi padre», pensó. Él hombre tenía el rostro gris y respiraba con dificultad tras pronunciar cada palabra. Ella estaba tan angustiada que la apatía y la indiferencia que antes sintiera desaparecieron de repente. Las manos le comenzaron a temblar y tuvo que apretar los dientes con fuerza para que no le castañetearan. Estaba segura de que le daría otro derrame y se desplomaría allí mismo, ante sus ojos.

Pero su padre estaba esperando su respuesta. Cuando por fin pudo dominar el miedo, dijo con voz bastante tranquila:

—Querido padre, nunca había visto a la esposa del párroco. No entiendo qué quiere decir, padre.

El párroco se encogió de hombros. Quizá lo entendiera mejor si le explicaba que la actual esposa del párroco Liljecrona había sido antes su ama de llaves durante varios años.

Había algo extraño en el tono de voz de su padre, algo despectivo y que dejaba notar que estaba enfadado. Maja Lisa se obligó a mirarlo. Había fruncido el ceño y le habían salido manchas rojas en la cara. Desde luego, aparte de que le estaba afectando algo que lo hacía profundamente infeliz, también estaba muy enfadado. Y aunque no podía entender qué pasaba, tenía que aceptar que estaba enfadado con ella.

Se levantó de golpe del pequeño taburete y se puso de pie, erguida, frente a su padre, como para defenderse mejor.

—Seguro que se habrá dado cuenta, padre, de que no entiendo más que antes.

Lyselius estaba desconcertado, no esperaba tal obstinación. Sabía que su hija conocía la historia, pero al igual que ella quería volver a escucharla, así que no le importó contarla a su manera. Puede que su tía en Svanskog no le hubiera dado una explicación correcta.

Maja Lisa se atrevió a interrumpir a su padre. Su tía de Svanskog había hablado mucho sobre el párroco Liljecrona, pero no había dicho nada sobre su ama de llaves.

Lyselius levantó las manos. Daba lo mismo, ya fuera la tía u otra persona quien le había contado el chisme. En cualquier caso, se trataba de alguna mujer, porque siempre salía de ellas lo peor cuando una se enfrentaba a otra. Si un hombre hubiera hablado de aquel asunto, le habría dicho que siempre hay que ponerse en la piel de una persona antes de juzgarla. ¿Cuántos de ellos, que se habían regocijado de que el párroco Liljecrona se hubiera quedado tanto tiempo entre los fineses,

educándolos, habían pensado en cómo había vivido él? Su padre acababa de enterarse de que vivía en una pequeña cabaña de una sola habitación y que su salario apenas llegaba a los cien táleros de plata. Menudo trabajo, entonces, para la que estaba a cargo de la casa, alejar de ella la miseria. Ella no solo le había tejido, sino que también le había hecho la ropa. Había llevado las vacas y las ovejas a pastar en el bosque. Durante todos los años que había estado a su servicio le había hecho mucho más bien del que pudiera haberle proporcionado una señorita malcriada. Gracias a ella, el párroco Liljecrona podía ocuparse de sus buenas obras allí en el norte.

Maja Lisa sintió que comenzaba a irritarse un poco ella también. ¿Por qué estaba enfadado su padre? ¿Acaso creía que ella había tratado de atraer al párroco Liljecrona cuando se habían conocido en Svanskog? ¡No podía estar prohibido hablar con él! Pero se contuvo y le pidió que la creyera cuando decía que nunca había oído hablar de todo aquello.

Lyselius toqueteó con impaciencia un papelito doblado que tenía delante en el escritorio.

Admitió que era raro que ella se hubiera enterado de la relación del párroco Liljecrona con su ama de llaves, porque se había mantenido tan en secreto que ni siquiera su hermano lo había sabido hasta ahora, después de la boda. Pero ¿cómo había podido Maja Lisa haber sido tan rápida en juzgarla cuando se había enterado de la relación? ¿Es que no entendía que tenía sus derechos? Aunque no hubiera sido una esposa oficial, aunque fuera de clase social baja, siendo fiel durante tantos años, sacrificándose por él, debería haber contado con la misericordia de los más estrictos.

Maja Lisa, una vez más, tuvo que pedirle que la disculpara, pero aún no sabía qué daño había hecho.

Se notaba bastante que a su padre le molestaba lo indecible verse obligado a dar tantas explicaciones. En la frente le empezaron a aparecer grandes gotas de sudor.

Por si ella no lo sabía de antes, el párroco Liljecrona había prometido hacía muchos años casarse con el ama de llaves que ahora era su esposa. Se había acordado que el matrimonio se llevaría a cabo tan pronto como él alcanzara una posición tal que pudiera mantener a una esposa y ella no tuviera que seguir como sirvienta. Tampoco había existido la menor preocupación de que la promesa no se cumpliera, hasta este año, poco después de Navidad. El párroco Liljecrona había hecho entonces un pequeño viaje, como solía decirse, para encontrarse con su hermano. No llegó más allá de la posada de Svanskog, pero tras

su regreso, había cambiado por completo. Estaba triste, preocupado y ya no hablaba de su matrimonio. Luego descubrieron a quién había conocido en Svanskog.

Lyselius se volvió directamente hacia Maja Lisa.

—¿Tampoco sabes a quién conoció?

—Querido padre, sé que me conoció a mí. El párroco Liljecrona me habló de manera muy natural todo el día, como un buen hermano.

Una vez más, su padre hizo un gesto, como si estuviera completamente desesperado por la obstinación de su hija.

—Bien puede ser que el párroco Liljecrona no te propusiera matrimonio ese día, pero no puedes haber dudado de sus sentimientos por ti. De lo contrario, no habrías enviado este mensaje…

Maja Lisa interrumpió a su padre sin la más mínima duda.

—Querido padre, no le he escrito. Si su esposa dice algo así…

—No se trata de una carta para el párroco Liljecrona, sino de una nota para su ama de llaves.

—¿Ah, sí? ¡Para su ama de llaves! —espetó Maja Lisa, con tanto enfado en la voz y tanto desprecio como la de su padre—. ¿Así que mi padre se ha enterado de que le he escrito al ama de llaves? Seguro que le escribí para que renunciara al párroco Liljecrona por mí.

Su padre la miró con frialdad.

—Ya sabes lo que has escrito —dijo.

Pero ahora sí que Maja Lisa estaba enfadada de verdad. Ya no pensaba en su padre, sino en poder justificarse a sí misma. Quería saber de dónde salía todo aquello.

—Querido padre, ¿la carta está firmada con mi nombre?

—No, no hay ningún nombre en la nota, pero se envió a Finnerud con un saludo de tu tía en Svanskog, que se enviaba al ama de llaves del párroco Liljecrona y que venía de Lövdala.

Desde luego, Lyselius estaba sorprendido de que ella no se diera por vencida ante tal evidencia, sino que siguiera insistiendo.

—Querido padre, ¡cuénteme más sobre lo que he hecho! Es divertido escucharlo. No puedo adivinarlo todo.

—¿Qué más has hecho? —dijo el hombre, golpeando la mesa—. ¿No es suficiente que hayas escrito la nota, que hayas querido usurpar a otra un hombre que le pertenecía, que hayas insultado a una mujer que solo ha pecado por amor? ¿Qué has hecho? Has hecho a esta mujer desgraciada, de modo que en la desesperación ha cometido la locura más peligrosa. Caminó hasta Karlstad, visitó al obispo, se lo contó todo y le pidió ayuda. Con lo cual el obispo aceptó defender su causa y

escribió a Liljecrona, que estando ahora a punto de aceptar el puesto en un distrito parroquial tan grande, debía exigirse más a sí mismo. Le hizo comprender que no se le podría nombrar párroco de Sjöskoga hasta que hubiera arreglado satisfactoriamente sus asuntos personales. Seguro que el obispo se lo había escrito de la manera más suave y sabia posible, pero el párroco Liljecrona era un hombre orgulloso y brusco. Se habría sentido avergonzado y profundamente herido. Uno podría haber esperado que si no se hubiera hecho nada al respecto, su buen corazón hubiera ganado. La pasión temporal que se había apoderado de él, la habría superado, habría seguido voluntariamente los mandamientos del deber. Pero ahora se sentía obligado, desesperado, se apoderó de él un odio insaciable hacia ella, la que tenía los derechos sobre su afecto. Sin embargo, al principio no mostró su odio, tan poco como mencionó nada sobre la carta del obispo. Pero un día, aproximadamente un mes después de recibirla, fue al establo, enganchó su caballo, se dirigió a la entrada y le preguntó al ama de llaves si quería dar una vuelta con él un rato. Lo hizo como una gran bondad, puesto que ella ya no estaba acostumbrada a eso. Corrió, agarró un pañuelo para la cabeza, se sentó en el trineo con el abrigo corto de todos los días y los zapatos más sencillos, sin arreglarse. El trineo salió a gran velocidad.

»Durante el viaje pasó por delante de un par de granjas más grandes. Era cierto que solo eran cabañas de fineses, pero ella seguía avergonzada por la ropa que llevaba y quería bajarse y volver a casa. ¡Pero, no! Él no quiso detenerse. Ella cedió, se adentraron en un bosque solitario y fueron más rápido. Ella empezó a asustarse y pidió de nuevo bajarse. Con voz fuerte y mirada de enfado, él le dijo que iban a casarse. Estaban de camino a la rectoría de Västmarken. Ella creía que eso era una broma, se quedó callada un rato, luego volvió a pedir que la dejara apearse del trineo para volver a casa. Entonces el caballo se detuvo de un tirón y él le dijo que era libre para bajarse del trineo si quería, pero que si lo hacía, perdería toda la opción de casarse. En ese momento, estaba dispuesto a viajar a Västmarken y casarse con ella, pero si ella no aprovechaba esta oportunidad, él no le daría otra. Ella objetó que era imposible casarse, no lo habían solicitado. Él la informó que él lo había solicitado en la parroquia de origen de ella, sin que ella lo supiera.

»Todo esto lo dijo con una cara y una mirada tan aterradoras que ella estuvo a punto de bajarse. Pero entonces, pensó que si se bajaba, renunciaría a la felicidad en la vida, así que se quedó. Estuvo llena de dudas durante todo el viaje, se daba cuenta de que él la odiaba, pues la

estaba obligando a casarse sin un vestido de novia decente. Incluso en la silla nupcial, estuvo cerca de decir que no, pero no lo hizo. No quería cederle su amado a la otra, la que había escrito la nota, la que había escrito aquellas abominables líneas que habían provocado tal desgracia. También esperaba que ese odio se pudiera aliviar con el tiempo, que podría recuperarlo y reconciliarse. Pero calculó mal a este respecto, pues lo cierto era que la odiaba tanto que daba miedo. Él le contó que ya había tomado la decisión de renunciar al gran distrito parroquial. Ella entendió que él lo había hecho, para seguir languideciendo en la pobreza. Nunca tener una vida mejor ni una posición mejor. Pero eso no era todo. Pronto se dio cuenta de algo mucho peor, es decir, de que él estaba tratando de destruirse a sí mismo por todos los medios. Había empezado a beber sin moderación, sin límite. Le pidió y rogó que lo dejara, pero él no le hacía caso. Se daba cuenta de que no le quedaba ninguna alegría en la vida. Ni siquiera preguntaba por sus pobres feligreses. Quería desaparecer, quería morir.

»Y entonces, dejó de ser un párroco y pasó de ser un hombre bueno a convertirse en una bestia salvaje. ¡Y todo esto por la imprudencia de una niña insensata! ¿Entiendes ahora lo que has hecho? Sobre todo, ¿entiendes que lo mejor sería admitir que has escrito la nota por una pasión amorosa infantil? Porque si no es así, obligarás a tu padre a creer que la has escrito con mala idea para hundir Liljecrona, para que su puesto en Sjöskoga lo obtenga alguien que esté aún más cerca de ti. Y entonces, no te podré perdonar, ya no podré llamarte mi hija.

A lo largo de este discurso, Maja Lisa iba pensando en cómo podría convencer a su padre de que ella no había escrito la nota. Ay, si hubiera escuchado esta historia contada con tanta elocuencia en otra ocasión, ¡cómo la habría conmovido! Pero ahora sus pensamientos giraban solo en torno a la injusticia que le había ocurrido a ella misma, y no solo por parte de su padre. No estaba pensando en la pobre mujer, sino en el hombre que la acompañaba para acusarla. También él creía en la acusación, pensaba que había escrito aquella nota para suplicar por un hombre que pertenecía a otra.

De repente se volvió y miró a Liljecrona.

No había tenido los ojos fijos en ella, pero se sobresaltó, como si hubiera sentido su mirada. Se le veía profundamente triste, pero, de inmediato la sonrisa volvió a su rostro. Le lanzó una mirada tranquilizadora como quien mira a una niña que ha hecho una tontería, y parecía querer pedirle que mantuviera la calma, que no pasaría nada. Luego volvió a apartar la mirada.

Se volvió con impaciencia y, mientras su padre seguía hablando, buscó con los ojos a su abuela.

La mirada seria de la abuela se encontró con la suya. Tenía casi la misma cara que Liljecrona. Quiso decirle, al igual que él: «¡No tengas miedo, cálmate!». Pero apartó la vista poco después para mirar hacia otro lado, al igual que hizo Liljecrona.

Entonces Maja Lisa también miró en esa dirección y se dio cuenta de que ambos estaban mirando a su madrastra.

La mujer parecía estar extrañamente alterada. Se había quedado blanca como la cera y su mirada confusa se parecía mucho a la que tenía la mañana en que la conoció. Estaba claro que un gran temor invadía a aquella mujer.

Por un momento se preguntó si habría sido ella quien había escrito la nota, pero rechazó la idea, pues su madrastra no sabía escribir. No era de extrañar que tuviera miedo, porque su padre sí estaba ahora alterado de verdad. Tenía razones sobradas para estar preocupada por cómo iba a acabar todo aquello.

Menos mal que Maja Lisa miró a su madrastra, pues eso hizo que pensara que debía de tener cuidado y no hacer enfadar a su padre. Lo escuchó hasta el final, en silencio, y cuando él exclamó que ya no quería llamarla hija suya, ella respondió con humildad:

—Querido padre, haga conmigo lo que quiera. Si ya no se me permite vivir bajo su techo, tendré que…

La esposa del párroco Liljecrona, que se acercó a ella muy rápidamente, la interrumpió.

Gritó que aquello tenía que acabarse y la agarró de la mano. Nunca había sido su intención, ni la del administrador, que se hablara de esa carta. Solo se la habían enseñado al párroco para mostrar que era cierto que a ella le gustaba Liljecrona. El asunto que tenía que tratar era completamente diferente. Ayer había ido a Henriksberg porque se sentía abrumada. No quería que Liljecrona se hundiera por su culpa. Había querido preguntarle al administrador si no había posibilidad de que su hermano pudiera librarse de ella. Quería ofrecerle el divorcio, desaparecer de su vista si con eso podía asegurarse de que él conseguiría a la que le gustaba. Y había sido para hablar de eso para lo que el administrador y ella habían viajado hasta aquí. No querían hacer ningún daño a la señorita Maja Lisa, solo querían que ella los ayudara a salvar al que estaba a punto de sucumbir.

La joven se volvió hacia ella. De repente se dio cuenta de la persona maravillosa que había sido el párroco Liljecrona y se dio cuenta de lo

terriblemente infeliz que debía sentirse su esposa. Recuperó su habitual dulzura y ternura, y respondió con voz temblorosa:

—¡No, no puedo! Claro que querría ayudarlo, si pudiera, pero nunca podré casarme con él. No es él quien me gusta.

Sintió que el rubor le subía por el cuello y la cara. Había hablado como si hubiera alguien más que le agradara.

Su padre hizo de nuevo un movimiento de impaciencia, como si quisiera dejar esto a un lado.

—Aún no has…

Pero entonces fue interrumpido. Era la abuela Beata que hablaba desde su sillón.

—¡Querido hijo! —empezó ella—. Querido hijo, esta noche estás siendo muy desconsiderado con tu hija. Sabes que el que tiene diecisiete años nunca admitirá que está enamorado de alguien, y menos en presencia de tanta gente. Tendrías que haber hablado a solas con ella y así no se hubiera negado a contarte qué relación tiene con todo esto.

Maja Lisa tuvo que volverse hacia su abuela y mirarla. Había algo muy significativo en su voz, y creyó que la abuela le estaba guiñando el ojo en secreto.

—Querido hijo, te lo estás tomando muy en serio —siguió la abuela —, porque crees que tienes algo que ver. Pero no puedes creerlo. Todo el mundo sabe que tú, querido hijo, no has intentado hacer nada malo para el pastor Liljecrona. No has hecho que tuviera que renunciar para quedarte con su puesto.

La estancia se quedó en silencio. Nadie sabía qué responder. Ella siguió:

—Creo que Maja Lisa bien puede admitir haber escrito la carta y que puedes perdonarla. Lo más probable es que todo el mundo entienda que lo ha hecho por juventud e ignorancia. Que todo saldría tan mal, eso no lo podía calcular.

Maja Lisa vio cómo la abuela le guiñaba el ojo. Debía asumir la culpa, aunque no entendía por qué quería que lo hiciera. Finalmente, la anciana hizo un pequeño gesto señalando a la madrastra.

Raklitz estaba allí sentada inmersa en el horror, y ahora Maja Lisa entendía lo que quería decir la abuela. La anciana creía que era su madrastra la que había enviado la nota y había pensado que era mejor para su padre que su hija admitiera la culpa, porque ella podría haberlo hecho por amor e insensatez. Si se enteraba de que su esposa era la culpable, se daría cuenta de que solo la maldad la habría impulsado a

hacerlo.

Por desgracia, Maja Lisa pensó que era una exigencia demasiado dura. Y mientras dudaba, se volvió y miró al que seguía de pie junto a la estantería. Pensó que la miraba con ojos tiernos y compasivos. Pero no, no podía ser; lo más probable es que la odiara.

—¡Querido padre! —dijo entonces Maja Lisa—. Le ruego que me perdone por haberlo negado. Pero es que me asustó…

Cuando quiso continuar, se dio cuenta de que, lo que ahora iba a asumir, era muy feo y degradante, y que era una injusticia demasiado grande para ella misma. Rompió a llorar y se arrojó a los brazos de la abuela.

—¡Es demasiado duro! ¡No puedo!

—Sí, claro —la consoló la anciana—, es duro, lo entiendo. Pero ya está dicho. Ahora tienes que bajar conmigo para desahogarte llorando.

La abuela le pasó el brazo por la cintura y, mientras sollozaba y decía que no podía, la condujo hasta la puerta.

—No hace falta que digas nada más —continuó—, tu padre lo entenderá. No eres más que una niña.

Cuando estuvieron en el umbral de la puerta, Liljecrona cobró vida al fin. Avanzó y mantuvo la puerta abierta para la abuela, y cuando vio que la puerta principal estaba cerrada, las acompañó y la abrió también.

Al abrir la puerta principal, se dio cuenta de que había una escalera empinada que bajaba desde el porche. Era difícil que por ahí bajara una señora mayor. Además, también había una pendiente bastante pronunciada para bajar hasta la bodega. Por eso, las acompañó y ofreció a la abuela el brazo para que se apoyara. Después estaban las difíciles escaleras que llevaban hasta la alcoba donde vivía la mujer, así que la ayudó a subirlas.

Cuando entraron en la alcoba, sin decir nada, abrazó a la abuela y le besó la mejilla. Y luego hizo lo mismo con Maja Lisa. La abrazó y la besó.

No dijo palabra y, después de eso, se marchó.

Pero todo lo que hacía este hombre llegaba de repente y por sorpresa, justo cuando menos te lo esperabas, así que no había forma de oponer resistencia.

En cualquier caso, fue Pequeñita y nadie más, quien marcó la diferencia. Los forasteros se despidieron y se marcharon, justo después de que la señorita Maja Lisa acompañara a su abuela a la alcoba. El párroco no debía de sentirse muy bien, porque se quedó sentado en la

silla y no salió con ellos hasta las escaleras para despedirse. Tan pronto como se marcharon, su esposa entró en el despacho y le dijo que había preparado un poco de cena en el salón. La mujer pensó que necesitaba tomar algo con lo que recuperar fuerzas después de todo lo que él había sufrido.

Pero él no pidió más que quedarse a solas. Era sábado por la noche y tenía que terminar de escribir su sermón.

Sacó sus papeles del cajón del escritorio y escribió un par de líneas. Pero no hizo más, sino que soltó la pluma.

Empujó la silla hacia atrás y se puso a dar vueltas arriba y abajo durante un buen rato. Luego se acostó en la rinconera. Todo estaba en silencio, y Pequeñita comenzó a preguntarse si se había quedado dormido. Había una rendija en la puerta del armario por la que pudo ver que se había echado en el sofá, pero no podía saber si había cerrado los ojos.

Si pudiera estar segura de que estaba dormido, habría intentado salir de allí. Estaba muy cansada de estar encerrada en aquel estrecho armario. ¡Y tenía que salir para poder hablar con Maja Lisa y la señora Beata! Sabía algo que a ellas les encantaría oír.

El párroco llevaba tanto tiempo inmóvil que era imposible que no estuviera dormido. Pensó que al menos podía atreverse a entreabrir la puerta del armario para saber qué pasaba. La puerta se abrió en silencio, pero el párroco no dormía, sino que estaba mirando fijamente la pared opuesta. Justo cuando Pequeñita estaba a punto de cerrar la puerta de nuevo, él miró y la vio.

Se levantó y se acercó hacia el armario. Pequeñita no pudo hacer nada más que abrir la puerta y salir.

—¿Qué significa esto? —preguntó el hombre—. ¿Qué hacías en el armario?

Parecía tan severo que la niña se asustó. El párroco y ella siempre habían sido buenos amigos. Era la persona que más le gustaba de la granja, después de Maja Lisa, por supuesto. No quería que pensara nada malo sobre ella, así que se apresuró a contar que su esposa la había dejado encerrada en el armario cuando él y los forasteros estaban en la antesala. Solo habían entrado para preparar la ropa de los domingos.

El párroco se quedó pensativo.

—Puedes decir la verdad —dijo después—, porque no puede ser peor de lo que es. Ha sido Maja Lisa y no mi esposa, quien te encerró, ¿verdad?

Pequeñita se sintió tan indignada que apenas pudo pronunciar estas

palabras:

—¿Maja Lisa? —dijo ella—. ¿Me encerraría en un armario para espiar? Es demasiado buena para hacer tal cosa.

El párroco suspiró.

—No es tan buena como yo creía —continuó—. No pienses que voy a enfadarme más contigo si admites que fue mi hija quien te encerró ahí. No voy a enfadarme, sea lo que sea lo que me digas, siempre que sea la verdad.

Pequeñita sabía que no había dicho una mentira desde que llegó a Lövdala, y eso también lo dijo.

El párroco no se molestó en escucharla.

—Entiendo que Maja Lisa tuviera motivos para tener miedo —dijo él —. Puedo entender que te pidiera que entraras y escucharas de lo que hablamos aquí. Pero mi esposa no tuvo nada que ver con eso.

Pequeñita se quedó en silencio sin decir nada. No sabía qué decir. Maja Lisa le había prohibido estrictamente que le contara chismes al párroco sobre su mujer. Y su madre le había dicho lo mismo. Aquí no era como en Svanskog. Allí había sido libre de hablar de cualquier cosa.

Al guardar silencio, el párroco pareció dar por sentado que era como él creía y ordenó que se marchara. La niña fue hacia la puerta, pero luego él la llamó. Se le había ocurrido algo más que quería preguntarle.

—Escucha —dijo él—. Como normalmente haces estos recados para Maja Lisa, ¿quizá fuiste tú quien la ayudó a escribir esta carta? Porque está escrita con letra infantil, y tú sabes tanto leer como escribir.

—Nunca he escrito una carta en nombre de la señorita Maja Lisa — dijo Pequeñita—. Pero escribí una en nombre de su esposa.

—Ah, solo has ayudado a mi esposa, pero ¿nunca a Maja Lisa? — preguntó el párroco. Se notaba en el tono de su voz que no estaba creyendo que le estuviera diciendo la verdad—. Tal vez recuerdes de qué se trataba esa carta, que escribiste para ayudar a mi esposa.

Pequeñita dijo que podía recitarla palabra por palabra, si el pastor quería, y él le pidió que lo intentara.

—Realmente me desconcierta tener que escribirle —comenzó a recitar—, pero le pido, estimada señorita que reflexione. El párroco Liljecrona ha conocido a alguien que lo haría feliz si usted no se interpusiera en su camino. Si se apartara voluntariamente, le estaría muy agradecida, hoy y siempre. Debe tener en cuenta que en el nuevo distrito parroquial la esposa del párroco debería ser una mujer de conducta intachable…

El párroco abrió los brazos.

—¡Es suficiente! ¿Así que fue eso lo que escribiste para mi esposa? —dijo él mientras la miraba inquisitivamente.

Pequeñita respondió que sí enseguida. Su esposa le había prohibido que contara que la estaba enseñando a leer y escribir, pero no que no hablara de aquella carta.

El hombre se encogió de hombros.

—Mientes —dijo en tono cansado—. Has estado ahí en el armario todo el tiempo. Habrás oído que Maja Lisa admitió que ella lo había escrito.

Sintió cómo se ruborizada. No podía admitirlo. Era terrible que el párroco creyera que estaba mintiendo.

—Puedes marcharte —espetó el párroco—. Al principio no entendía por qué la carta no estaba escrita con la letra de mi hija. Pero ya me ha quedado claro también. Ve con ella y díselo.

Pero la niña no se fue.

—Fue su esposa quien me dijo que escribiera la carta —dijo ella—. Y también quien me encerró en el armario.

—¿Os habéis puesto de acuerdo Maja Lisa y tú para decir esto?

El hombre empezó a parecer enfadado. La niña se dio cuenta de que la echarían si no se le ocurría algo para convencerlo. Miró impotente a su alrededor, en todas direcciones. Entonces posó los ojos en la anciana tejedora, que pasaba por delante de la ventana.

—¡Mire, ahí va! ¡Ella fue a Svanskog con la carta! —dijo Pequeñita —. Podría preguntarle si fue la hija del párroco o su esposa quien le pidió que llevara la carta.

El párroco estaba a punto de contestar que no quería saber nada más del asunto, pero había algo en la terquedad de Pequeñita que lo obligó a salir. Se levantó y caminó hacia la puerta. Al abrirla de repente, se topó con alguien que había justo detrás. Era su esposa.

Él la miró, se detuvo y la miró una vez más, como para estar seguro de que era ella. Luego salió a las escaleras y le hizo un par de preguntas a la anciana. Cuando regresó, su esposa había desaparecido.

Se sentó en la silla del escritorio y llamó a Pequeñita.

—¡Ahora me contarás cómo fue, cuando escribiste la carta! —exigió él—. Y Pequeñita se lo explicó con tal detalle que no le quedó ni la más mínima duda.

—Veo que te he juzgado mal, pequeña Nora —dijo el párroco—, y ahora, como recompensa, podrás ir a contárselo todo a Maja Lisa.

No tuvo que decírselo dos veces. En un abrir y cerrar de ojos apareció en la alcoba que había sobre la bodega, donde solo oían

llantos y no había más que dolor, y lo contó todo. Al principio, Maja Lisa apenas la escuchaba, pero al final se dio cuenta de que, ahora, su padre sabía la verdad. Dio un salto de alegría.

—¡Abuela, abuela! ¡Tengo que ir a ver a mi padre y comprobar cómo está!

Y en ese mismo momento se abrió la puerta y su padre apareció en el umbral. Ya no era el hombre de ayer ni el de hoy, sino su querido padre de siempre, un hombre bueno, cariñoso, que estaba allí abriendo los brazos hacia ella.

LA ROCA VILARSTENEN

Un par de días después de la reconciliación, Maja Lisa salió a la hora habitual a pasear por el camino en compañía de Pequeñita.

Sin embargo, esa tarde no iba caminando desanimada ni arrastraba los pies como si estuviera agotada. Esa tarde, las dos le gritaban al eco, las dos buscaban mica brillante en el pozo de arena, las dos construían presas en el arroyo y las dos buscaban anémonas blancas por el prado.

Todavía no tenía ganas de molestar al búho, así que dejó a Pequeñita en el gran abedul y luego caminó sola subiendo hacia la roca de Vilarstenen. El búho debía de estar hoy más sociable que de costumbre, porque Pequeñita no corrió hacia ella cuando pasaba por el muro de piedra donde había el fantasma, y tampoco vino más tarde.

Maja Lisa caminó hasta que pudo ver la roca de Vilarstenen y entonces, de repente, se detuvo. Había un hombre sentado allí, no en el asiento esculpido en la piedra, sino acurrucado encima de la roca. Estaba encorvado y tenía la barbilla apoyada en las manos. Pero no había fijado los ojos en el suelo, sino que miraba las copas de los árboles. Silbaba hacia un tordo, que estaba posado sobre un gran abeto al otro lado de la carretera, imitándolo e intentando competir en su canto, con lo que el tordo se estaba desgañitando.

Estaban tan inmersos en aquel juego, tanto él como el tordo, que no la oyeron llegar. Ella se quedó en silencio un rato escuchando mientras lo miraba bastante sorprendida. Las veces que lo había visto antes parecía estar siempre agobiado por la pena. Hasta esa tarde, no se le había pasado por la cabeza que el joven tuviera menos de veinticinco años. Parecía un muchacho. Ella estaba tan sorprendida que se le escapó la risa.

Al oírla, el joven volvió un poco la cabeza y miró al mismo tiempo hacia la copa de otro árbol, como si hubiera pensado que el sonido venía de allí.

Entonces Maja Lisa se echó a reír de nuevo. Por fin, él se dio cuenta de qué era. Saltó de la roca y se acercó muy contento hacia ella. La estaba esperando, eso fue lo que le dijo. Había estado en el pueblo de Lobyn y le había pedido a su amiga Britta que le dijera cómo podía encontrarse con Maja Lisa a solas, y Britta le había dicho que solía venir aquí, a la roca de Vilarstenen, todas las tardes.

A Maja Lisa empezó a latirle el corazón a toda prisa, menuda alegría. ¡Pero qué tontería! A estas alturas, debía de saber bien que aquel hombre no le traería ningún mensaje agradable, sino que iba a hablarle de su hermano. Seguro que quería volver a presentar la propuesta de la cuñada en un ambiente más tranquilo.

Eso era lo que pensaba. Él la condujo ceremoniosamente hasta la roca de Vilarstenen y la ayudó a subirse encima, donde había estado sentado antes, mientras él se quedaba de pie en el camino. Luego empezó a preguntarle con mucha solemnidad si de verdad no albergaba sentimiento alguno hacia su hermano.

¡Le estaba pasando lo mismo aquí que en Svanskog! No sabía por qué estaba a la vez resentida y conmovida, ni por qué la indignación se apoderó de ella, de modo que respondió bastante irritada que no entendía por qué se molestaba en preguntar. Quizá no creyera que podía haber pasado un par de horas con su hermano sin enamorarse de él.

No parecía que el tono brusco con que le respondió le ofendiera. Le resultaba casi imposible que aquel fuera el mismo joven que hacía un rato estaba silbando al tordo. Parecía tan mesurado. Era como si tuviera que cerrar un trato y estuviera pensando de antemano qué palabras emplear. Seguramente se comportaba así cuando vendía hierro o cerraba algún contrato con los carboneros.

Se disculpó por su atrevimiento, pero es que tenía que preguntárselo para saber si su corazón estaba libre antes de seguir adelante.

A ella le sobrevino un impulso irresistible de burlarse de él y hacer que se sintiera un poco inseguro.

—Aunque no sienta nada por el párroco Liljecrona —agregó ella—, puede que mi corazón no esté libre. Puede que haya otro…

Él asintió un poco burlón.

—Eso es absolutamente cierto —dijo él—. Y si existe la más mínima posibilidad de que la persona en que está pensando pueda pedir su

mano, entonces no seguiré.

Notó cómo se ruborizaba, pero le miró directamente a los ojos cuando respondió:

—No, no hay ninguna posibilidad.

—En ese caso, quisiera pedirle consejo, señorita —dijo, al tiempo que sacaba de la billetera una carta bien sellada y doblada, que mantuvo en la mano sin dejarle ver a quién estaba dirigida—. ¿Querría la señorita decirme si debo enviar esto por correo o destruirlo?

Maja Lisa no respondió. No pudo evitar pensar en aquella mañana en que había saltado dentro de la trampa para zorros. Había propinado un golpe aquí y otro allá y lo había resuelto todo en un periquete. «¿Por qué no puede saltar de una vez y dar un golpe, para que yo sepa lo que quiere decir? ¿Por qué es tan prolijo?», pensó.

—Esta carta, señorita Maja Lisa —continuó, con una voz que se volvió, si era posible, aún más fría y formal que antes—, la escribió un joven que hace un par de años estaba ante la tumba de su prometida jurando que seguiría solo en la vida para poder recordarla siempre. Desde entonces, ese joven no ha pensado ni por un momento en romper su juramento, ni siquiera ha sentido la tentación de hacerlo. Enterró su corazón en la tumba de su amada y no ha vuelto a vivir. Pero, señorita Maja Lisa, este joven se encontró hace unos meses a una pobre niña, que estaba sentada sola y abandonada. Leyó en sus ojos la más dulce mezcla de bondad y humildad y, más aún, le sorprendió un extraño parecido con su amada. De inmediato se dio cuenta de que sentía algo por ella. Le pareció oír que aquella que había muerto le susurraba que debía intentar ayudar a la joven solitaria, que estaba tan sola como él. El joven intentó unirla con el hombre más noble que conocía, su propio hermano. Vio cómo se conocían, los vio sentados uno al lado del otro frente al fuego, y soñó con la mayor felicidad para ellos. Sin embargo, se interpusieron las circunstancias más repugnantes. Aquella acción atrajo la desgracia para los dos, cuando lo que había querido él era crear dicha. Primero, su querido hermano acabo sumido en la más cruel de las miserias y, al intentar salvarlo, la joven acabó también en la posición más difícil. El joven parecía ahora escuchar la voz de su prometida todos los días; lo llamaba desde la tumba para que, al menos, le hiciera a la joven el ofrecimiento de compartir su hogar, y así él podría procurarle la felicidad con los más tiernos cuidados y ella quedaría a salvo de la madrastra que la dominaba. Son esas las circunstancias, querida señorita Maja Lisa, en que el joven ha escrito esta carta. Tenía la intención de enviarla esta mañana, pero dudaba. Le

pareció necesario pedirle primero consejo a usted, señorita.

Él guardó silencio, pero inmediatamente le dejó la carta en el regazo. Ella leyó el nombre del destinatario. Estaba dirigida al reverendísimo vicario señor Erik Lyselius.

Nunca, jamás, se había sentido tan insultada como en esa ocasión. Él estaba haciendo lo último que se esperaba. ¡Menuda manera de proponerle matrimonio! ¡Solo porque le daba pena! Quería salir corriendo, romper la carta en pedazos pequeños y tirárselos a la cara. Estaba más enfadada con él que con su padre cuando se casó con Raklitz. Pensó: «Debe ser que solo me pasa a mí, siempre me enfado con aquellos a los que quiero».

Pero Maja Lisa había pasado por muchas cosas desde entonces, cuando se había enfrentado a su padre y su madrastra, así que ahora sabía controlarse. Simplemente, se bajó de la piedra, dejó caer la carta en el camino y sin decir palabra comenzó a caminar colina abajo.

Anduvo un buen trecho, hasta el muro de piedra, sin que nadie la siguiera.

Mientras caminaba, se dio cuenta de la hermosa tarde que hacía. Se oía el canto de los pájaros en los árboles, los mosquitos bailaban en el aire, el sol brillaba en las hojas recién abiertas, el agua susurraba en las cunetas y la hierba brotaba por doquier de una manera que casi parecía que se la podía oír. Debería haber entendido que en una tarde así, tenía que habérselo pedido de una forma correcta, si es que se lo iba a pedir. ¡Ojalá hubiera sido tan sensato como para no hacerlo! Cuando solo soñaba con él, no estaba tan triste como ahora.

También debería haber tenido el sentido común de averiguar cómo estaba ella antes de venir a humillarla. Si él hubiera sabido que se había reconciliado con su padre y que su madrastra había huido aquella misma tarde en que él había llegado con su cuñada a Lövdala, y que Raklitz no había dicho nada a nadie y todavía no había vuelto, entonces ella habría podido escapar de su misericordia.

Pero, en cualquier caso, eso ya no importaba. Ya no estaba en una mala situación pero, de haberlo estado, se hubiera enfadado igual con él, porque le estaba pidiendo matrimonio por lástima. Si hubiera hecho lo mismo otra persona, o incluso su hermano, ella no se habría enfadado tanto.

Maja Lisa se detuvo de repente. ¿Por qué se había enojado tanto con él? La respuesta le llegó como una revelación. ¡Era porque lo amaba!

¡Oh, sí, oh, sí! Eso era amor. Lo había leído en libros, lo había cantado en canciones, pero era la primera vez que lo sentía. Había

estado ahí, dentro de ella, como un débil fuego durante toda la primavera, pero no había sido capaz de ponerle nombre. Ahora el amor había estallado dentro de ella como un fuego ardiente. Era como si brillara o estuviera iluminada.

Se dio la vuelta. De repente, todo había cambiado. El amor ardía dentro de ella. Después de que sucediera este gran milagro, ya no era la misma. No podía estar enfadada con quien la había hecho saber qué era el amor.

Él la había seguido y estaba cerca de alcanzarla. Cuando de repente ella se dio la vuelta, se encontró cara a cara con él.

El fuego que ardía dentro de ella tenía que ser contagioso. Un destello brilló en los ojos de él, ¿o no era solo un destello? Le pareció que brillaba demasiado fuerte. Todavía sabía muy poco, pero la fuerza con la que ahora la abrazaba, le parecía que era del mismo tipo que el deseo que la atraía hacia él.

Su sorpresa fue enorme. No se atrevía a creer lo que sucedía. Él hablaba con breves exclamaciones, le hacía dulces preguntas sobre si ella lo amaba y confesó jadeante que la había amado desde el primer momento, pero que su debilidad lo avergonzaba. Tenía remordimientos y escondía su amor. Pero ya no le importaban ni los vivos ni los muertos, solo le importaba que ella lo amase. Esas palabras solo podían emanar de un corazón que ardía por ella con la misma pasión que lo hacía el suyo.

LOS ELFOS DE LÖVDALA

El perro *Fylax* estuvo en el porche ladrando y aullando toda la noche.

Pequeñita nunca lo había oído ladrar así. No pudo pegar ojo. Maja Lisa debía estar despierta, ella también, y necesitaba dormir, tan débil como estaba. Tenía que hacer algo para silenciar al perro.

Se puso la falda y el jersey y caminó sigilosamente por la cocina hasta el vestíbulo. Antes de que consiguiera abrir las muchas cerraduras y cerrojos de la puerta principal, el perro se había quedado en silencio, pero ella salió al porche delantero para hacerlo entrar de todos modos.

¡Qué extraño! No lo veía. Estaba segura de que había estado en el porche toda la noche, pero ahora que ella se había molestado en levantarse, había desaparecido. Salió hasta los escalones, gritó y lo llamó, pero el animal no apareció.

Era una madrugada hermosa. El cielo estaba lleno de nubecillas blancas. Se habían dispuesto en coronas y anillos, como si hubieran estado jugando, ahora que nadie las miraba. El sol no había tenido tiempo de salir por detrás de la montaña, pero de todos modos ya había amanecido. Hacía una temperatura suave, no tenía frío aunque había salido descalza.

Los seis grandes serbales, dispuestos en fila frente a las vaquerizas, habían crecido de tal manera que el follaje se entrelazaba formando una pared verde, que ahora florecía. Los grandes racimos de flores blancas brillaban sobre lo verde. Todo era tan hermoso como cuando las brillantes estrellas iluminaban el negro cielo invernal.

La niña pensaba que el verde brillante que había traído la primavera contrastaba con las casas que rodeaban el patio de la finca, que eran

tan viejas que parecían estar en ruinas. Miró hacia el establo, hacia la puerta torcida de la bodega y hacia las ventanas semicirculares de las vaquerizas, que estaban por debajo del ennegrecido tejado de paja. En la hermosa noche de primavera, todo aquello parecía triste, viejo. Miró hacia la casa de los criados, que tenía los cimientos de piedra, y hacia el cobertizo, que reposaba sobre unos postes. Miró hacia las muchas verjas, que ahora que había desaparecido la nieve estaban colocadas, y hacia las largas filas de cercados. Todo estaba tan viejo que se veía torcido e inclinado. Los tejados se habían combado, las paredes eran grises y había crecido musgo entre los troncos que las conformaban.

Era la primera vez que Pequeñita pensaba que toda la finca estaba envejeciendo y que hacía falta que la reconstruyeran y repararan. Pero eso solo se piensa en primavera cuando se ve cómo los árboles, los arbustos y los campos florecen y aparecen con un traje nuevo.

¿Habría algo como el invierno y la primavera también para las fincas, aunque a intervalos más largos para ellas que para los árboles y los arbustos? En una finca era primavera cuando llegaba gente joven, se hacían cosas nuevas y se arrancaba lo que era demasiado viejo. Y era invierno cuando los jóvenes se habían convertido en ancianos y lo que habían construido se había deteriorado y deseaban tener nuevas fuerzas para que volviera a reconstruirse y repararse.

Era extraño, pensó Pequeñita, que hubiera tenido esos pensamientos. Pero también era una noche extraña, hacía mucho calor, un calor sofocante y la noche era misteriosa. Se asustó un poco y quiso apresurarse a entrar, pero luego volvió a pensar en el perro.

Cuando miró a su alrededor en todas direcciones para averiguar adónde había ido, le pareció que algo se movía entre la hierba debajo de los serbales.

Pequeñita había vivido en el bosque oscuro, y había tenido que hacer recados para su madre tanto temprano como tarde, pero nunca había visto nada extraño, ni había pensado que vería nada extraño. Su madre siempre le había dicho que no tenía por qué tener miedo. No vería ni brujas ni elfos, no tenía esa capacidad.

Pero ahora vio algo extraño. No se equivocaba. Estaba un poco sorprendida, pero ella no se asustaba con facilidad. Y tampoco había nada que temer. Parecían personitas que bailaban.

Eran dos: un caballero y una dama, de la estatura de un niño de seis años, pero muy esbeltos y bien formados. Ambos iban vestidos como los mejores trajes, de terciopelo negro con encajes y galones. El caballero vestía un sombrero triangular y llevaba una espada al costado y un

abrigo bordado de seda y hebillas en los zapatos. La dama vestía una falda corta y muy ancha, calcetines rojos, un gran sombrero con plumas y llevaba un abanico en la mano. Estaban bailando. Él la tomó de la mano, y con los brazos en alto dieron saltitos sobre las puntas de los pies un poco hacia adelante, luego dieron media vuelta y volvieron hacia atrás. Se separaron, volvieron a juntarse, y se inclinaron para saludar. Finalmente, se tomaron por la cintura y dieron unas cuantas vueltas.

Pequeñita estaba segura de que nunca había visto algo tan hermoso. Era tan bonito ver cómo se movían: volaban sobre la hierba. Los humanos no podían bailar así. Estas criaturas parecían estar hechas de aire. Tenían el rostro como de porcelana fina y pies y manos pequeños. ¡Qué maravilla ser tan pequeño y delicado!

No podía alejarse de ellos mientras siguieran bailando. Se preguntaba cómo podrían ser tan felices y estar bailando justo esa noche. Bueno, no era tan difícil de entender. Lo más probable es que fueran los verdaderos elfos de Lövdala y que, ahora que había vuelto la normalidad, desde que Raklitza se había marchado, lo estuvieran celebrando.

Cuando la niña vio el baile, pensó en que lo que le había dicho Bengt, el Alto, era cierto. Fue el último en ver a Raklitza. Se la había encontrado a última hora de la noche del sábado en los prados del lago de Svartsjö. Parecía confundida, tal como la había visto la primera vez cuando apareció en el campo, y juró que la había visto meterse en el arroyo de Svartsjö.

Quizá fuera eso lo que había hecho que los verdaderos elfos de Lövdala estuvieran felices, al ver que la fría y falsa ninfa del lago ya no tenía poder allí.

¡Qué bien bailaban! ¿Por qué se dormía de noche? ¿Por qué no se bailaba sobre la hierba? ¿Por qué no se estaba así de contento? ¿Por qué siempre se estaba pensando en preocupaciones?

Pequeñita escuchó un ruido sordo desde el interior de la casa como si se tratara de una fuerte caída y entró corriendo al vestíbulo de nuevo.

Se quedó quieta escuchando, pero no se oyó nada más. En cualquier caso, estaba segura de que el ruido procedía de la alcoba donde dormía el párroco.

Corrió hacia la habitación de Maja Lisa y le pidió que se levantara, pues creía que le había pasado algo a su padre.

La joven se apresuró a ponerse algo de ropa y, mientras tanto, le preguntó a Pequeñita qué había sucedido. La niña le contó

apresuradamente que había estado mirando a los ojos a dos personitas que estaban bailando cuando oyó un golpe fuerte.

La hija del párroco se quedó lívida.

—Esos dos no aparecen hasta que llega un nuevo propietario a Lövdala —dijo—, aunque no creo que nadie los haya visto bailar antes.

En cuanto se puso un zapato, dejó de vestirse y se apresuró a entrar en la alcoba donde dormía su padre.

En el interior, el hombre yacía en el suelo y no se movía.

—¿Qué pasa, querido padre, qué pasa? —preguntó, al tiempo que se inclinaba sobre él.

Entonces miró a Pequeñita, que había venido con ella.

—Está muerto —dijo—. Tenemos que despedirnos. Quizá no esté muy lejos aún y pueda oírnos.

Ella le besó la mano con mucho cariño y le susurró unas palabras junto al oído. Luego Pequeñita también pudo besarle la mano. Después, Maja Lisa se levantó y miró a su alrededor como si quisiera saber cómo habían sido sus últimos momentos. Había estado escribiendo. Todavía había tinta en la pluma. Lo que había debido de pasar era que se había sentido indispuesto mientras escribía y se había levantado para tocar la campana y pedir ayuda, y entonces se había caído.

El sermón estaba medio escrito en la mesa. Las últimas líneas se inclinaban en diagonal hacia abajo por la página con letras irregulares.

—El trabajador que ha hecho su trabajo anhela el descanso y se alegra de que uno mejor ocupe su lugar —leyó la hija del párroco en voz baja.

Y entonces, las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Entiendo por qué estaban bailando para mi padre —dijo—. Sabían que quería marcharse. Sabían que quería ser libre.

EL HOGAR

La hija del párroco estaba sentada en la cocina con la Biblia y el libro de los salmos leyendo la palabra de Dios para que la consolaran en su gran desgracia.

Era temprano por la mañana, y solo había pasado un día desde que se encontrara a su padre muerto en el suelo. Todo el día había tenido mucho que hacer, y no había tenido tiempo de pensar en su pérdida. Pero durante la noche, el dolor la había atrapado y no había podido dormir nada. Se había levantado antes que nadie y se había sentado a leer.

Pero muy pronto cerró los libros y agradeció a Dios con las manos entrelazadas el no estar sola y abandonada, sino tener un amigo fiel, que podría ayudarla y protegerla. Si su madrastra volvía e intentaba hacerse con el gobierno de la finca, lo tendría a él. De no haberlo tenido, habría quedado completamente a merced de la madrastra. Y entonces no solo habría tenido que llorar por su querido padre, sino también por sí misma.

Apenas había pensado en esto cuando comenzó a sonar una música hermosa y tranquila en el jardín.

Sabía quién estaba tocando. Ayer le había pedido que viniera.

Quizá no fuera adecuado que tocara en una casa en duelo, pero rechazó la idea. Aquel joven tenía dificultades para decir con palabras lo que quería expresar, así que había venido con el violín. De esa forma participaba en su dolor, como otro lo habría hecho con palabras.

Estaba sentada de espaldas a la ventana, no podía verlo, y no se atrevió a moverse. Era la primera vez que lo escuchaba tocar, porque cuando tocó ese violín en Svanskog no lo hacía igual, con sentimiento.

No podía remediarlo; a pesar del profundo dolor que sentía, le producía una alegría sincera que él hubiera vuelto a tocar el instrumento. Creía que había sido el gran amor que sentía por ella lo que le había permitido volver a tocar.

¡Qué manera de tocar el violín! Era una maravilla que pudiera brotar algo tan increíblemente encantador de aquel instrumento.

Tocó con gran melancolía. Las lágrimas comenzaron a caerle por las mejillas.

Pero a medida que tocaba, el sonido cambió por completo. Ya no era tranquilo ni reconfortante. No sabía si podía interpretarlo correctamente, pero pensó que se había vuelto a la vez salvaje y tremendamente sombrío.

Se sorprendió cada vez más. ¡Aquella música no era la que correspondía tras el fallecimiento de su querido padre! Lyselius siempre había sido feliz y trataba de hacer felices a los demás. Nunca había querido saber del dolor o del miedo. Cuando la vida se tornó para él difícil y preocupante, se fue. ¡Claro que había que pensar en él y echarlo de menos! Pero sin olvidar que en su persona siempre había habido algo positivo.

No, ya no podía creer que estuviera tocando para consolarla. Tocaba por alguna otra razón. Estaba tocando la angustia y la desesperación de otra persona.

Seguramente tenían razón los que decían que era un maestro. Aunque ella estaba muy poco familiarizada con la música, le entendía como si hubiera hablado.

Se lamentaba de una manera muy triste. Como si estuviera inmerso en las profundidades más oscuras, encadenado, quemándose en un fuego que lo consumía.

Y nadie podía sacarlo a la luz, nadie podía darle libertad, nadie podía enfriar el ardor que lo atormentaba.

Se le encogía el corazón. Sentía tal presión que le parecía que se le estaba haciendo pedazos, desmoronándose. Si un gran pecador que yaciera en las profundidades del infierno tuviera un violín en las manos, tocaría de esa manera para describir el tormento que estaba pasando, desde luego. Pero él estaba ahí fuera. ¿De quién era la desgracia por la que estaba tocando? ¿Pertenecía a otro o era la suya propia?

Ojalá aquello cambiara, pensaba. Él tenía que pasar a otra cosa. Sin embargo, albergar esperanzas no servía de nada. Seguía tocando con una angustia creciente. Escucharle ya no era algo placentero, sino que

no oía más que aullidos y chillidos.

No podía quedarse quieta escuchando. Aquel hombre debía de haber sufrido la peor de las desgracias. Así que abrió la ventana y se dispuso a preguntárselo.

Cuando él la vio, la última nota estridente sonó más salvaje que antes. El sombrero se le había caído mientras tocaba y el cabello le caía sobre la frente. Estaba pálido como un enfermo y tenía todos los rasgos de la cara tensos por el dolor.

—Dijiste que querías escucharme tocar —se lamentó—. Pues te has salido con la tuya, ahora ya sabes cómo suena.

Por desgracia, había una agudeza en su voz y de su habla se desprendía tal violencia que lo único en lo que pudo pensar era en que se había enfadado con ella. Un gran temor la asaltó, así que no se atrevió a abrir la boca para preguntarle qué le había sucedido.

Luego dijo con la misma agresividad:

—Nunca me habías oído tocar. ¿No será que, quizá, no sabías que era yo quien tocaba?

Entonces se le ocurrió decir:

—Pensé que era Näcken, el elfo que toca en el río.

—¿Lo has oído alguna vez?

—Se dice que toca como pidiendo la salvación aunque sabe que nunca podrá conseguirla.

Al oír estas palabras, se acercó a ella. Estaba tan cerca que le hubiera podido apartar el flequillo de la frente, pero no se atrevió.

—Es verdad —dijo él—, así es. Las puertas del cielo también están cerradas para mí.

En ese momento él se llevó las manos a la cara y sollozó.

Era desgarrador. Maja Lisa hubiera dado su vida para aliviar la angustia que lo afligía.

—¿Qué pasa? ¿Qué te pasa? —preguntó ella—. ¿Has hecho algo malo? ¿Has matado a alguien sin querer?

Entonces, de repente, dejó de hablar. Se dio cuenta de que lo que le había dicho era lo peor que podría haber preguntado.

Él levantó un puño al aire.

—Soy un asesino, lo sé. Hubo un tiempo que lo pensaba cada noche. Toqué la danza de la muerte para ella y ella bailó hasta que se desplomó y murió. Está claro lo que soy.

No había nada que decir. Era mejor que siguiera hablando, ahora que había empezado.

—No he tocado para ella este último invierno. Por eso me atreví a

proponerte matrimonio. Pensé que ella lo quería. Pero no era ella quien lo quería. Solo era yo.

Maja Lisa no se atrevió a hablar, pero alargó la mano para ponérsela en la frente y calmarlo. El joven se echó hacia atrás para que no le tocara.

—¡Nunca me tendrías que haber pedido que tocara, nunca, nunca! Deberías haberle cortado las cuerdas al violín cuando me escuchaste tocar. Tocar el violín hizo que todo volviera otra vez.

Entonces dejó escapar una risotada terrible.

—Vine en cuanto recibí tu mensaje y me traje el violín porque pensé que te consolaría mejor que yo. Pero una vez empezó a sonar, lo despertó todo. Vi aquel gran salón de baile lleno de parejas pisando fuerte y jadeando, y entre ellos vi a una joven, que flotaba hacia adelante, elegante y ligera, como si no perteneciera a nadie. Y entonces toqué para ella, solo para ella. ¡La aceché hasta la muerte!

Apretó las manos, una sobre la otra, tan fuerte que le crujieron.

—¡Creí que podía olvidarlo! ¡Deshacerme de la mala conciencia y ser feliz! ¡Olvidar la promesa que hice sobre su tumba! Estaba como atrapado por los espíritus de la montaña, lo había olvidado todo, hasta que el violín me despertó.

Maja Lisa pensó que ella ya no existía para él. Sin embargo, quiso hacer un último intento para defenderse y defender lo suyo.

—¿Ya no piensas en mí? A mí también me has hecho una promesa.

—Te la hice porque pensé que ella lo quería así. Ahora ya lo sé. Lo que quiere es que me quede solo. ¿Entiendes? ¡Debes liberarme!

—Amado mío —suplicó—. ¿Cómo podría liberarte? No tengo a nadie aparte de ti. Si fuera una persona viva la que tuviera derechos sobre ti, bien podría ser así. Pero no sé por qué tengo que renunciar a ti por una muerta.

Debió de notar algo en su voz que lo conmovió. La miró y entonces la tristeza y el horror se alejaron de su rostro. Seguía con el violín y el arco en la mano. Entonces pensó que ya se había cansado de tenerlos en la mano, tampoco quiso dejarlos en el suelo, sino que se los entregó a Maja Lisa. Ella los recibió en silencio y los puso sobre una mesa dentro de la alcoba.

Cuando volvió a la ventana, él le agarró las dos manos. Se las apretó contra su frente y las mantuvo así durante un rato, como para que pudiera sentir los pensamientos ardientes y confusos que le recorrían por dentro. Después comenzó a hablar con una voz infinitamente triste y con muchas interrupciones, a pesar de lo cual ella pudo reconocerlo

de nuevo.

—¡No, Maja Lisa, no te creas lo que te acabo de decir! Si te pido que me liberes, no es por mi propio bien, ni mucho menos. No puedo ser tan desalmado como para arrastrarte a mi desgracia. Ya has visto cómo soy cuando la melancolía se apodera de mí. No querrás unirte a mí.

Entonces se quedó callado, como esperando una respuesta. Sin embargo, ella estaba tan triste y asustada que no sabía qué decir, así que él continuó:

—Sé muy bien cómo te sientes, y hubiera preferido ante todo estar a tu lado, ahora que has perdido a tu padre. Pero debes considerar que todo lo que has sufrido con tu madrastra no será nada comparado con la miseria que te espera si te unes a mí. Te lo tengo que confesar. Puede que me embargue tal melancolía que no pueda quedarme en casa y tenga que salir y vagar por el bosque más profundo durante semanas sin ver a un ser humano. Y a veces me lanzo a la vida más salvaje para olvidar. Entenderás pues, Maja Lisa, que te amo demasiado como para querer involucrarte en algo así. Nunca debería haberme acercado a ti, ni lo habría hecho, de no haber pensado que estaba curado.

De nuevo, hizo una pausa, pero como ella no tenía todavía una respuesta que darle, prosiguió:

—Hace apenas un momento casi sentía ira hacia ti, pues ha sido por ti por lo que he vuelto a tocar y ha sido la música la que me ha hecho ver que la melancolía permanecía dentro de mí. Ojalá no lo hubiera sabido y me hubiera casado contigo pensando que todo estaba bien. Pero debes entender que pensé así solo un momento. Te amo demasiado, Maja Lisa, sí, demasiado, como para desear que seas mi esposa.

Todo el tiempo, mientras hablaba, Maja Lisa lo miraba. Comprendió que lo que le decía era cierto, que sufría de melancolía y que lo más probable es que fuera más infeliz si se casaba con él que si volvía a estar bajo la tutela de su madrastra. Pero no podía pensar en otra cosa que no fuera estar a su lado y ayudarlo.

—Debes saber —empezó ella—, que prefiero pasar por el dolor y la desgracia contigo, que vivir feliz un día tras otro con otra persona. No me dejes, si es verdad que me quieres. ¿Cómo podría…?

Ella se interrumpió. Vio que lo que decía no le afectaba. «¿Cómo le puedo hacer entender que la peor desgracia para mí sería no seguirle y ayudarle en su angustia?», pensó. «Todo este año he vivido sumida en la mayor angustia y ansiedad. Debo de haber aprendido algo de eso. Ya no soy tan niña como cuando perdí a mi padre por primera vez. No me

quejaré de todo lo que he sufrido, si al menos me ha servido para entender y para aferrarme a la persona que amo», siguió pensando.

Maja Lisa levantó los ojos y miró hacia el jardín, como si buscara a alguien que pudiera ayudarla. Pero entonces se llevó una sorpresa. Bien podría ser que no hubiera tenido ojo para esas cosas ayer, o tal vez sucedió anoche. Al menos no lo había visto hasta ahora; todos los manzanos de su querido padre estaban en plena floración. Era como si un gran techo en blanco y rosa se extendiera desde la casa hasta el bosque de abedules, protegiendo el jardín del viento del norte. Había flores en todas las ramitas. Le pareció como si se estuvieran abriendo mientras las miraba. Una multitud de abejas y abejorros zumbaban, le llegaba la fragancia de las flores y las hojas brillaban. El sol había salido por encima de la montaña y sus rayos se deslizaban sobre las copas de los árboles en el bosque y bailaban sobre los campos, como si tuvieran prisa por atrapar las brillantes flores de los manzanos para esparcir sobre ellas aún más esplendor y brillo del que ya poseían.

Cuando se fijó en aquello, se le encogió el corazón por la compasión. «¡Pobre, pobrecito!», pensó. «No es extraño que sufra de melancolía. No ha tenido una casa que fuera su hogar desde que tenía catorce años. Sería diferente si viniera aquí a Lövdala. ¡Yo podría proporcionarle ese hogar! Sé que aquí he pasado días muy felices hasta el año pasado. Él sería tan feliz aquí paseando bajo los manzanos, como lo fue mi padre en su tiempo. ¡Si al menos dejase que cuidara de él!».

Se sonrojó por el entusiasmo y los ojos le brillaron. Si al menos pudiera hablar con él sobre Lövdala, para que entendiera que esa casa era, precisamente, el hogar que le faltaba.

Cuando él le soltó las manos, que le había estado sosteniendo hasta ahora, despertó de sus pensamientos.

—¡Dame el violín para que pueda marcharme! —rogó él—. Sé que entiendes que no me queda otra opción.

No era extraño que pensara que ella quería dejar que se marchara. Su amada seguía allí, buscando las palabras correctas que le sirvieran para retenerlo, y no las encontraba.

—Querido —dijo ella con mucha prisa—, ¡espera un momento más! ¿No quieres dar una vuelta por aquí en Lövdala? ¿No te parecen hermosas las flores de los manzanos? ¿Ves cómo el sol se posa como si fuera oro sobre la hierba? ¿No te gustaría…?

No pudo seguir. Se quedó sin habla de nuevo. Le hubiera gustado hablar con él sobre el hogar que ambos podrían construir aquí, en Lövdala, pero le pareció que eso no tenía valor para él. Tener un buen

hogar no era lo mismo para él que para ella.

Volvió a pedirle el violín y le dijo que nunca volvería a interponerse en su camino.

Maja Lisa se puso la mano sobre el corazón y respiró profundamente. ¡Fue incapaz de encontrar las palabras que necesitaba! ¡No era capaz de retenerlo!

No había solución. Debía obedecerle. Fue a buscar lo que él quería.

Pero cuando la joven tomó el violín en la mano, se quedó quieta. Empezó a pensar cosas muy extrañas.

Tenía en la mano el instrumento que mayor poder sobre él había tenido. Aquel violín había sido antaño su fuerza y su consuelo.

¡Ahora lo entendía, ahora sí! Era el violín, era la música que tocaba con él, lo que para Sven Liljecrona era lo mismo que para ella Lövdala. La música, la música era su hogar. Era lo que podía darle seguridad y ánimos. Cuando tocaba, las notas flotaban sobre él como una cubierta que brillaba más que las flores de los manzanos y el sol. Ahí estaba su hogar, el refugio que lo había acompañado durante su solitaria juventud.

En otros tiempo había sido capaz de enfrentarse a los días difíciles sin hundirse porque tenía cerca el violín. No le hacía falta más que tomar el arco para que se abriera la puerta del mundo en el que se sentía feliz. Pero como, durante los últimos años no había podido tocar, la melancolía le había ganado la partida. Lo había echado de su casa, de su hogar.

¡Claro, ella también estaría triste si no pudiera vivir en Lövdala! ¡Qué mal se sentiría en un sitio ajeno! Lo mismo le pasaría a él. No podía sentirse bien. Él ya no sabía dónde encontrar paz y ánimo.

Maja Lisa se sintió de repente segura de sí misma. Ahora sabía qué era lo que le pasaba, ahora sabía cómo curar la enfermedad que padecía. Si al menos pudiera volver a tocar, entonces volvería a ser el mismo y superaría aquello que lo atormentaba.

Se acercó a la ventana, pero mantuvo el violín en la mano.

—Querido —suplicó ella—, déjame pedirte una sola cosa, antes de que te vayas. ¡Toma el violín y vuelve a tocar! Estoy segura de que hace un momento te ha resultado muy difícil porque era la primera vez desde el accidente. No creo que siempre vaya a ser así. ¿No quieres hacer un intento, para que pueda escucharte bien? ¡Debes ser capaz de superarte a ti mismo y tocar para mí! Acabas de decir que la melancolía no te había afectado durante todo el invierno, que creías que estabas curado. Quizá sea así. ¡No puedes creer de verdad que el mal haya

vuelto! ¡Verás que, si te atreves a tocar de nuevo…!

Él se encogió de hombros.

—Es imposible —dijo—. Solo sería mil veces peor.

Pero ella persistió y le rogó, diciendo:

—Nunca tendrás que hacer nada más por mí. ¡No puedes negarme esto, ahora que vamos a separarnos! Si me dejas sin volver a tocar, te dolerá más después por haberme negado lo último que te pedí.

Parecía igual de desesperado, pero cedió.

—Ya sé lo que va a pasar —contestó él—, y tú también lo sabes. Pero haré lo que me pides.

Maja Lisa acarició ligeramente el violín mientras se lo entregaba.

—¡Querido violín! —susurró ella—. ¡Ayúdame!

Cuando Liljecrona recibió el instrumento, se le dibujó en la frente una nube oscura de desgracia. Y cuando deslizó el arco, las notas que surgieron fueron tan confusas y disonantes como lo habían sido antes.

Miró a Maja Lisa, como culpándola por atraerlo a esta nueva miseria.

A Maja Lisa le latía el corazón con fuerza y apenas podía soportarlo, pero no quería mostrar miedo alguno. Permaneció en la ventana y forzó una sonrisa esperanzada en los labios. ¡Y entonces, la música empezó a sonar menos desesperada y ansiosa! La luz pasaba por entre las nubes, el muro de la prisión se derrumbaba y las cadenas que mantenían su alma cautiva se rompían.

La música se elevaba a gran velocidad y volvía a descender. Se estaba librando una dura batalla. En ese momento, la música estaba en lo más hondo. Era increíble que pudiera volver a elevarse. Pero volvió a subir. Se elevaba y descendía, se elevaba y descendía. Luego, de repente, se elevó como las alas de un ángel, más y más arriba. Volaba hacia el cielo con júbilo y alegría, más alto que los pensamientos y las voces terrenales. Estaba en lo más alto, en el espacio más límpido. El cielo se abrió e intentó interpretar su dicha.

Liljecrona bajó el arco de repente. Era como si no pudiera hacer nada más. Su música había ascendido tanto que le sobrevino un vértigo ante tal cantidad de luz, esplendor y gloria.

Miró a Maja Lisa. Los ojos se le llenaron de lágrimas y tenía las manos entrelazadas. Todo su rostro brillaba transfigurado. No estaba en la tierra. Ella lo había acompañado en la ascensión.

Respiró profundamente. No, ella no solo lo había acompañado, sino que se había elevado ante él. Su música nunca lo había llevado tan alto como en aquella ocasión. El amor de aquella joven lo había sacado de la oscuridad.

Era como si pudiera sacarlo de toda la oscuridad que hubiera en la vida. Lo sentía. El amor podía superar toda la ansiedad, toda la desesperación.

La tomó de las manos y se las comenzó a besar.

—¿Has llegado ya a tu casa? —le susurró ella.

—Maja Lisa, querida, amada. Nunca había tocado así. Has sido tú, ha sido tu amor. No era yo quien tocaba.

Y continuó:

—Puede que sea una desgracia o la dicha para ti, pero debo quedarme aquí. Tienes que ayudarme. Tengo que quedarme contigo.

Se hizo el silencio en el jardín, donde las flores de los manzanos se arqueaban como si fueran un velo nupcial sobre las cabezas de los dos jóvenes.

Descarga la guía de lectura gratuita
de este libro en:
https://librosdeseda.com/